

Revista

15 DE JULIO

1899

Contemporánea

CIENCIAS — LETRAS
INGENIERÍA — ARTE MILITAR

DIRECTOR

RAFAEL ÁLVAREZ SEREIX

REDACTOR JEFE

PELAYO VIZUETE

SUMARIO

	<u>Páginas.</u>
Influencia literaria de Sarmiento, por Antolín López Peláez	5
Las Conferencias de la paz, por Arturo Llopis	16
La retribución del trabajo (continuación), por Manuel Gil Mestre	29
Villavetusta y Villamoderna, por Blanca de los Ríos de Lampérez	52
Estudios demográficos de Baleares, por Enrique Fajarnés	74
La cadena humana, por Antonio Frates	89
Boletín bibliográfico, por E. y por G. V	101

DIRECCIÓN

ADMINISTRACIÓN

San Vicente Alta, 6, pral. derecha.

Pizarro, núm. 17, principal.

MADRID

THE EQUITABLE LIFE ASSURANCE SOCIETY

SUCURSAL DE ESPAÑA

SINIESTROS PAGADOS EN 1898

PESOS

De las 3.531 pólizas vencidas por fallecimiento, 2.541, ó sea un 72 por 100 del total, se pagaron á la presentación de las pruebas por una suma de.....	9.447.517,55
A los tres días, 403 pólizas.....	1.554.320,94
Dentro de los 60 días 541 por.....	1.797.850,31

La demora en las pocas pólizas restantes, que se han pagado después, ha sido causada por la indiferencia ó abandono de los interesados.

La Equitativa es la única Compañía que publica anualmente un estado como el presente.

Siniestros pagados por la Sucursal Española desde la fecha de su autorización
(Real orden 10 Octubre de 1882.)

PESETAS

Hasta 31 Diciembre 1898.....	14.327.494,58
En el primer semestre de 1899.....	809.593,61

TOTAL PAGADO..... 15.137.088,19

Oficinas y Dirección en el Palacio de su propiedad.

M A D R I D

PÍLDORAS Y UNGÜENTO DE HOLLOWAY.

JUSTAMENTE RENOMBRADOS.

LAS
PÍLDORAS

purifican la sangre, corrigen todos los desórdenes del hígado, del estómago, de los riñones e intestinos y son de un valor inapreciable en todos los desórdenes que afligen al sexo femenino y á los niños.



EL
UNGÜENTO

es el solo remedio seguro para males de piernas, llagas, úlceras y heridas inveteradas. Para la curacion de bronquitis, males de garganta, toses, resfriados, gota, rheumatismo, hinchazones glandulares y todas las enfermedades de la piel no tiene igual.

Elaborados solamente en el 78, New Oxford Street, London.

Y vendidos por todas boticas del mundo entero.

REVISTA CONTEMPORÁNEA

UNIVERSIDADE FEDERAL DO RIO DE JANEIRO

REVISTA CONTEMPORÁNEA

DIRECTOR

RAFAEL ALVAREZ SEREIX

AÑO XXV—TOMO CXV

JULIO — AGOSTO — SEPTIEMBRE 1899

(DERECHOS RESERVADOS)



DIRECCIÓN

San Vicente Alta, 6, pral. dra.

ADMINISTRACIÓN

Pizarro, núm. 17, principal.

M A D R I D

MADRID, 1899

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

INFLUENCIA LITERARIA DE SARMIENTO

Nadie, y mucho menos Sarmiento, podía ignorar que el invento maravilloso de Gutenberg es palanca de Arquímedes, que apoyándose en la razón alcanza á remover profundamente el mundo moral; y no es creíble que quien aspiraba con ansia tan ferviente á desterrar del vulgo inveteradas y necias preocupaciones y á extender por todos los ambitos de su amada patria los rayos vivificantes y hermosos del sol de la verdad, se negara sistemáticamente y sin motivo á hacer uso de la prensa, que reparte á los pobres el pan del entendimiento, llama á los desamparados de la fortuna, al espléndido festín de la idea, y hace imposible el monopolio de la ciencia y la vinculación de la doctrina. Él mismo, que en su curiosísimo tratado sobre la *Antigüedad del papel* se ocupa en investigar el, á su juicio, remoto é ignorado origen verdadero de la imprenta, alentaba y confortaba generosamente á muchos ingenios exhortándolos con eficacia á que diesen á la estampa sus literarias producciones, y no deteniéndose su celo ante la inmensidad de los mares, estimuló al oidor de Lima, D. Gaspar de Urquizo, al Marqués de Aranda, Gobernador de Méjico, y á D. Miguel de San Esteban, residente en Bogotá, á que hiciesen del dominio público sus escritos.

Muchos, pues, y muy poderosos motivos debieron concurrir para que el autor de incontables escritos no hiciera gemir con ellos la prensa, aunque sólo fuese, si se le regatean impulsos más nobles, obedeciendo al estímulo de la gloria y al aguijón del lucro, que por aquellos tiempos, tan distintos como poco distantes de estos nuestros míseros, era usual y corriente que reportaran los publicistas. Más que su apego á la vida reposada y tranquila, muy expuesta y ocasionada á turbarse y perderse si se escribe para el público, debieron

ser parte para engendrar en Sarmiento determinación tan funesta y tan extraña la modestia excesiva, la cortedad de genio, el temor á la crítica despiadada entonces en uso, la repugnancia á sujetar los escritos á la aprobación de la autoridad laical; la censura, si ha de creérsese, no siempre justa y discreta de los superiores de la Orden; el tener que esperar después de escrito el libro «una cuarentena de semanas antes que el impresor le ponga la primera mano»; el suceder con harta frecuencia «que á la mitad de la impresión se pone *nihil transeat*, se pone embargo y se da por perdido todo lo hecho», y el escaso ó ningún fruto del libro «como no guste á dos ó tres».

También le enojaba profundamente el abusivo monopolio de la Compañía de impresores y libreros, y miraba tan mal el que no se permitiera á los autores dejar sus privilegios á quien les viniese en gana, que dirigió un memorial al Rey pronosticándole, si no cortaba este abuso, la decadencia absoluta de las letras españolas.

Lo cierto es, desgraciadamente, que el escritor quizá de más ágil y suelta pluma en su siglo, y á quien para sufragar los gastos de la edición hubiera ayudado la Orden poderosa de la que tenía honores de General, no dejó en molde más que la *Demostración del Teatro Crítico*, impresa para defender á su más íntimo amigo, paisano y maestro, y en virtud de santa obediencia á los superiores de la religión que no hacía mucho abrazara.

La mayor parte de sus trabajos hízolos importunado y obligado por la curiosidad científica de para él muy respetables personas; porque es de advertir que en aquellos tiempos, tenidos generalmente por de actividad intelectual escasísima, el deseo de saber y de ilustrarse era en no pocos veheméntísimo por demás, y no se perdonaba para ello gasto ni sacrificio. El ansia por explorar y abarcar los dominios inmensos de la realidad y de la historia se había apoderado del pueblo, y los que no podían satisfacerla por sí mismos, molestaban y aburrían con preguntas, consultándolos como á oráculos, á los que alcanzaban fama de más inteligentes y eruditos. Entre las *Cartas eruditas*, de Feijóo, hay una bajo el título *Ingrata ha-*

bitación la de la corte, donde expone las causas por las cuales vivía alejado de Madrid, y lo asediado que allí se vió en el poco tiempo que estuvo por curiosos impertinentes, empeñados en averiguar «menudencias de la guerra de Troya... qué especies de cuerpos hay á la distancia de treinta leguas debajo de la tierra... qué especies de ratoneras habían usado los antiguos, ó cuántas y de qué naciones eran las mujeres que el Persa tenía en su serrallo». Sarmiento no pudo huir de la corte, y fué esto un bien para su fama y para la ciencia española; porque los escritos que trabajaba á intancias de una persona eran inmediatamente copiados para complacer á otras muchas aficionadas al estudio, si bien es de lamentar que no siempre se guardase en el traslado la fidelidad debida, dándose el caso de que al cabo de tiempo el propio autor no conociese sus obras cuando á sus manos volvían: tan desfiguradas estaban.

Á su muerte, el convento de San Martín, donde pasó lo más de la vida, concibió el laudabilísimo propósito de dar á luz todas sus obras, teniendo en cuenta «la ansia con que esperan los eruditos ver los trabajos de este gran hombre». «Aunque, decían el abad y monjes, podría fundarse pretensión, entre la multitud de selectos escritos con que nos enriqueció su aplicación infatigable, sobre cuál debería ser el primero que preconizase al autor y nos llenase de honra», sin embargo, desde luego se decidieron á hacer del dominio público las *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*, determinándolos á ello «el ser obra propia de la erudición española, y el querer satisfacer los deseos de la dignísima persona que con liberalidad franqueó este precioso monumento».

Por mala suerte de las letras españolas y de la fama de Sarmiento, la comunidad no continuó la proyectada empresa, que tanto le habrían agradecido los amantes del saber.

Muy bien dijo D. Juan Sampere y Guarinos en su *Biblioteca española... del reinado de Carlos III* (1), tan celebrada por el Marqués de Valmar:

(1) Tomo V, pág. 113, ed. 1889.

«El monasterio de San Martín había pensado entresacar las mejores obras y publicarlas, en lo que sin duda hubiera hecho un gran servicio á la literatura española, y por otra parte hubiera evitado el que otras manos más codiciosas y menos hábiles, confiadas en que el crédito del P. Sarmiento daría despacho á cualquiera escrito que se publicase en su nombre, hubieran impreso algunas que, no siendo de las mejores de aquel sabio, tampoco son de las más aptas para sostener su reputación literaria.»

Además de las dos obras ya citadas, se imprimieron, formando cada una un volumen, las siguientes: *Disertación sobre... la Carqueixa, Ir á la guerra, navegar y casar no se puede aconsejar, y Nacimiento y crianza de San Fernando en Galicia.*

El *Semanario Erudito*, de Valladares, publicó en los años de 1787 y 1789 los siguientes escritos de Sarmiento: *Catálogo de algunos libros curiosos y selectos | Discurso crítico sobre el origen de los maragatos | El porque sí y el porque no | Origen de los villanos | Tres cartas al Duque de Medina-Sidonia, Discurso sobre el método que debía guardarse en la primera educación de la juventud | Apuntamientos para un discurso sobre la necesidad que hay en España de unos buenos caminos reales y de su pública utilidad—Reflexiones literarias para una biblioteca real y para otras bibliotecas públicas | Respuesta á la carta de la Junta de Agricultura del Reino de Galicia.*

En la *Galicia, revista universal de este reino*, fundada en la Coruña en 1.º de Octubre de 1860 bajo la dirección de don Antonio de la Iglesia, se encuentran los siguientes trabajos del P. Sarmiento. En el tomo I, veinte cartas á su hermano Javier sobre varios asuntos, generalmente de poca monta, y un resumen con el título de *Reflexiones*, del manuscrito *sobre el catastro*. En el tomo II, cuatro cartas á su hermano don Francisco Javier sobre diversas materias, el largo estudio titulado *Vegetales, respuesta á la pregunta de si nacen en Galicia, en qué sitio, en qué cantidad y de qué calidad son los vegetales kali, sosa y barrilla*, y una *Descripción física y civil de la villa de Pontevedra y de su jurisdicción*, el cual documento, si bien hallado entre varios papeles del Rvdo. Padre, no parece obra

suya, sino hecho en presencia de apuntes que dejara á su familia, pues en él se lee lo siguiente: «Desde que en el Diccionario de Moreri... se dijo que era una considerable villa de Galicia... y su terreno un paraíso..., copiando estas expresiones Montpalau en su Diccionario geográfico, traducción de Echard, Vega y demás que le subsiguieron, vino á traspasarse de unos á otros los mismos errores... y lo más notable es que todos la hicieron patria de Fr. Martín Sarmiento, con una ignorancia manifiesta, en cuyo error incurrió también el Padre Modesto Flórez, sin embargo de ser íntimo amigo y compañero de aquel literato» (1). En el tomo III se continuó la publicación del trabajo sobre los vegetales kalí, sosa y barri-lla. Según los Sres. Maffei y Rúa Figueroa en su *Bibliografía minera hispano-americana*, en dicha revista se publicó la copia que el P. Sarmiento envió á su hermano Javier de un manuscrito de pliegos redactado en 1756 para D. Juan Arias, sobre *Historia natural de Galicia*, y varias cartas referentes á la mineralogía y botánica de Galicia. Nosotros no hemos encontrado el tal trabajo sobre *historia natural*: bien es verdad que dichos señores creen también que la revista *Galicia* se publicaba en 1864, siendo así que cesó en el año de 1863.

En *El Correo Literario*, que se editaba á últimos del pasado siglo, hay un trabajo de Sarmiento sobre la *Plotina del Pinto*; en el tomo I de la *Flora española*, de D. José Quer, se publicó la *Dedicatoria* que para ella escribió Sarmiento, y bajo la cual puso su firma aquel botánico, que bien pudo ser más agradecido con su modesto colaborador; en la revista de Pontevedra, cuyo título era *Galicia Recreativa*, se dieron á conocer dos autógrafos de Sarmiento dirigidos á su amigo Colmenero; D. Manuel Murguía, en la revista *Ilustración Gallega y Asturiana*, sacó á luz su interensantisima carta á Terremos, que trata, entre otros puntos, de *paleografía española*; *El Semanario de Agricultura y Artes* reprodujo en 1804 (2) la carta *sobre la Mesta* enviada al Duque de Medina-Sidonia en 13 de Septiembre de 1765; D. Benito Vicetto, en el

(1) *Galicia*, 15 de Mayo de 1862.

(2) Tomo XVI, pág. 275.

tomo VII de su *Historia de Galicia*, inserta una carta de Sarmiento á su hermano Javier sobre las industrias que podría establecerse en Galicia; *El Bibliotecario Español* publicó el juicio que á nuestro autor merecían las obras del Arcipreste de Hita, y se halla en el tomo II de la colección Francisco Dávila.

El Porvenir de Santiago copió en 1879 el *Manifiesto del recibo de rentas de la Religión de San Benito y en qué se emplean*. En 1898 el cervantista catalán Sr. Bonsoms hizo una lujosa tirada de cien ejemplares de la obra *Noticias de la verdadera patria (Alcalá) de D. Miguel de Cervantes, estropeado en Lepanto, cautivo en Argel y autor de la historia de Don Quijote, y conjetura sobre la Ínsula Barataria de Sancho Panza*, edición cotejada con los manuscritos del Sr. Duque de Medina-Sidonia y de la biblioteca Arús de Barcelona.

El año de 1892 publicamos nosotros, precedido de un ligero estudio, el *Discurso sobre la singularísima Piedra Negra de la Ara de Lugo*, que se halla en el tomo XII de la colección manuscrita de las obras del P. Sarmiento hecha por D. Santiago Sáenz; dos años más tarde pusimos como apéndice de un libro nuestro el *Origen del nombre y casa de San Julián de Samos, monasterio de Benitos en Galicia*, manuscrito que, con un sinnúmero de errores y omitiendo muchas palabras había publicado, según después supimos, *El Reparador*, de Mondoñedo, y en 1898 dimos á la imprenta lo que en el *Manuscrito de 660 pliegos* encontramos de más interesante para Galicia.

No todos los escritos que al fecundísimo autor se atribuyen tienen realmente tal filiación. No es suyo, verbigracia, *El origen de los villanos*, cuya paternidad le supuso el editor Valladares, quien, por ser contemporáneo suyo, parece imposible que hubiera incurrido en tamaña equivocación. En la colección de sus manuscritos, existente de antiguo en la Biblioteca Nacional, figura también como de él la susodicha obra. Mas para convencerse de que no es así, basta advertir que de antes que él naciese se conservan traslados del trabajo referido, con el rótulo *Del origen de los villanos, que llaman cristianos viejos*, atribuído al P. Mariana, pero que tiene por autor á Fray Agustín Salucio, del Orden de Predicadores, al que impugnó

el P. Cruz en su libro *De los estatutos de la nobleza de España*. Foulché Delbosc escribió en la *Revue Hispanique* de 12 de Noviembre del 97 un artículo titulado *Un opuscule faussement attribué au P. Sarmiento*, en el que se pregunta *si nous nous trouvons en présence d'un pur plagiat, ou simplement d'une erreur commise par un collecteur peu avisé*; pero, evidentemente, quien daba sus trabajos para que figurasen con nombre ajeno no había de apropiarse los que no fuesen suyos.

En la colección para uso de D. Pedro Franco Dávila hay varios escritos que ni son ni se dicen de Sarmiento, con el cual, sin embargo, alguna relación deben de tener, aunque no sea fácil hoy averiguarla: otros aparecen allí como suyos; pero si el estilo es el hombre, á lo menos en el hombre que llega á tener estilo, cuesta trabajo creer que hayan salido de su mal cortada y nerviosa pluma. El autor anónimo, tal vez el propio Conde de Campomanes, autor de la biografía de Feijóo que va al frente de las obras de éste, le atribuye el «*Soneto al impugnador del Teatro Crítico*, en dos tomos, impreso en Salamanca, que era el P. Soto Marne»; pero el coleccionista de los manuscritos de Sarmiento, entre los cuales se halla el tal ferocísimo soneto, dice que es obra de nuestro autor, quien le compuso en 1749 «y le imprimió en una hoja volante»; de éste se ha creído también, y omitiremos otros varios trabajos, el *Célebre testamento de España en el Reynado del Señor Don Fernando el Sexto: con una sucinta prevención del Gobierno de cada una de las Religiones*; sin embargo, aunque no era hombre el discípulo de Feijóo que temiese censurar todo lo censurable, aun en las órdenes religiosas más prepotentes, el carácter marcadamente regalista del escrito hace creer, como advirtió perspicazmente D. Rafael Altamira, que no tuvo tal padre.

En cambio, libros de Sarmiento tan conocidos como la *Demostración y la Historia de la poesía* no los hemos visto citados en el *Diccionario de Bibliografía española*, de D. Dionisio Hidalgo; y Miñano, en su *Diccionario geográfico*, al llegar á Pontevedra y hablar del P. Sarmiento, porque este «vivió» allí largos años, dice que «sus muchos y preciosos manuscritos se han perdido». Ciertamente que se han perdido varios

de que su mismo autor da cuenta en otras obras y no se encuentran en sus colecciones: como son los que titulaba *Sobre el Beleño* (1), *Sobre el modo de fabricar un puente de un solo arco sobre el río Sil* (2), *Sobre la necesidad de que los médicos receten en lengua vulgar* (3), *Plano para una descripción general de la América* (4), *Etimología de la voz «loco»* (5), *Efemérides del clima de Madrid* (6), *Origen del apellido Maldonado* (7) y *Corrección al analista Zúñiga acerca del Arzobispo Barroso* (8). Es constante, asimismo, que algunos trabajos suyos se habrán refundido en los de otros escritores, y que más de cuatro, como el grajo de la fábula, habránse vestido con las ricas plumas de la erudición de sus apuntes. Pero con los manuscritos que aún se conservan habría para imprimir numerosos volúmenes de varia y curiosa lectura.

El Duque de Medina-Sidonia, íntimo amigo del P. Sarmiento, hizo reunir y coleccionar sus manuscritos, que componen 17 tomos en folio, el año de 1778. En 1785 se hizo en 23 volúmenes otra colección para uso de D. Pedro Franco Dávila, el mismo de quien decía Sarmiento en carta del 6 de Agosto de 1760: «Parece que aquel D. Pedro Dávila, que tenía en París el célebre gabinete de la Historia natural, se volvió á París con las manos en la cabeza: ya yo se lo había pronosticado». En 1787 se formó nueva colección para la librería de D. Juan Francisco de los Heros, del Consejo de S. M. En 1843 D. Benito Fernández Navia sacó un extracto de las obras de Sarmiento que, formando 18 volúmenes en folio, se conservaban en casa del Marqués de Villafranca; el Sr. Leceta da noticia cabal y exacta de los manuscritos autógrafos y apógrafos del P. Sarmiento, que se guardan en el archivo del Real Palacio, en la Real Academia de Bellas Artes de San Fer-

-
- (1) Citado en el núm. 388 del Onomástico.
 - (2) Número 499 de la obra de 660 pliegos.
 - (3) Número 4.076 íd.
 - (4) Número 1.º del plano para una descripción de España.
 - (5) Número 7.359 de la obra de 660 pliegos.
 - (6) Número 7.304 íd.
 - (7) Número 7.391 íd.
 - (8) Número 7.382 íd.

nando y en el Gabinete de Historia Natural, cuya biblioteca se halla ahora en la Nacional.

La fama singularísima que entre sus contemporáneos adquirió Sarmiento y el aprecio en que las generaciones siguientes tuvieron sus escritos fueron parte á que las copias de éstos se multiplicaran extraordinariamente, y se hallen hoy en diversos puntos, con todo y haber perdido mucho en la general estima.

En los monasterios benedictinos que han ido restableciéndose en España, donde tantos beneficios hicieron á la sociedad en otras épocas, se guardan con amor los escritos del ilustre hijo de la Orden salvados de la furia vandálica de la desamortización. El que más posee acaso es el de Santo Domingo de Silos, en la archidiócesis de Burgos, gloriosísimo por su antigüedad, por los hechos de su historia, por la santidad no alterada de su disciplina, por la erudición y ciencia de muchos de sus hijos y por las maravillas incomparables de su claustro.

Varias librerías de particulares se ufanan justamente con manuscritos, autógrafos ó copiados de Sarmiento, como la antigua de D. Basilio Sebastián Castellanos y las de los señores Rodríguez Seoane, García Buelta y Conde de Pallarés. En la riquísima biblioteca del Sr. Cánovas, que hoy forma parte de la nacional, vimos dos volúmenes manuscritos de obras del P. Sarmiento, en el segundo de los cuales existe un trabajo, original al parecer, el rotulado *Discurso apologético por el arte de rastrear las más oportunas etimologías de las voces vulgares*.

Igualmente, á diversas bibliotecas provinciales han venido á parar muchas copias de manuscritos de Sarmiento; en la de Orense, entre varias de sus obras, donde está, no sabemos por qué, el manuscrito titulado *Monita secreta societatis Jesu*, forjado estúpidamente por los enemigos de la Compañía, hay uno muy curioso, sin fecha, rotulado *Vida y viajes literarios, número y calidad de los escritos (de Sarmiento) sacada á la letra de la que él mismo dejó escrita de su mano*.

De los archivos de cabildos donde hay copiadas obras del ilustre benedictino gallego, sin citar el de Lugo que tiene va-

rias aunque incompletas y un tanto equivocadas, mencionaremos únicamente el de Sevilla, el cual, en su *Biblioteca Colombina*, dirigida por el sabio prebendado Sr. Arbolé y por el erudito catedrático de la Universidad Sr. La Rosa, conservada, cuidada y aumentada con tan diligente esmero, digan lo que quieran escritores como Gestoso (1) y Ureña (2), conserva, además de las principales obras impresas y de varios manuscritos sueltos, tres muy abultados tomos en folio, cuyo carácter de letra, aunque no de Sarmiento, es evidentemente del siglo XVIII, comprensivos de muy interesantes trabajos suyos, entre los cuales hay una carta de carácter literario dirigida á D. Jacobo Antonio del Barco, que no recordamos haber visto en otra parte, siendo de advertir que, amén de los manuscritos de Sarmiento, vense allí otros relativos á él, entre los cuales no pasaremos en silencio el titulado *Cualidades del mineral producido en la mina del P. Sarmiento*, en lengua francesa.

Aunque todavía merecedoras de más estudio, las obras de Sarmiento no han sido olvidadas por los bibliógrafos entendidos: en las diversas colecciones de las mismas cada manuscrito suele ir adicionado con un pequeño resumen y á veces con un ligero examen crítico; de la mayor parte de ellas dió también idea sucinta el antiguo *Correo Literario*.

D. Emilio Alvarez Jiménez, en un folleto de 40 páginas que publicó el 1884, con el título *Biografía del Rvmo. P. Fray Martín Sarmiento, y noticias de sus obras*, trae un índice bibliográfico, «sacado de la colección hecha por D. Santiago Sáenz». La obra del Sr. Alvarez Jiménez obtuvo el premio en los Juegos Florales de Pontevedra; también el antiguo Obispo de Lugo, Excmo. Sr. D. Fr. Gregorio M. Aguirre, cuyo amor á Galicia se ha manifestado tan diversa y pródigamente, ofreció en el Certamen lucense de 1894 un crecido premio á quien mejor examinara uno de los aspectos para la región gallega más interesantes de la labor literaria de Sarmiento.

En 1888 publicó D. Marcelino Gesta un *Índice de una colección manuscrita de obras del Rvmo. P. Fr. Martín Sarmiento*,

(1) *Guía artística de Sevilla*. pág. 183, edición segunda.

(2) *Historia crítica de la literatura jurídica española*, pág. 166, edición de 1897.

que contiene 184 páginas, y del cual no se tiraron más que cien ejemplares, trabajo completísimo, que en los puntos que trata agotó la materia.

Renunciamos á los demás medios de prueba que harían á nuestro objeto y confirmarían la razón del encabezamiento de este artículo, del cual pudiera creerse nos íbamos olvidando. Por lo dicho se comprende que los escritos de Sarmiento no han sido como piedra caída á lo profundo del pozo, sino á guisa de aquella otra que, al ser lanzada sobre las aguas de un lago, agita vivamente la superficie y en círculos cada vez mayores lleva el movimiento hasta la misma orilla. Sin repetir ahora lo que acerca de la influencia literaria y social que en vida ejerció dijimos en otro sitio, basta recordar que á poco de haberse paralizado con el frío de la muerte su mano, incansable en escribir, vieron la luz muchas de sus obras, en tomos sueltos unas y en la prensa periódica las más; que de sus manuscritos se sacaban copias que con la celeridad del relámpago corrían de mano en mano del uno al otro extremo de la Península, y ahora es fácil encontrar en los más apartados y diversos sitios; que personas hábiles y solícitas formaron colecciones completas hoy en las bibliotecas más concurridas, frecuentemente consultadas (1), y que varios modernos han entregado á la imprenta no pocos de sus trabajos ó hecho de ellos un resumen, ó estudiado su mérito y su importancia.

Para la superficialidad vulgar, que se alimenta de pasatiempos y tiene por antiguallas arrumbadas lo que en el día no se produce, carecen de atractivo las obras de Sarmiento; pero sus contemporáneos, á quienes interesaban vivamente las cuestiones en ellas ventiladas, les consagraron atención especial, y los sabios de todos los tiempos se han aplicado á su estudio ó á su lectura para extraer, y convenientemente preparado dar á las muchedumbres, el nutritivo pan de verdad que allí se contiene.

ANTOLÍN LÓPEZ PELAEZ.

(1) El encargado de la biblioteca donde estaba la colección Franco Dávila dice que el catálogo de voces vulgares de Sarmiento «ha sido consultado y utilizado, como otros análogos del mismo, por distinguidos naturalistas».

LAS CONFERENCIAS DE LA PAZ

¡Puro lirismo! La destrucción es innata en el hombre, como la ambición de avasallar lo es en las colectividades, llámense razas ó naciones. No sobrevienen en la actualidad las guerras con la frecuencia de antaño, no porque el espíritu de justicia se haya sobrepuesto á la ambición, sino por los crecidos gastos que aquéllas originan. El fondo de todo litigio internacional es el despojo de territorios, la adquisición de ventajas comerciales con perjuicio ó evidente ruina del vencido, y el apoderarse de la riqueza de un pueblo bajo la forma de explotaciones, concesiones ó contratos; y la fraseología más ó menos estereotipada que emplea la diplomacia universal, de estas fuentes dimana. Satirizando la actual sociedad no se equivocó el inmortal Goethe, al representar en forma de moneda acuñada al dios de nuestros días, y mientras la sed de adquirir, tan difícil de expulsar del corazón humano, no sea un mito, subsistirá la guerra. La generación presente dista tanto de Savonarola como se aproxima al becerro adorado por los israelitas, siendo únicamente los procedimientos de forma los que han cambiado. Á las desnudeces de los tiempos llamados bárbaros y poco cultos, ha sucedido una perífrasis convencional para legitimar los más absurdos atropellos. La civilización se mide, no por el mayor ó menor grado de cultura é ilustración, sino por los millones de hombres armados con fusiles de repetición y cañones de tiro rápido. En nombre de una humanidad acomodaticia se esclaviza á los pueblos y se aniquila á las razas, y la base del bienestar humano contenida en las palabras del Dios hombre, «amaos los unos á los otros», se trueca en vil explotación del débil por el fuerte. ¿Qué fin persigue la Conferencia de La Haya al reunirse? Será una de tantas letras muertas, que cualquier Breno de nuestros días rasgará con

la punta de la espada cuando á sus intereses convenga, y apoye éstos con elementos de fuerza, tanto más convincentes cuanto más respetables sean. Así como en lo material la sociedad ha dado pasos de gigante, permanece estacionaria en la moral de sus procedimientos, no faltando jamás á la diplomacia una fórmula para justificar el despojo; y el «laissez faire» de las naciones, cuando se trata de intervenir con un poderoso beligerante, lo sancionará.

¡Humanizar la guerra! Risible donosura. Sentado está, aunque no conste en Código internacional alguno, que las naciones fuertes se han arrogado el derecho de conceder ó restringir patentes de humanidad, realizándolo bajo la base de su utilidad, y ser éste uno de los medios para converger al fin que se desea.

Los Estados Unidos exterminan cuatro millones de indios, linchan y torturan anualmente como término medio á 400 negros ciudadanos de sus estados, pasan recientemente con el filo de la espada á más de 2.000 personas, en su mayor parte ancianos, mujeres y niños, en las calles de Manila é iglesia del arrabal de Tondo. Asésinan villanamente, bajo los vapores de la presión alcohólica en que se encontraban sus cerebros, á indefensos marinos españoles prisioneros á bordo del *Harvard*, después del combate de Santiago. Producen verdaderas hecatombes en las ciudades y comarcas del Sur cuando su guerra de secesión, hecatombes que dejan en mantillas á las verificadas por el Gran Tamorlán en Samarcanda, y llevan el sello de la más inicua barbarie sus guerras de Méjico y Filipinas. Esta nación, sin embargo, horrorizábase, y así lo manifestaba á voz en grito aunque no lo sentía, y sólo con el fin de soliviantar el sentimiento popular ante las crueldades de la concentración en Cuba, invocaba hipócritamente sentimientos de humanidad, civilización y progreso, como hábil palanca para llegar á la realización de sus ensueños de ambición y de rapiña.

Inglaterra protegiendo á sus acaparadores de arroz en la India durante la época de escaseces, infame comercio que producía víctimas á millares, se hace no sólo solidaria, sino principal responsable de la terrible peste del hambre que tantas

veces ha asolado aquellas ricas tierras, convertidas hoy en su principal mercado. Disturbios más ó menos sangrientos y en distintas épocas se han originado de esta ú otra clase de abusos, sobresaliendo entre ellos la formidable insurrección de hace cuarenta años, dominada con ríos de sangre y crueldades sin cuento, llegando al punto de ámetrallar á sus prisioneros, colocándolos en apiñados haces en las mismas bocas de sus cañones. Extermina, á título de raza inferior, á los aborígenes australianos con una persistencia y sangre fría que admirarían á los aborrecibles verdugos ejecutores de las dragonnadas en Francia ó á los sicarios de Cromwell en las matanzas de la Verde Erín. Acuchilla en los campos de batalla de Abisinia á desgraciados é indefensos heridos que en vano claman pidiendo cuartel. Ávida de tesoros, viola sepulturas y sírvense los oficiales del Estado Mayor general para sus dijes ó para adornar quizás el brazalete de alguna *miss* sentimental, después de engarzados en oro, de los dientes, uñas y huesos del profanado Madhi, cuyos restos, después de descuartizar, arrojan al Nilo. Para que todo marche en consonancia con sus sentimientos mercantiles, la nota humana y civilizadora la dan en esta nación los comerciantes de la Cité y fabricantes de Manchester. ¡Ay de los pueblos débiles que se resistan á aceptar sus gorros de algodón! El convincente argumento de sus poderosas flotas y armas de repetición pronto les enseñará que, á pesar de las centurias transcurridas, subsisten en todo su vigor al final del siglo XIX idénticos procedimientos de los empleados por Cartago en sus épocas de tiránico poder. Estremécese, sin embargo, esta nación dulce y benigna ante los padecimientos de los pobres armenios aherrojados bajo el poder del Gran Turco y en constante rebelión, merced á los auxilios que en armas y dinero reciben de los filántropos clubs establecidos en esta sensible nación, modelo de humanidad y de ternura.

Rusia, la iniciadora del gran proyecto, al propio tiempo que propone esta asamblea de notables, borra de una plumada la fisonomía de un pueblo *rusificando* la Finlandia. El pueblo finlandés, si bien sujeto al cetro de los Czares, gozaba por un derecho inconcuso, reconocido y mantenido por todos los

Emperadores, de una amplia autonomía que le hacía conservar su carácter, dándole propia personalidad; pero de ahora en adelante, de no someterse á su suerte, las heladas estepas de Siberia absorberán su población informe, haciéndose ruso el gran ducado á la manera de la infeliz Polonia con los paternales gobiernos de Suwaroff y sus homólogos. El molde empleado por este gran imperio para verificar su unidad dista bastante en sus resultados de las bases filantrópicas expuestas por el Barón de Staal, su representante en la Conferencia de La Haya, y como muestras fehacientes de mayor valer, podemos presentar la sumisión del Kannatto de Crimea y las comarcas del Cáucaso, Georgia, Asia Menor y Central, donde la férrea voluntad moscovita, unida á los no extinguidos instintos de los hunos, no coloca ciertamente á los sometidos en las condiciones felices de una Arcadia.

Francia y Alemania, contaminadas con la fiebre de expansión que impera en este «fin de siècle», someten por la fuerza de las armas, á título de protectorado ó de torzoso arriendo, vastos territorios en China y África, siguiéndolas Italia en este camino, si bien con la consiguiente cautela, por los no felices resultados que para ella tuvieron las aventuras que pretendió correr en el mar Rojo.

Portugal, cuya relación entre su potencia matriz y la extensión de sus colonias no guarda proporción, á pesar de haber probado ya las amarguras del despojo en una considerable parte del Congo, conserva aún extensos dominios engarzados á su soberanía. Vive casi en perpetua humillación, prestándose á ser asegurada y explotada por el leopardo inglés con tal de conservar lo que sólo á título de gracia le concede este ocaso del siglo de fuerza é injusticia, «ó quizás por servicios que haya de prestar á corta fecha».

Un nuevo factor se ha presentado en la palestra internacional con sobras de brío y de pujanza para que no sean desatendidas sus aspiraciones de botín. Éste es el Japón, cuya inmensa vitalidad asombra al mundo, al bastarle únicamente el corto interregno de un tercio de siglo para transformar por completo toda su idiosincrasia nacional, basada en un arraigo de muchos siglos, y colocarse al nivel de las naciones más poderosas y

adelantadas. Su última contienda con China le dió conciencia de su fuerza. Una población inteligente y laboriosa fomenta por días sus fuentes de riqueza, y su poderío naval y militar va adquiriendo un desarrollo tan extraordinario que está llamado á producir serias desazones, en un porvenir próximo quizás, á alguna de las potencias llamadas poderosas y tenidas por grandes. La lucha por la existencia viene á ser su necesidad del momento á causa de la densidad de su población, superior á la de los países más nutridos, y sus miras, aún no bien definidas y apenas diseñadas, las empieza á condensar bajo la forma de doctrina de Monroe asiática.

Examinando las diversas pretensiones y encontrados intereses de las potencias que marchan á la cabeza en fuerza militar y elementos destructores, muy miope será el que no vea la ineficacia del Congreso reunido en La Haya, no ya para tratar del desarme, cuya cláusula ni siquiera ha llegado á presentarse, sino para someter al arbitraje las diferentes cuestiones que entre ellas pueden suscitarse.

La rivalidad entre Inglaterra y Rusia, ora presentándose en el Bósforo con la llamada cuestión de Oriente, ora en el extremo oriental de Asia ó en la meseta central del Pamir, tiene sus interregnos de reposo y tranquilidad para germinar más tarde con doble fuerza y vigor. Incompatibles son el elefante y la ballena. Mientras refuerza Inglaterra sus argumentos navales, ocupando y fortificando todos los puntos que considera estratégicos y que pueden serle útiles para el abastecimiento, comunicación y apoyo de sus escuadras, dueñas en absoluto del mar, no ceja Rusia en sus aprestos guerreros para herirla en el corazón de su imperio colonial el día del conflicto. La construcción del ferrocarril central del Asia á las fronteras del Afghánistan amenazando las indostánicas, y la del transiberiano á la Mandchuria y Wladivosttok, patentiza su empeño de no retroceder ante el sordo reto que mutuamente se han lanzado los monstruos marítimo y terrestre. El dominio del golfo de Petcheli con la ocupación por Rusia de Port-Arthur es un hecho, y es tan ventajosa su posición estratégica que no nos equivocamos al considerarla como avanzada principal de Pekín, capital del amarillo imperio, cuyo complemento es su

transformación en plaza de guerra inexpugnable, con un verdadero ejército de ocupación que la guarnece. Tan certero ha sido el golpe dado por Rusia á su adversario, que éste no ha podido contrarrestarlo á pesar de la ocupación de las islas de los Pescadores y de las expansiones territoriales en las provincias limítrofes á Hong-Kong. Una lucha de zapa, pero sin tregua ni reposo, tienen entablada ambas diplomacias. Á las concesiones mineras hechas á favor de compañías inglesas por el Gobierno chino, obtiene la astuta diplomacia moscovita la de un ferrocarril de la Mandchuria á Pekín, proyecto al que se opone, aunque no abiertamente, la diplomacia británica por considerarlo lesivo á su influencia é intereses.

La enervada China es la novia, Rusia é Inglaterra los odiosos rivales que se disputan su dote más que su mano, encontrándose ambos en posesión de méritos sobrados, que en este caso es la fuerza, para ser preferido y aceptado. ¿Cabe arbitraje? El mismo que pudiera haber entre dos mastines hambrientos que dilucidaran la posesión de un hueso ó de una hogaza.

Inglaterra y Francia, enemigas seculares y ambas distanciadas por pertenecer á razas distintas, son rivales en comercio, industria y producción. Medio aniquilada la segunda en los comienzos de la actual centuria, á raíz de sus guerras napoleónicas, y reducida á su propio territorio, se ha levantado grande y potente por el solo resorte de la laboriosidad y patriotismo de sus hijos. Sus adquisiciones de Argelia y Cochinchina con las de Túnez y el Tonkín, á las que recientemente ha añadido las de Madagascar y vastos territorios en África, la colocan en lugar muy preferente como imperio colonial, hiriendo la susceptibilidad de Inglaterra, que no admite competidores en esta clase de asuntos. Frecuentes rozamientos subsisten entre ambas naciones, siendo unas veces la cuestión de Egipto la que los motiva, desarrollándose otras en las fronteras de Birmania y reino de Siam, habiendo sido el campo de la vasta é inculta África el que mayores zozobras ha producido recientemente, por abrigarse temores de un rompimiento, que parecía desear y aun precipitar Inglaterra, contando con la supremacía de sus escuadras. En pie quedan

una diversidad de asuntos que, si bien solventados por el momento, se reproducirán el día que adquieran más valor las respectivas adquisiciones, ó motivos de índole análoga las pongan en contacto. Los celos que corroen sus entrañas y la rivalidad ó enemiga que cuenta siglos de existencia, son sentimientos que no admiten arbitraje y que sólo se satisfacen con el exterminio. La república francesa, que por su densidad de población, su riqueza y poderío militar es de hecho el portaestandarte de la raza latina en el mundo, no se preocupa todo lo que debiera de los trabajos emprendidos allende el Canal para anularla y destruirla. Como sus hermanas las demás naciones latinas, gasta sus fuerzas en interiores convulsiones, presa de una enfermedad que no vacilamos en calificar de nacional suicidio.

Una nación grande por su unidad de raza, fuerte por las comunes miras basadas en la grandeza del imperio y en que la santa llama del patriotismo arde al unísono quemando todos los pechos; laboriosa, instruída é inteligente, se levanta en el centro de Europa, sin que definidas fronteras la limiten. Arma al brazo y mecha encendida acoge con sonrisa de incredulidad el resultado de la Conferencia. La obra de Guillermo I y de Bismarck no fué de conclusión. La completa unificación de la raza alemana exige la anexión de otros territorios. ¿Será el descendiente de los Electores de Brandeburgo el llamado á realizarla? El imperio de Austria, de conjunción tan heterogénea, mantiénese sólo unido por el débil lazo de la vida de un anciano, y para el día que éste falte no es difícil predecir que los enconos adormecidos, pero cuyas chispas anuncian el rescaldo que encierran, aquel día, repetimos, los odios que entre sí se profesan los tcheques, madgyares, slavos y alemanes resentirán esta unión. El archiducado de Austria, con sus 15 millones de habitantes, unidos á los 58 millones de su raza que tiene el imperio, convertirían á éste en el primer Estado del mundo. Seguros estamos que tan brillante porvenir no se lo dejará arrebatarse, si el caso llega, porque unos cuantos caballeros, aun investidos con la alta representación de otras tantas potencias, pusieran el veto á su expansión. Confiaba en Dios y en la justicia de su causa el Emperador Francisco José antes

de Sadowa, y en el mismo Dios y en la precisión de su armamento el entonces Rey Guillermo, consejo este último que no ha sido desatendido por sus sucesores, que con gran sentido práctico han comprendido que las conferencias sólo sirven para sancionar lo que con la espada se adquiere.

Ríos de sangre y miles de millones, dos provincias perdidas, el amor propio humillado y la pérdida de su prestigio como nación militar fueron los resultados para Francia en su contienda con el gran imperio central. Por buenos zurcidores de voluntades que sean los representantes de las potencias en La Haya, ¿creen de buena fe encontrar fórmula o específico cual otro doctor Dulcamara, para aquietar al vencido, toda vez que éste se encuentra ya repuesto de sus quebrantos? Al aumento de fuerzas de la nación germana responde Francia imponiéndose nuevos sacrificios para mejorar las suyas; maravillas mecánicas se realizan para el perfeccionamiento de sus armamentos, y las plazas fuertes y campos atrincherados fronterizos no son síntomas tranquilizadores para lo porvenir, todo lo cual no se opone, sin embargo, á que cada una de las naciones respectivas esté representada en la Conferencia. ¿Irán acordes las palabras con sus sentimientos?

Italia con su política de provechosas alianzas, inclínase siempre á prestar el concurso de su espada á todo el que pueda favorecerla para redondear su unidad. Niza, Saboya, Trieste y el Trentino son sus Dulcineas del momento, y se acerca á la *tríplice* ó á la *dúplice*, según marca el barómetro de sus esperanzas en los acontecimientos europeos. Trípoli, reputado como su natural herencia y expansión, como si natural fuera apoderarse de lo ajeno contra la voluntad del poseedor, es uno de los objetivos de la política italiana para el día en que se opere la total desmembración del Otomano imperio, y creará atentatoria á su homogeneidad nacional cualquiera solución que no satisfaga lo que ella considera y toma por legítimas aspiraciones.

Adórnense los Estados Unidos por sí propios, y cual ninguna otra, con los dictados de nación liberal, humanitaria y justiciera. Siguiendo las fases de su engrandecimiento político y territorial desde que tiene historia, no hemos visto justifica-

dos sus asertos. Nación heterogénea formada con las escorias que la Europa arrojó á sus playas, le sucede lo que al lacayo encumbrado por la fortuna, que á falta de otros abolen-gos, quiere sustituir con el dinero los méritos de que carece. Aniquilando razas y engrandecidos con la conquista á costa de los débiles, afirman ante el mundo, por medio de su prensa vocinglera, que sólo la humanidad y la civilización han guiado hasta el presente su política, no faltando obcecados ó imbéciles que así lo creen.

Una de las más decididas partidarias del «arbitraje con restricciones», que á nada compromete, es la gran república de la Unión, puerta abierta que á sí misma se deja «esta nación humanitaria» para seguir engullendo territorios á costa de razas ó naciones cuyo limitado poderío sea fianza un éxito seguro.

Absorbente cual ninguna, rechazará toda intrusión ó componen-ña que le propongan para solventar sus diferencias con las otras repúblicas americanas, «sus hermanas», de las que sólo admite ciega obediencia y vasallaje. Impertérrita, y pese á todas las Conferencias habidas y por haber, proseguirá sin separarse un ápice de su programa de ir haciendo sajona la América del Norte, modificando en este sentido, según frases de uno de sus más bulliciosos *leaders*, la geografía septentrional del continente americano. En posesión de Cuba y Puerto Rico, que les ha dado la clave del Golfo Mejicano y Mar Caribe, y en vías de realizarse la apertura del canal interoceánico de Nicaragua, las repúblicas latinas de Méjico, Costa Rica, Honduras, San Salvador y Nicaragua quedan á su merced y albedrío, formando éstas el último eslabón del por ellos pregonado «destino manifiesto». La forzosa tutela en que hoy viven recluídas estas repúblicas de hispano origen, trocaráse en insoportable yugo una vez que la normalidad, quebrantada hoy por el mal paso que su desmesurada ambición le llevó á dar en Filipinas, entre en un período regular y tranquilo ¿Cabe arbitraje entre el gran cefalópodo del Norte y sus citadas vecinas? Como sími! sólo encontramos el del lobo y las ovejas, prestándose éstas á ser injustamente devoradas por su carní-cero enemigo.

Servia, Bulgaria, Grecia y Rumanía, enclavadas en el territorio que constituyó lo que fué imperio de Bizancio, aguardan con más ó menos impaciencia la defunción del agónico del Bósforo para llamarse á la parte en sus despojos. Estas aspiraciones, cuyas condiciones de legitimidad son para ellas axiomas, como las de Austria al puerto de Salónica en el mar Egeo, las del Oso blanco del Norte á la Capital, y lo que entre sus garras sujete el milano del Noroeste, hace que los horizontes que se descubren hacia este rincón de Europa sean los de un verdadero campo de Agramante, cuyo rey Sobrino será el espadón que con más fuerza y vigor haga sentir su peso. ¿Es posible el arbitraje entre tan encontrados intereses? Posible es, pero á costa de los pequeños Estados, que no tardarían en mostrarse convencidos ante los sólidos argumentos de las grandes potencias interesadas.

Del Cipango, descrito por Marco Polo, al imperio del «Naciente Sol» de nuestros días, media un abismo. Encerrado aquél en la muralla de sus oscuras tradiciones, en las que el almirante americano Perry logró abrir extensa brecha en el primer tercio de este siglo, ha sido su marcha desde entonces un progreso constante efectuando en menos tiempo que ninguna otra nación la mayor revolución social que se conoce para llegar á ser hoy factor importante en los diferentes problemas asiáticos que están por resolver. Busca esta nación sus válvulas de desahogo necesarias á su excesiva población, preparándose con elementos de guerra formidables para legitimar lo que cree corresponderle de derecho. Escasos fueron los frutos cosechados de resultas de su guerra en China, impidiendo el veto de las grandes potencias el que afanzara su planta en el continente. La anexión de la isla de Formosa y una indemnización metálica fueron el galardón de sus victorias; compensación que no llegó á neutralizar los sacrificios que se había impuesto.

Mandchuria, Corea y más tarde Filipinas entran en la órbita de sus aspiraciones, que de llevarlas á cabo, no será sin serias convulsiones que trastornen los mares y tierras de Oriente. Pensando esta nación á la moderna, adhiérese á Conferencias y Congresos, pero sigue aumentando en constante progresión

sus elementos de combate para cobrarse sin duda en lo porvenir lo que no pudo efectuar en lo pasado.

Tan maltrecha ha quedado nuestra España de su última contienda; tan al desnudo su impotencia y debilidad, que, como factor de algún peso, no inclinará el fiel de la balanza en ninguno de los problemas europeos que están por resolver. Reducida á su nativo suelo, indefensas sus costas é islas adyacentes, quebrantados sus prestigios militares de mar y tierra, agobiada bajo el peso de inmensa deuda, con una industria y un comercio lánguidos y una agricultura muerta, y sin horizontes claros en un inmediato porvenir, no es mucho que, en estas condiciones y sin que un cambio radical se opere en nuestra manera de ser, sea nuestra nación el segundo plato del festín fin de siglo, ya que las llamadas grandes potencias han probado en China, y á poco coste, las dulzuras del despojo.

Una nación de insaciable avidez, iniciadora en los modernos tiempos de las peregrinas teorías sobre las naciones muertas que deben desaparecer, tiene un pie sentado en nuestro litoral marítimo, portillo seguro para su ensanche, á poco que una ocasión propicia se presente.

Codiciadas nuestras Baleares por su riqueza y estratégica posición en el Mediterráneo son las primeras llamadas á sucumbir si persistimos en el sistema de desarme que hasta ahora hemos sostenido. Una joya no se guarda dejándola abandonada en el arroyo. El sostenimiento de escuelas protestantes en uno de sus principales puertos, cuyos pastores han sido la vanguardia exploradora de la nación aludida, viene á ser el primer jalón por ella puesto para condensar sus ulteriores miras.

La situación de las Canarias en el preciso derrotero de Europa á la América del Sur, con un clima benigno, feraz territorio y floreciente comercio, préstase á un golpe audaz, cuando á ello convida la nulidad de sus defensas.

Abandonadas á su suerte y propios recursos, por no poderlas abastecer el día de su conflicto, quedaron nuestras plazas de Africa. Precisa ser objeto de especial atención su sistema defensivo, acumulando en ellas no sólo elementos de resisten-

cia, sino ponerlas en condiciones para poder soportar un largo asedio.

Un tratado reciente se ha firmado entre una nación limítrofe á la nuestra y la soberana dueña de los mares, cuyas cláusulas misteriosas deben ponernos sobre aviso. Sea éste un acicate más para que pronto se traduzca en hechos la fortificación de nuestros ríos gallegos y la general defensa de la región Noroeste de la Península. Portugal, que por sí solo no podría aspirar á la adquisición de territorios á costa de una nación que lo triplica, apoyado por otra muy potente, mediante concesiones en Africa y en alguna de las rías enclavadas en Galicia, donde ordinariamente invernan sus escuadras, sería de hecho un peligro para la integridad é independencia del suelo patrio. Urge, pues, organizar las condiciones de resistencia en esta parte del territorio, y trocar en previsión y actividad la indiferencia y apatía, patrimonio secular de nuestra España.

Á costa del vencido cobró Inglaterra su corretaje en la isla de Chipre, á raíz de la guerra ruso-turca, y el saldo que á su favor resulta por su «imparcial neutralidad» en la última contienda que España sostuvo con los Estados Unidos, si no lo ha hecho efectivo, indudablemente está en cartera.

Los Pirineos, barrera natural cuando no existían túneles ni líneas férreas, dejan de serlo desde el momento que en los intereses comerciales de los pueblos allanan los inconvenientes geográficos, caídos ya en desuso. Nuestra incuria podría dar lugar á que la reconciliación entre dos grandes potencias se efectuara, á costa de la débil España, compensando la línea del Ebro las perdidas provincias de Alsacia y de Lorena.

Mientras nuestras condiciones no varíen; mientras una España unida, rica, fuerte y bien administrada no sustituya á la España enteca, que ningún papel representa en el ocaso del presente siglo, serios peligros se ciernen sobre ella. El día en que la atmósfera de nuestro porvenir se presente diáfana, nos será lícito pensar en Marruecos, con tanta ó mayor razón que Francia al cumplir su misión en Argelia y Túnez, Inglaterra en Egipto y la que pretende Italia sobre Trípoli.

No nos salvará la Conferencia de La Haya de los peligros

que nuestra debilidad nos acarree, y de poco servirán los convenios de arbitraje para repeler injustas exigencias, sino apoyamos nuestro derecho con razones más sólidas y contundentes que la palabrería de los protocolos. El Canal de Suez, neutral é intangible en el terreno militar, dejó de serlo cuando Inglaterra efectuó el desembarco de sus tropas en Egipto, á pesar de las unánimes protestas de las demás potencias, acto que se repetirá una y cien veces, siempre que la nación que lo efectúe lo apoye con buena y sobrada artillería, mucho más eficaz que la tinta empleada en simples protocolos, que las mismas naciones poderosas, cuando su conveniencia lo exige, os convierten en protocolos simples y anodinos.

ARTURO LLOPIS,

Capitán de fragata.

San Sebastián 15 de Junio de 1899.

LA RETRIBUCIÓN DEL TRABAJO ⁽¹⁾

II

Acaso más lejos que Max Nordau ha ido el citado Rodolf Meyer, puesto que además de las aseveraciones que acabamos de reproducir, bastante graves y expresivas de por sí, ha hecho otras afirmaciones que seguramente han encontrado buena cabida entre los reformadores más radicales. Según Meyer, «los intereses de los trabajadores están en oposición completa, aunque otra cosa digan los economistas, con los de los capitalistas y propietarios, oposición que no sólo se mantiene y alienta, sino que es consecuencia inevitable del régimen actual»; y según él, «los salarios no pueden elevarse porque los instrumentos de producción, capital y trabajo, viven separados», y la condición de los proletarios irá siendo cada día más infeliz, toda vez que «el valor de la tierra y el capital es un peso muy arbitrario que la sociedad capitalista arrastra detrás de sí».

Francisco Nitti, al que ya hemos hecho varias referencias, escritor tan profundo cuanto exacto en sus observaciones y tan imparcial en sus juicios, se ocupó en dos opúsculos publicados en 1893 de la misma cuestión que nosotros consideramos, combatiendo al salario en sus actuales condiciones y forma, tan dañosas al trabajador por separarse tanto de la proporcionalidad que debiera informar la retribución del trabajo. De un modo acaso más explícito, si cabe, impugna en ellos la abusiva y frecuente manera de satisfacerlo en especie, en ciertos artículos de consumo adquiribles en determinados establecimientos, que ha producido reciente-

(1) Véase la página 639 del tomo anterior.

mente en España (año 1898) sangrientas colisiones é importantes huelgas en las regiones mineras de Murcia y Vizcaya, protestas generalizadas de los obreros contra el empleo de los *vales* y la imposición de cantinas, y hace ver hasta qué extremo ha llegado la insaciable avidez de ganancias de muchos patronos y de sociedades poderosas, así como la humillación del desventurado trabajador á quien se explota pagándole un salario reducido, que no corresponde con la intensidad, duración y efecto útil de su faena, y á quien se explota todavía más satisfaciéndoselo en los mencionados *vales* y en géneros ó artículos valuados por el mismo patrono, y que con frecuencia tiene que vender con pérdida por serle completamente inútiles.

Y, por último, y á fin de no acumular citas que podrían multiplicarse hasta lo infinito, nos referiremos tan sólo á los sabios antropólogos doctores Lombroso y Laschi, quienes, en su notable libro *El delito político y las revoluciones*, manifiestan ser preferible á la forma actual del salario la participación proporcional en el producto, pues hoy, por una parte, «el inmenso desarrollo de las grandes industrias y la excesiva concurrencia, haciendo menos fructífero el empleo de los capitales, se rehacen á costa del salario, y, por otra parte, las masas obreras, más pagadas de la propia independencia, reclaman la parte debida en el producto, como un paso para la completa emancipación, resultando de ello un gran fermento, una grande inquietud, que van influyendo en el crédito de la economía política: el antiguo siervo, instrumento más bien que hombre, se ha convertido en el preciso colaborador de hoy, y al brazo débil é inconsciente se ha sustituido la mente que centuplica el trabajo cuando se encuentra compensación justa».

III

Despréndese, pues, de cuanto dejamos consignado, y á esta conclusión hemos tendido al reproducir con aparente desorden bastante número de opiniones, todas ellas autorizadísimas, que los socialistas, sin distinción de matices, y bas-

tantes escritores que no militan en el socialismo, vienen sosteniendo ser de necesidad urgente la radical reforma de la actual manera de ser del salario, á fin de depurarlo de sus vicios y defectos, causa de los males señalados, sosteniendo igualmente la conveniencia de sustituirlo, en cuanto sea posible, con otra forma de retribución, todo lo cual es tanto más apremiante cuanto que los peligros se aproximan y la demora en las reformas los convertiría en realidad.

Pero ¿cuáles deben ser esas trasformaciones? ¿Cuál la medida ó límite mínimo del salario? ¿Ha de fijarse por el Estado, á quien también se encomiende la inspección, para que no sean eludidos los preceptos legislativos? ¿Ha de acudir al sistema corporativo ó á las asociaciones generales, colectividades, etc.? Tales son algunas de las cuestiones que surgen y son objeto de empeñadísimos debates, cuestiones respecto á las cuales cada escuela y cada escritor dan soluciones distintas, cuestiones que al debatirse han enconado no poco los ánimos y sobreexcitado á las clases obreras, y de las que se ha valido el radicalismo político en servicio de sus particulares fines.

Ocupándose de esta discrepancia de ideas, no ya entre los socialistas, en quienes la determina la esencial en sus principios, causa también de su fraccionamiento en escuelas y sectas, sino entre los economistas individualistas, dice Mr. Julio Simon que éstos «no convienen en el principio que se ha de seguir para fijar los salarios, ignoran si deben variarlos al compás del precio de las primeras materias, ó de los precios de venta, ó de la suma de beneficios; y que si disminuye con éstos, parece natural que suba progresivamente con ellos, y entonces los salarios corren los peligros que el capital y cambian enteramente de carácter, pues si pueden llevar á la fortuna, no aseguran el pan cotidiano, y, sea cualquiera el partido que se tome en la teoría, es preciso recordar en la práctica las necesidades de la concurrencia, las necesidades materiales y morales del obrero y el estado de los negocios y del trabajo».

Con efecto, todos estos extremos se han tenido presentes por cuantos se han ocupado de la retribución del trabajo.

Pero como parten de principios distintos, y los unos rechazan ó consideran de distinto modo lo que los otros admiten, ó agregan diversos elementos, se hacen inevitables las escuelas, los sistemas y los más opuestos pareceres.

El problema de la retribución del trabajo forma parte integrante y capital del problema social. Como ha dicho muy bien el Sr. Puigcerver en su discurso en el Ateneo de Madrid sobre *los accidentes del trabajo*, «es la obra constante de la humanidad que aspira á su mejoramiento moral y material», y como ha indicado con no menor exactitud el sabio Pontífice León XIII en la encíclica de 15 de Mayo de 1891, «si el obrero presta á otro sus fuerzas y su industria, las presta con el fin de alcanzar lo necesario y sostenerse, y por eso con el trabajo que por su parte pone, adquiere un derecho verdadero y perfecto, no sólo para exigir su salario, sino para hacer de éste el uso que quiera».

De aquí la grandísima importancia de cuantas cuestiones más ó menos íntimamente se relacionan con el salario, el interés con que socialistas y economistas las estudian buscando la solución más conveniente, y la multitud de medidas propuestas y algunas de ellas ensayadas en varias naciones: preciso es, por consiguiente, que de ellas nos ocupemos.

IV

Jeremías Bentham, de cuya opinión no debemos prescindir por su grandísima significación científica, fué uno de los escritores que con mayor resolución se declararon en contra de la tasa y de la medida de los salarios. Á su juicio dicha tasa «se ha propuesto muchas veces y aun ejecutado por motivos opuestos, para impedir lo que se considera como *exceso*, y remediar lo que se considera como un *déficit*, y en cuanto á esto último, la *medida* está sujeta á una grande objeción, porque fijar el jornal es excluir del trabajo á muchos jornaleros que de otro modo se habrían ocupado en él y se agravaría la miseria que se quería remediar». Para conseguirlo, añade, «todo se reduce á prescribir que no recibirán menos del precio con-

venido, si se les ocupa; pero lo que no se puede mandar es el ocuparlos, porque el labrador ó el fabricante no se sujetarían á mantener obreros que le costasen más de lo que le valiesen. En una palabra, un reglamento que fijase un *minimum* en los salarios sería un reglamento del género *prohibitivo*, que excluye del concurso á todos aquellos cuyo trabajo no equivale á la tasa. Ésta, con el objeto de prevenir el exceso, es un favor que se concede al rico en contra del pobre, al dueño contra el jornalero, y es violar, respecto á la clase más indigente, el precepto de la igualdad y de la propiedad». (*Manual de Economía política.*)

Con este juicio de Bentham acerca de la tasa y reglamentación del salario tiene bastante semejanza el de Mr. Baudrillart, eco fiel en esta parte de las ideas sustentadas por las modernas escuelas económicas, pues de la *clásica* basta decir que como su principio fundamental lo es la libertad sin restricciones, rechaza lógicamente cuanto más ó menos la limite ó dé intervención al Estado ó á la ley en las que conceptúa manifestaciones privativas de la acción individual.

Mr. Baudrillart entiende «ser muy difícil darse cuenta del desorden y misterio que encierra la reglamentación de los salarios, puesto que si éstos aumentan sin que aumente también el capital, resultando mayor producción con igual trabajo, alzarán los gastos de aquélla, será preciso vender más caro, y el aumento se rechazaría, la producción seguiría necesariamente la misma suerte, y de aquí más obreros desocupados»; y por eso «la reglamentación del salario es una decepción y un contrasentido».

Procura después la demostración de sus afirmaciones por medio de ejemplos y dice: «Tal fabricante ocupaba 200 obreros, un decreto le obliga á pagarlos el doble y entonces no ocupará más de un ciento á lo sumo; repartiendo de otro modo su capital entre los salarios y la compra de primeras materias, podrá ocupar 150: ¿qué hacer de los ciento ó de los cincuenta que haya despedido? El Estado les proporcionará obra, como hizo en 1848; creará talleres nacionales. Pero, como se ha reconocido y repetido muchas veces, estos talleres, como los otros, necesitan capital y preciso es tomarlo de la

industria privada, ya se recurra al impuesto, ya al empréstito; pero entonces la industria privada, teniendo menos capital, se verá obligada á despedir sus obreros; por último, bajo otro punto de vista es también una decepción el aumento forzado de los salarios. No examinaremos la cuestión de una limitación hecha á tal ó cual clase de trabajadores; suponemos que comprende á todos: sea, pues, el aumento de un franco. Si á todos se les aumenta en la misma proporción, lo que les costaba tres francos les costará cuatro ó más, puesto que los salarios se hallan comprendidos en el precio de las cosas. ¿Á qué habrá conducido semejante medida? Si los salarios se aumentan, no por el curso natural de las cosas y por el progreso intrínseco de la fabricación, sino por un acto imperativo de la autoridad, hé aquí aumentados nuestros gastos de producción, desaparecerán nuestras ventajas sobre los demás mercados y la población obrera de algunas grandes ciudades quedará sumida en la miseria».

V

A tales supuestos y á tales hechos, basados en supuestos también, oponen los defensores de la reglamentación del salario y de la fijación por la ley de un minimum al mismo, otros hechos y otros supuestos, tal vez menos hipotéticos y más conformes con la realidad. Parten, desde luego, del hecho de que la fijación legal de un minimum de salario no supone que haya de serlo aumentando el actual, aumento en el que Mr. Baudrillart basa toda su argumentación, puesto que ese minimum puede constituirlo el salario de hoy en aquellos países donde no descienda de lo preciso para que el trabajador y su familia puedan vivir cubriendo sus necesidades naturales, lo cual no es lo mismo, toda vez que no puede ni debe consentirse ni defenderse que conscientemente, mirando tan sólo al interés industrial, prevaleciéndose de la concurrencia y bajo el pretexto de no disminuir los beneficios del capital, ó de respetar los derechos del individuo, se sacrifique á toda una numerosísima clase social, sumiendo en la miseria, ó

cuando menos haciéndoles tocar con ella, á muchos, acaso la mayor parte de cuantos la componen, y llevando, como por desgracia se lleva á no pocos, á una muerte prematura, equivaliendo al desconocimiento de ese derecho preferente, *verdadero y perfecto* que, según el venerable y sabio Pontífice de la Iglesia católica, asiste al trabajador «para alcanzar un salario con que vivir y sostenerse». El derecho del capital es respetable, pero lo es mucho más el del trabajador. Compeliéndose á aquél á que retribuya al trabajo con lo que le es debido, se practica un acto de justicia, y el aumento lo que acaso pudiera producir sería la disminución del interés: consintiendo, cual se consiente, que el trabajo sea retribuído en menos de lo que corresponde, aumentándose el *sobretabajo* ó el *trabajo no pagado*, como dicen Karl Marx, Walter-Jourde y otros, se comete, permítasenos la frase, un acto de expoliación, pues prevaleciendo de la concurrencia fratricida, de la necesidad de vivir, é imponiéndose la ley de la fuerza, se priva al trabajador de lo que es suyo, de lo que realmente ha ganado con el empleo de todas sus fuerzas, físicas é intelectuales, en la obra de la producción.

Por otra parte, arguyen que los salarios descenden cada vez más, y el precio de las mercancías aumenta, ó en el caso más favorable, no descende en igual proporción, lo cual supone, que siendo progresivamente menores los gastos de producción, toda vez que lo son los de la mano de obra, y no bajando á la par el precio de los productos, el empresario, fabricante ó patrono, y en general el productor, obtienen mayores beneficios, y muy bien pueden continuar las industrias sin reducir el número de obreros y sin rebajar los jornales, no teniendo que hacer otro sacrificio que el de una parte mayor ó menor de la ganancia.

Dicen, por último, que los hechos se hallan muy lejos de confirmar que el descenso, ó el estancamiento cuando menos de los jornales, sean consecuencia del estado general de la producción y del mercado, y el que sin ello los fabricantes, patronos ó empresarios tendrían que despedir trabajadores, pues más bien responden á la excesiva avidez industrial, á la explotación del obrero para aumentar los beneficios de la em-

presa, obra ó industria, explotación erigida en sistema, y á la concurrencia entre los mismos trabajadores, dolorosamente aumentada por los que de su agravación sacan provecho, y que si en algún caso la regulación de los salarios pudiera perjudicarles, el Estado, que ya les auxilia con los derechos arancelarios, y con otras medidas fiscales protectoras, derechos que extrema hasta tocar con el prohibicionismo y medidas que multiplica en los momentos de crisis, podría acudir á los muchos medios de que dispone, sin agravar los impuestos que pesan sobre la producción, y mucho menos crear esos talleres nacionales cuyo ensayo en Francia borró toda idea de reproducirlos, para dar colocación en ellos á los obreros que la industria particular despidiera; talleres que constituyeron uno de los mayores errores de Luis Blanc y una de las faltas gravísimas de la segunda república, que aumentaron la concurrencia, perturbaron la vida productora y dieron cabida tan sólo á los peores obreros.

VI

Mr. Julio Simon reveló cierta desconfianza de que pueda llegarse á la reglamentación del salario «para hacer más productivo el trabajo». Entendía, por una parte, que «existe una ley más fuerte que todas las leyes escritas en los códigos, la ley económica que rige todo el desenvolvimiento industrial, y que fuerza al fabricante á medir sus gastos por las probabilidades del beneficio y á luchar con la concurrencia por el buen mercado»; y, por otra parte, creía que la misma alza de los salarios no favorecería positivamente al obrero ni pondría fin al pauperismo «sino á condición de ser acompañada por una reforma profunda en las costumbres», pues aun los mismos jornales de hoy, «gastados con inteligencia, y sobre todo con moderación, bastan para asegurar las necesidades de una familia, siempre que no la hieran las enfermedades y las crisis», afirmación que en verdad no se compagina mucho con otras varias de sus obras, y con la cual sentimos no estar conformes, pues demasiado sabido es que una familia obrera,

y sobre todo de jornaleros, que son los que forman el gran núcleo de las clases trabajadoras, por morigerada que sea, por mucho que cercene sus gastos, y aun concediendo á todos sus individuos una salud inalterable y ocupación constante, no puede cubrir todas las necesidades físicas y todas las necesidades sociales, con el pequeño jornal diario, fuera de muy contadas excepciones, con un jornal que aminoran los numerosos días festivos, los paros determinados por las contingencias estacionales, y otras causas.

Manifiesta también, á continuación de varias consideraciones referentes al derroche de los jornales en las *tabernas* y en otros sitios no menos funestos, que «vaciando tales sitios y llenando los talleres, se haría más por el bienestar de las clases trabajadoras que elevando los salarios, por más que esta elevación contribuiría eficazmente á ello». Pero á su juicio la dificultad en la resolución del problema está en el problema mismo, en el medio de llenar los talleres sin vulnerar los derechos del patrono. Esto es ciertísimo, toda vez que también habrían de llenarse las demás ramas de la producción, pues el taller no es el único recinto del trabajo: lo conveniente sería mejorar las condiciones y ensanchar el campo de acción de éste en términos de hacerlo más llevadero y menos sujeto á las fluctuaciones y contingencias, origen de daños positivos.

Para conseguirlo sería, pues, indispensable que la demanda no excediera de la oferta, que la producción en todas sus ramas y en todos los países no superara mucho al consumo, sino que ésta y aquélla se correspondiesen entre sí y guardaran relación con la población; que las máquinas, cuya multiplicación y perfeccionamiento disminuyen los brazos, no fueran un obstáculo para que los obreros excedentes en unos puntos é industrias encontrasen ocupación en distintas industrias y pueblos. Mientras no se prepare el terreno por medio de meditadas reformas, á lo cual pueden contribuir tanto los socialistas como los economistas, pero aquéllos más que éstos, el problema planteado por Mr. Julio Simón quedará en pie, y sus ideas no serán otra cosa que grandes ensueños; continuarán estacionados unas veces, disminuirán las más de

ellas y se elevarán muy pocas los salarios, á no ser que por otro camino que ofrezca menores obstáculos se consiga normalizarlos, sujetándolos á las condiciones señaladas por la generalidad de los escritores

La opinión de Mr. Julio Simón, al mismo tiempo que sirve para poner de relieve algunos errores en que han incurrido los patrocinadores de la fijación de la medida del salario por la ley, y cuyas ideas hemos expuesto en conjunto, puede conceptuarse á modo de eslabón de enlace entre las mismas y las sustentadas por los economistas *clásicos*. Éstas son las razones que nos han impulsado á analizarla con alguna atención.

VII

El padre G. de Pascal es uno de los socialistas católicos que sin vacilaciones sostiene ser absolutamente preciso que el Estado intervenga en las relaciones entre los trabajadores y los patronos á fin de regularizarlas y determinar la unión, la solidaridad de unos y otros, sosteniendo igualmente y con decidido empeño ser de grandísima importancia la fijación del *mínimum* del salario. Al efecto, manifiesta que el trabajo, esto es, «el ejercicio de la actividad humana, en la cual entra toda la persona, el alma y el cuerpo, la inteligencia y los brazos, no puede ser considerado como una mercancía sujeta á las fluctuaciones del mercado, sino como un acto humano que tiende á proporcionar á la persona de quien proviene los medios convenientes de existencia. Hé aquí diez obreros que os ofrecen su trabajo: vosotros los pagaréis acaso menos porque son muchos y porque la oferta es mayor que la demanda. Pero, por ventura, ¿no están obligados á hacer el mismo esfuerzo y á realizar la misma obra? El fin del trabajo, es la conveniente satisfacción de las justas necesidades del trabajador; por lo tanto, el producto, resultado del trabajo, debe servir para satisfacer estas necesidades. La parte que el trabajador percibe de los resultados de la producción constituye el salario; por consiguiente, debe bastar éste para satisfacer las necesidades legítimas del trabajador. Pero no es

menos cierto que después de haber asegurado este *minimum* puede tener lugar una cierta oscilación de los salarios bajo el influjo de la ley de la oferta y la demanda. Como el trabajo humano tiene por objeto la producción, debe ser considerado, á más de como un hecho moral, como un hecho económico. Desde este punto de vista el trabajo es un servicio que se cambia por una remuneración.»

«Á partir del *minimum* fijado, el salario aumentará ó disminuirá según la oferta y la demanda y según el valor del trabajo. Pero, lejos de ser esta ley el supremo principio remunerador del salario, no debe influir sino sobre la parte de éste que exceda del *minimum* exigido por la naturaleza y por el fin mismo del trabajo.»

¿Cuál debe ser este *minimum*? pregunta De Pascal después de las anteriores consideraciones, encaminadas á demostrar la necesidad de que exista. La contestación que da á tal pregunta no puede ser más clara y fundada. Con arreglo á esta teoría de la escuela clásica, dice, «la tasa normal del salario debe valuarse por el valor estrictamente necesario para que un trabajador y su familia puedan vivir y perpetuarse, teoría que hace gravitar el más pesado yugo sobre la clase obrera, á la cual reduce á una situación desesperada, siendo así comprensibles los terribles anatemas y los furiosos gritos de revolución lanzados por el obrero contra la *ley férrea* que ha creado la actual inicua organización económica. El salario debe de ser suficiente, no sólo para el individuo, sino también para su familia: el hombre que ha trabajado durante largos años, y cuyo trabajo ha sido provechoso para la sociedad, tiene derecho á que no se le arroje como un mueble usado y á no ser condenado á la mendicidad. El salario debe, por consiguiente, ser tal que permita al obrero hacer algún ahorro para los días malos y para la vejez. Pero este doloroso problema no podrá resolverse por medios autoritarios. El verdadero salario, el salario humanitario, el salario familiar, no volverá sino cuando vuelva la asociación corporativa, cuyas autoridades podrán determinar, cuando sea necesario, sin perjudicar á nadie, la parte correspondiente á cada uno de los factores del trabajo.»

Como se desprende de los pasajes copiados, el padre De Pascal, no menos duro que Lassalle, que Karl Marx, que Max Nordau y que los socialistas radicales con la ley del salario de los economistas clásicos, extiende el *mínimum* del salario á lo preciso para que el trabajador y su familia puedan vivir y hacer ahorros, rechaza toda intervención del poder coactivo, y confía el establecimiento de ese *mínimum humanitario familiar* á las corporaciones que, según él, deben ser restablecidas.

Rudolf Meyer, de quien ya hemos hecho mérito, se aparta en algo de las ideas del P. de Pascal, puesto que sostiene que el Estado «debe ensanchar cada vez más la esfera de sus atribuciones», tanto que muy bien «podría obligar á todas las industrias hasta á construir habitaciones para sus obreros», añadiendo que la tasa del salario que á éstos se paga concluirá por imponerse á los patronos, «con lo cual, siendo mayor el *mínimum* fijado por aquél, llegará también á serlo el de los trabajos de que éstos se benefician»; y redondea su pensamiento, después de indicar que el Estado debe también cuidarse de «favorecer el desarrollo de la pequeña propiedad», sosteniendo que «cada oficio deberá tener una caja de pensiones y de socorros, obligándose al jefe de cada industria á ingresar en ella una cantidad igual á la que ingresen todos los operarios juntos».

Decurtius, el más práctico, atrevido y de mayores conocimientos económicos de los socialistas cristianos de Suiza, consignaba en su notable programa del año 1885 «ser preciso que el obrero encuentre en su salario el equivalente de los peligros que corre»; que con el exceso de la producción, «la cual ha llegado á ser general y constante, los salarios han descendido al *mínimum*, y muchas veces no representan sino lo necesario para no morirse de hambre, siendo ésta la terrible ley de Lassalle»; que la medida de los salarios «es precisamente lo necesario para permitir á la clase obrera vegetar y reproducirse, sin que pueda subir á causa del exceso de producción, ni bajar más, porque en este caso la mortalidad se encargaría de disminuir el número de los brazos disponibles»; que «el Estado debe intervenir y corregir la brutalidad de la

ley económica, pues el obrero tiene, como todo hombre, derecho á la existencia, siendo éste un principio del derecho natural, al que el Estado no puede renunciar si no quiere perjudicarse á sí mismo, y quiere servir á los elevadísimos intereses de la justicia», y que es también absolutamente preciso que «el salario proporcione al obrero, cuando menos, tres cosas: *satisfacción de las necesidades de la existencia, compensación de los peligros de muerte y de mutilación á que se expone estando al servicio del patrono, y por fin, compensación por el aprovechamiento normal y regular de sus fuerzas*».

La escuela católico social, cuyas ideas interpretó muy equivocadamente el abate Pothier, ha encontrado un expositor más fiel de las mismas en el respetabilísimo Cardenal Manning, tan querido por todos los obreros ingleses, aun los pertenecientes á las iglesias disidentes, con cuyas palabras cerraremos esta parte que á tal escuela dedicamos por la significación que tiene en el movimiento socialista, por el desarrollo que va alcanzando en España y porque demuestra cuán falsa es la aseveración, que por algunos maliciosamente se hace, de que el socialismo contemporáneo no está compuesto sino de ideólogos y positivistas, como los alemanes, ó por demagogos y ultrarrevolucionarios, enemigos de todo funcionamiento regular y ordenado de las sociedades.

El Cardenal Manning sostuvo la necesidad de fijar una medida al salario, la cual basaba en el concepto que tenía formado del trabajo, «verdadera función social». Partiendo de este elevadísimo concepto del trabajo, que deja muy atrás el de Proudhon, que le considera como «la acción inteligente del hombre sobre la materia con el objeto de llenar las leyes de su destino», y radicalmente distinto del de los economistas históricos, que no ven en él sino al «ejercicio de nuestra actividad para los fines de nuestra producción», y que han llegado á asimilarlo á una mercancía no diferenciable de las demás, concepto mezquino, estrecho, menospreciador de la dignidad humana, sostuvo que «antes de determinarse el número de horas que en cada día son necesarias á un hombre ó á una mujer para ejercitar debida y fructuosamente su actividad sin perjudicarse, es necesario determinar el salario». En.

tendía ser más que suficiente una jornada de ocho horas para los trabajos poco duros, pero añadiendo que esto no dará resultados positivos y beneficiosos «mientras no se fije, reconozca y establezca una medida justa y conveniente que regule los beneficios y los salarios, medida con arreglo á la cual habrán de regirse todos los contratos libres entre el capital y el trabajo, y como los salarios están sometidos en el comercio á variaciones necesarias, sería preciso también que todos los contratos libres estuviesen sometidos á una revisión periódica cada tres ó cuatro años».

CAPÍTULO VIII

Intervención de las clases obreras.—Los cartistas y las *Trades Unions*.—El salario, las asociaciones, *El Taller* y la teoría de Luis Blanc.—La sociedad Internacional, las sociedades posteriores y el carácter de sus acuerdos.—Resumen de las opiniones referentes á la cuestión del salario.

I

Los trabajadores, á quienes de un modo tan directo afecta, no podían permanecer indiferentes ni dejar de hacer oír su voz y consignar su opinión en un debate del que con fundamento podían prometerse resultados que les fuesen beneficiosos. Desde hace muchos años, y en repetidas ocasiones, por medio de periódicos, folletos y hojas sueltas, de reuniones pacíficas locales, regionales é internacionales, de manifestaciones á veces tumultuosas, de acuerdos adoptados por las *uniones y federaciones*, de peticiones dirigidas á los altos poderes del Estado y suscriptas por millares de obreros, en todas las formas, utilizando toda clase de recursos, han venido dando á conocer sus deseos y aspiraciones, no tan sólo en cuanto á la regulación del salario, á la fijación del *mínimum* del mismo y á la determinación de sus condiciones indispensables, sino respecto á las demás formas de retribución del trabajo: su labor ha sido perseverante, aunque no siempre

bien dirigida: elementos á la vida del trabajo extraños les han perturbado y extraviado con frecuencia.

De acuerdo con los socialistas, y apoyados en observaciones y experiencias propias, de valor indudable, han expresado su convicción íntima, profundísima, de que el salario, en su actual manera de ser, es insostenible á causa de los daños positivos que les produce, de las injusticias y desigualdades que entraña y de someterlos y sujetarlos á las tan frecuentes oscilaciones del mercado, á los resultados de una concurrencia cada día mayor, verdaderamente desenfrenada, que les han sido y continúan siéndoles por lo regular adversos, determinando la baja en la retribución de su trabajo y colocándoles en la triste situación de no poder contar sino con los recursos precisos para no perecer ellos y sus familias, y sólo por excepción, y á costa las más de las veces de su salud, con un pequeño excedente que las enfermedades y las huelgas forzosas consumen, impidiendo la acumulación de los ahorros

Constantemente han reclamado, coadyuvando á la acción socialista, la adopción de medidas y reformas que contengan ese descenso dañoso, tan pocas veces interrumpido, y contribuyan á la elevación del *mínimum* á fin de que su porvenir sea menos sombrío y su presente más bonancible; y con bastante frecuencia también, ya formando *coaliciones*, ya reuniéndose en agrupaciones y asociaciones más ó menos extensas, algunas de ellas con carácter de internacionales, ya procurando unificar las dispersas para preparar la *solidarización* de todos los trabajadores, ya promoviendo numerosas huelgas, han perseguido, entre otras reformas, las que conceptúan absolutamente precisas para que su trabajo sea retribuído en consonancia con la intervención principalísima que tiene en la producción.

II

Los *cartistas* y las *Trades Unions* fueron quienes en primer término se ocuparon, concediéndole toda la atención que merecía, de la cuestión del salario, reclamando, más bien que

pidiendo, el aumento del mismo y la fijación de un límite del que no pudiera bajar. Para conseguirlo entablaron muy empeñada lucha, con frecuencia en el terreno de las violencias, contra el capital, contra los patronos que resistían y aun contra los Gobiernos que, con miras acaso egoístas, por un mal entendido interés social, y hasta por espíritu de clase, se colocaban del lado del capital y del patrono, auxiliándoles con todos sus recursos y con toda la fuerza de su poder coactivo.

Conforme ha dicho el ilustre historiador de los socialistas y los reformadores modernos, Mr. Luis Reybaud, «con los clamores de los *cartistas*, que reclamaban la adopción de la *carta*, se unían los gritos en demanda de una remuneración más alta para la mano de obra». Todos pedían una medida del salario, un límite fijo del cual no pudiera descender; pero no estaban conformes, como tampoco lo están hoy, en cuál había de ser este límite, esta medida. Así es que, por ejemplo, los mineros de Newcastle y del Stafforshire querían que se fijase en cuatro chelines, y los del Lancashire ponían como límite tres chelines. Así, en uno de los grandes movimientos de la clase obrera anteriores al año 1856, resumieron los manifestantes sus aspiraciones, condensándolas en la fórmula «un salario suficiente en cambio de un salario razonable»; fórmula sensata, comedida, pero que por su generalidad, por su vaguedad, no resolvía nada, no conducía á ningún resultado práctico favorable al trabajador, pues de salario suficiente podría reputarse el que en realidad se hallase muy lejos de serlo, y de trabajo razonable el que fuese ó excesivo ó ligero. Ocupándose de ella escribió Mr. Luis Reybaud que «tal ecuación implicaba un tercer término, que el trabajo corresponda con las necesidades, pues no tiene un valor absoluto, siendo preciso ponerle siempre en relación con el precio de las subsistencias, y representa siempre, por reducido que sea, la suma estricta de las necesidades, condición precisa para que las fuerzas del obrero no se agoten y se renueve el servicio».

III

En un artículo publicado por *El Taller* en Marzo de 1850, se manifestaba que las asociaciones obreras existentes al estallar la revolución de Febrero querían que el salario fuese *igual en su origen*, con arreglo á la teoría de Mr. Luis Blanc; pero todas ellas, según afirmaba el autor del artículo, debieron renunciar á tal idea, faltándoles por completo los dos principios fundamentales del sistema del célebre revolucionario socialista, la *unidad del interés* y la *igualdad del salario*. Mr. Luis Blanc, cuyo poco original sistema excitó las iras y dió lugar á la implacable crítica del ferviente preconizador de la *anarquía*, Mr. Proudhon, expresó que el Gobierno, regulador supremo de la producción, habría de exigir un impuesto cuyo producto sería dedicado á la creación de *talleres sociales* en las más importantes ramas de la industria nacional, proporcionándose el capital necesario sin interés alguno; que en cada rama particular del trabajo estos talleres habrían de tener por objeto suscitar á la industria privada una concurrencia abrumadora que la obligase á dejarse absorber por ellos; que todos estos talleres, esparcidos por el territorio de la nación, se asociarían entre sí, y vendrían á ser como las sucursales del gran taller nacional; que todos los ciudadanos serían miembros de estos inmensos talleres, que absorberían la totalidad de los capitales, y en cuanto á la *igualdad de los salarios*, no tardaría en establecerse, reemplazándola un principio nuevo que, como dice Mr. Alfred Sudre, «nos es revelado como una de las leyes destinadas á regir la sociedad definitiva: *cada uno trabajaría según sus fuerzas y sería remunerado según sus necesidades*».

De nadie son ignorados los resultados desastrosos y el fin sangriento que tuvieron los talleres nacionales patrocinados por Mr. Luis Blanc é imprudentemente sostenidos por el Gobierno de la segunda república: en ellos buscaron refugio los peores trabajadores y los espíritus más levantiscos; de ellos salieron los furiosos combatientes que se batieron en las

barricadas. Producto del miedo y no de la convicción, desaparecieron entre el fragor del más empeñado y lamentable de los combates fratricidas. Sabido es también el éxito negativo obtenido por esas asociaciones obreras, debido precisamente á las ideas que se ofrecían como base de la sociedad definitiva.

La igualdad de los salarios, por la que recibía la misma retribución el obrero laborioso y hábil que el holgazán y torpe, desalentó á los buenos, llenó los talleres de indolentes y levantiscos, disminuyó y empeoró la producción, consumió infructuosamente los recursos, perturbó las industrias, y de nada sirvió para contener males tan positivos el inocente lema *quien no trabaja es un ladrón*, del que el célebre reformador se prometía maravillas. La concurrencia, cuya supresión se propuso, tuvo nuevo apoyo en las sociedades que ideara para destruirla, y la unidad del interés se resolvió en desastrosa lucha.

IV

La sociedad *Internacional* de trabajadores, cuya elaboración fué tan lenta y que llegó á penetrar en casi todas las naciones, y no poco en España, en su primer programa, en sus congresos, en sus manifiestos, en sus periódicos y en cuantos documentos emanaron de ella se ocupó, pues no podía menos de hacerlo, de la retribución del trabajo en general, y particularmente del salario.

Influída en sus comienzos por Karl Marx y por varios trabajadores tan sensatos cuanto ilustrados, impulsada después por los *colectivistas radicales*, que rechazaron las formas *mutualistas* adoptadas, y llevada en último término á los incalificables extravíos y actos de la *Común* y á las disolventes, utópicas y funestas manifestaciones del *anarquismo*, necesariamente hubo de verse influída por estas sucesivas y contrarias tendencias y teorías en la apreciación y resolución del problema del salario.

Como una prueba de lo que pensaba y proyectaba acerca

de esto, mencionaremos algunos de los numerosos hechos que ofrece su corta pero accidentada existencia.

En el manifiesto publicado en 1869, con motivo de la huelga de Rouvais, suscripto por Tolain, Freyburg y Varlin, miembros de la *Comisión administrativa de las federaciones francesas*, se emitían, entre otras ideas que no hacen al caso, las siguientes: «El uso de las máquinas en las industrias envuelve un problema económico cuya solución próxima se impone imperiosamente. Nosotros, trabajadores, reconocemos en principio el derecho de los obreros á un *aumento proporcional de jornal*, toda vez que á favor de una nueva clase de herramientas se les impone una producción más considerable».

El Congreso de Laussane, uno de los más memorables del *internacionalismo*, se pronunció de un modo resuelto contra el régimen actual del salario, perjudicial á la clase trabajadora, y no tan sólo se pronunció en su contra, sino que proclamó la necesidad «de hacer desaparecer del seno de las sociedades obreras, cuanto sea posible, el pago individual del capital sobre el trabajo», lo cual equivalía, según con exactitud se manifiesta en una interesante historia de la Internacional, «á hacer desaparecer en una asociación determinada toda diferencia entre los que han trabajado mucho tiempo y los que empiezan á trabajar».

Las ideas sustentadas por la *Sécción internacional de la alianza socialista de Génova* son todavía más significativas y dignas de mencionarse. En un folleto anónimo cuyo principal objeto fué el descubrir la verdadera dirección y las miras ocultas que, á juicio del publicista, favorecieron el nacimiento y dieron impulso al *internacionalismo*, se condensan en las siguientes líneas: «El trabajo contribuye casi tanto como el capital en casi todas las industrias, pero no proporciona más que esto sino cuando el precio de la primera materia excede al de la mano de obra, y tomándose el trabajo de adicionar los salarios que el obrero, el comisionista ó el doméstico, en un período determinado, benefician al capitalista según que son pagados semanalmente, al mes ó al año, se verá que realmente es el asalariado quien abre crédito al patrono, el pobre quien abre crédito al rico. No se ha meditado sobre si en los talleres se cam-

biarían notablemente las condiciones del trabajo en el caso de que los salarios se pagasen anticipadamente en lugar de satisfacerse al final». (*Les mystères de l'Internationale, son origine, son but, ses chefs*. París, 1871.)

Por último, y aun cuando sean anteriores en fecha, transcribiremos las palabras con que Mr. Bucher, San Simoniano arrepentido, explicaba y censuraba los propósitos de las primeras sociedades obreras francesas, precursoras y preparadoras de la Internacional, sobre las que se constituyó ésta no obstante el influjo de los alemanes, y de las que tomó poderosos elementos y enseñanzas.

«Inútil es añadir, decía, que en ellas se proscribía el trabajo á destajo, lo que privaba á la actividad del trabajador de su estímulo más activo, puesto que cesaba de tener en perspectiva un salario proporcionado á su esfuerzo y habilidad; del mismo modo la parte de beneficio que no se atribuía á la comunidad era repartido á los asociados á prorrata del número de días de trabajo efectuado por cada uno de ellos. ¿Para qué fatigarse entonces en imponerse esfuerzos de los que no se había de sacar provecho?»

De modo que los obreros de las asociaciones creadas en uno de los períodos más críticos de la vida política, económica y aun social de la Europa moderna, los internacionalistas y los socialistas afines, proscribieron en absoluto el trabajo á destajo, proclamaron ser indiscutible el derecho á la elevación del salario, sostuvieron la igualdad de éste para todos los trabajadores, y pugnaron por el establecimiento de un mutualismo especial. Disuelta la *Internacional*, que está en vías de reconstitución, los trabajadores que forman las actuales *federaciones y uniones*, más que otras originales, reproducen las teorías que respecto al salario sustentan las distintas escuelas socialistas á que se hallan afiliados: en lugar de comunicar el impulso é imponer sus soluciones respecto á una cuestión que tanto les interesa, le reciben de quienes no viven la vida del trabajo, y de estos mismos reciben también las demás ideas que después con mayor ó menor calor defienden.

Á este impulso, debido á los esfuerzos de los socialistas,

únicos que verdaderamente se han interesado por la clase obrera, pueden referirse la organización del partido obrero y la generalidad de los programas y acuerdos.

Por ejemplo, el Congreso nacional de Italia, celebrado en 1880, dió un programa, redactado por Paul Lafargue y concebido en estos términos: «Considerando que la nueva organización social no puede tener por base sino la apropiación colectiva del suelo, subsuelo é instrumentos del trabajo y de la producción: considerando que ha sido reconocido igualmente que el solo medio de cambiar las condiciones del trabajo es suprimir por completo la organización abusiva del *salariato*, forma última de la esclavitud; el Congreso declara que el único fin que deben proponerse los asalariados es el llegar lo más pronto posible á tales transformaciones. Para conseguirlo declara también que los trabajadores deben organizarse en partido distinto, opuesto á la *burguesía*, formando en el mayor número posible de comarcas sindicales, grupos, sociedades obreras, que existan en cada localidad, uniéndose por cantones y federándose por regiones. Considerado, además, que para llegar á su emancipación es preciso que los trabajadores tengan tiempo para ocuparse de sus intereses y de la cosa pública, el Congreso acuerda promover una agitación para conseguir la jornada de las ocho horas».

Entre las declaraciones del Congreso de Tours, celebrado en Septiembre de 1892, dirigido por distinguidos socialistas, y en la idea socialista, que había ya penetrado profundamente en la masa obrera, inspirado, son de señalar las siguientes: «El Congreso invita á todos los trabajadores á agruparse en las comarcas sindicales y en los grupos corporativos para obtener la *unificación de los salarios más elevados de la localidad ó región*, medida que quitará á los patronos el producto de la concurrencia comercial; la *supresión del regateo y del trabajo por piezas*, la *prohibición del trabajo en las prisiones por bajo de las tarifas confeccionadas por los sindicatos obreros ó grupos corporativos*, y en todo caso la obligación para la administración penitenciaria de entregar á los reclusos, concluía la pena, y deducidos los gastos de sostenimiento, el producto de su trabajo; la *prohibición de todo trabajo en los obradores y esta-*

blecimientos religiosos, declarando además el Congreso que todas estas disposiciones no tienen sino un carácter transitorio, y que el objeto final perseguido por el proletariado es la *abolição del patronato, del salariato y la supresión de todos los privilegios.*»

El Congreso nacional obrero agrícola italiano celebrado en Bolonia en Septiembre de 1877, último que mencionaremos, revistió grande importancia, no sólo por los elementos que le constituyeron y por la índole de sus acuerdos, sino por ser una revelación de la fuerza que en las clases agrícolas, á quienes su *misoneísmo* apega más que á las otras á sus tradiciones, prácticas, usos y creencias, han ido tomando las nuevas ideas socialistas. Al dar cuenta de dicho Congreso en *La Revue Socialiste* Gerolamo Gatti, escribía: «En todas las regiones de la Italia septentrional y central prevalece la *colonia parciaria*, especialmente bajo la forma de contrato, el cual está en oposición con el desenvolvimiento de un numeroso *salarariato agrícola*. La gerencia directa que en las explotaciones grandes y medias reclama la formación de un fuerte ejército de *asalariados* en todas las regiones de la Italia continental é insular, viene con frecuencia después de la colonia y del arriendo. El arriendo en grande parece reclamar asalariados. El *salarariato* es la forma más moderna del trabajo de los campos. Prevalece en Inglaterra, donde la agricultura está muy desarrolada, sin ser con todo un verdadero capitalismo agrícola. Las ventajas que obtendrá el asalariado con los nuevos sistemas van presentándose con mayor claridad: se adhiere rápidamente á las ideas socialistas, tanto más cuanto que el asalariado es entre los tipos agrícolas el de acción más libre».

Ahora bien: en dicho Congreso se acordó: 1.º «No aconsejar á los trabajadores la participación en los beneficios. 2.º No aconsejar el trabajo á obra. 3.º Vigilar la emigración permanente. 4.º Procurar impedir que los emigrantes temporeros hagan bajar el precio del salario en otros países. 5.º Sostener la elevación de los salarios y la baja de las horas de trabajo. 6.º Establecer Bolsas de trabajo. 7.º Crear cooperativas de consumo».

De todo esto resulta que la cuestión del salario es de entre

las muchas que se relacionan con el trabajo la que menos pasos ha dado para su acertada resolución; teóricos y prácticos, socialistas y economistas, políticos y trabajadores, han adelantado poco. Con todo, ha llegado á conseguirse unificar la opinión en el sentido de que el salario debe tener un *límite mínimo* que no puede ni debe traspasar, cual lo es el que determinan las necesidades físicas y morales del obrero y de su familia; se ha generalizado bastante la idea de que debe fijarse su medida ó límite legal; se ha convenido en que en todos los casos y faenas en que sea posible debe sustituirse por otra forma de retribución más justa, equitativa, conveniente y en armonía con la significación del trabajo; y ha conquistado también numerosos prosélitos la opinión favorable á la intervención directa del Estado por medio de disposiciones legislativas que formen parte del derecho obrero, cuya necesidad se hace notar en la regulación y reglamentación de los salarios, creándose inspectores especiales y encomendándose la resolución de cuantas cuestiones se promuevan y el conocimiento de todas las infracciones á tribunales ó jurados que, sin el mismo formalismo, preocupaciones, ritualidades anticuadas é ideas no más modernas de la justicia histórica, se inspiren en las exigencias y condiciones de la vida industrial. Pero esto ha sido todo. Sin embargo, relacionando dicho problema con los demás que afectan á la retribución del trabajador, que vamos á examinar, si bien brevemente, se ve que no nos alejamos de la solución.

MANUEL GIL MAESTRE.

VILLAVETUSTA Y VILLAMODERNA

HISTORIA EN DOS CARTAS

Hará cosa de diez años, Julio Guerra, el sobrino del buen párroco de Villavetusta, escribió á Juan de Ansúrez, su antiguo compañero en el seminario, la siguiente carta, que ha pocos días hallóse entre los papeles del difunto P. Ansúrez, junta con la que á continuación encontrará quien, leída la primera, tuviere paciencia para apurar la segunda.

Carta primera.

Villavetusta y Octubre de 1888.

Mi buen compañero y maestro Juan: Vergüenza me da mirar la fecha de tu última carta (5 de Mayo) y mayor vergüenza me produce todavía su contenido. Juicios benévols, expansiones generosas, consejos paternales, efusiones místicas... ¡Ay, mi ejemplar amigo, qué lejos estoy ya de todo eso y cuán otro soy ahora de aquel encogido y neurótico seminarista, á quien tú prudentemente aplacabas los ascéticos arrebatos y á quien confortabas caritativo en sus desmayos y descaecimientos espirituales!

Todo aquello que yo ¡ignorante! juzgaba impulsos de la vocación y vivos anhelos del alma hacia el Amado, no eran más que síntomas de una enfermedad que todos padecemos, que sin duda tú mismo—aunque en menores proporciones—padeces. Eso que antaño se decoraba con los románticos nombres de melancolía, éxtasis, arrobos, ensueños, inspiración... arrebatos, en fin, de lo que se tenía por *genio, heroís-*

mo y santidad, no es más que una mísera dolencia de la bestia humana, un desequilibrio físico; predominio de las fuerzas nerviosas sobre las fuerzas musculares, pobreza de glóbulos rojos, neurosis, histerismo, ó como quieras llamarle, degeneración física y nada más.

Al llegar aquí, me parece ver cómo te llevas ambas manos á la cabeza escandalizado de lo que acabas de leer, y cómo, suspensa la lectura y recogido el espíritu, pides á Dios que vuelva por esta ovejuela descarriada y la conduzca al buen sendero. ¡Gracias, mi querido Juan! No pienses que me burlo de tus nobles creencias, cuya sinceridad conozco y cuya dulzura, ¿por qué no decirlo? cuya dulzura envidio como se envidian los ensueños de la niñez y la confiada inocencia de la juventud. Pero ¡ay! que como pierde las morbideces de las carnes infantiles, pierde el hombre también la suavidad y blandura de los contornos espirituales y se torna duro, anguloso y férreo en esta terca y brava lucha por la vida.

¡Si vieras cuánto he cambiado en estos dos años de mis viajes *á través del mundo contemporáneo!* ¡Ay, mi bondadoso Juan, que ni tú ni yo vivíamos encerrados en la flor de la mocedad en ese húmedo sepulcro de vivos, donde se aprenden tantas cosas muertas para la humanidad existente!

Tú bien recordarás—porque en la hierática vida que tú vives los recuerdos más nimios se agrandan y prolongan como las sombras al crepúsculo,—bien recordarás que el motivo de mi salida precipitada del seminario el 86 fué la muerte de mi tío Martín Epalza, el fundidor bilbaíno que, á falta de otro más cercano deudo y con grave temor del mal término que iría á tener su floreciente industria en manos de un cuitado seminarista, me dejó dueño de su fábrica y de su capital.

Y ¡cosa extraña! aquella fábrica y hornos, que los primeros días me parecieron representación fidelísima del infierno, con su temeroso y ensordecedor ruido, su atmósfera negra, caliginosa y humeante, su calor irresistible, su vívido y siniestro llamear y la turba rebelde de sus condenados desnudos, negros y blasfemadores... despertó mi interés, primero como cosa nueva, y después como cosa y hacienda propia. Comencé por observar y, á medida que iba conociendo aquel com-

plicado organismo, íbame aficionando y asociando á él con tantas veras que, como si al comprenderlo lo hiciese moralmente mío, ó me hiciera yo suyo, acabé por *engranarme* como rueda consciente en su prodigiosa economía; y cuando llegué á dominarlo intelectualmente, entonces me sentí del todo dueño y señor suyo, y probé el noble orgullo del jinete cuando rige y doma á su voluntad los instintos del fogoso bruto.

Y una vez empeñado en aquella lucha cuerpo á cuerpo, una vez dejado el seminario por la fábrica y la teología por la industria, comencé á descubrir entre mi espíritu y mi nueva vida tantas y tan maravillosas afinidades y concordancias, que hartó comprendí que aquélla y no la primitiva era mi vocación, aquélla mi atmósfera, mi porvenir, mi esfera propia.

Deseoso de conocer los pasmosos adelantamientos de la mecánica, y encomendada la fábrica á un viejo capataz que fué el hombre de confianza de mi tío Martín, partí lleno de ambición y de curiosidad en busca de las fuentes del progreso. Visité primero á Londres, Manchester, Liverpool, etc., en fin, todos los grandes centros fabriles y manufactureros de Inglaterra, y desde allí pasé, como sabes, á los Estados Unidos de América, á ese paraíso de la cultura, á ese ensueño realizado de las grandes ciencias *positivas*. ¡Aquéllos sí que son prodigios, milagros, maravillas reales, visibles, fructuosas, no los increíbles é irrealizables portentos con que apacentaban nuestras inocentes imaginaciones los candorosos místicos de otras edades!

¡Ay, pobre Juan, tú y yo vivíamos en un mundo pretérito y ya desde luengos siglos muerto, enterrado, corrupto! ¡El mundo nuevo, positivo y real, es el que yo he visto, el que existe, el que lo es todo... todo lo que no es el seminario de Santurbi ó los mohosos muros y la decrepita gente de Villavetusta!

¿Ves? No quería decirte nada de esto; me propuse callártelo, y por eso no me he comunicado contigo sino telegráficamente en cuanto han durado mis viajes. No quería hablarte así... mas ¿cómo dejar de ser sincero para con un amigo como tú? ¿Y cómo no serlo después de tu carta, de tu hermosa y conmovedora carta de hermano, casi de padre,

cuya dulce solicitud y cuya absoluta ignorancia de la vida en general y de mi propia vida en particular me enternecen y apesadumbran, me unen y me separan de tí de tal modo que, llorándolo con lágrimas del corazón, hállome forzado á enviarte en esta carta, junta con la profesión de mi nueva fe, el testamento de nuestra cara y ya imposible amistad?

¡Sí, mi noble, mi generoso Juan, mi buen hermano, te conozco bastante y conozco demasiado mi *nuevo yo* para comprender—llorando lo escribo—que entre uno y otro no cabe ya inteligencia, comunicación de ideas, de impresiones, de esperanzas ni de nada!

¡Caminamos en sentido opuesto y no podemos dar ni un paso juntos! Y como tú, en el efusivo entusiasmo de tu fe, habías de empeñarte en catequizarme, y yo, en la firme realidad de mis convicciones, no había de consentirlo... Y como entre nosotros sería imposible todo trato superficial é hipócrita con reservas mentales y sin íntimas expansiones, y como cada expansión había de ser un choque y cada espontaneidad un conflicto... ¿qué hemos de hacer, mi pobre Juan, sino darnos un apretón de manos en la frontera que nos separa y seguir cada cual su propio rumbo!

Pero te decía que esta carta será como el testamento de nuestra amistad ya imposible; y, para que plenamente lo sea, quiero encerrar en ella los últimos destellos, los dejes y pos-trimerías de aquel mi primitivo espíritu, tan semejante, tan gemelo, tan uno con el tuyo, y enviártelos como legado de mi otra vida, de aquella vida de candor y de ignorancia compartida contigo en las aulas de Santurbi.

Cierto, mi buen hermano, que no se desnuda uno de su propio ser sin doloroso esfuerzo, y que cuanto más hondamente arraigan en el alma la vocación, la fe y los ideales juveniles, más sangre y mayor tortura cuesta el arrancarlos de allí. Harto te consta que yo creía sentir la más segura y probada de las vocaciones religiosas, que aspiraba al sacerdocio y aun al martirio con ardorosa é insaciable sed, que me deleitaba en la lectura suavísima de los místicos y me embriagaba con los regalos sobrenaturales de la oración y del éxtasis... ó de lo que yo por tal tenía.

En aquellos tiempos beatíficos, mis vacaciones en Villavetusta no eran sino el natural paréntesis y la piadosa preparación á los cursos de Santurbi. Para aquellas mis ansias de soledad, mi esquivez con el mundo y mi crueldad para con la sediciosa carne, para mi sed de celestiales contemplaciones, ¿qué refugio, qué cenobio ni qué Tebaida tan áspera, escondida é inhabitable como la tal Villavetusta, que á mí me parecía asilo de la virtud y baluarte inexpugnable contra las asechanzas del mundo?

Y como el misticismo es un estado de exaltación mental y nervioso, harto parecido al de la inspiración poética, y como yo tuve mis puntas y ribetes de rimador, ya recordarás cuántas veces *enderecé mi desmayado canto* á esa mi roñosa y zafia villa natal que Dios confunda... para que los hombres vuelvan á hacerla de nuevo más civilizada y habitable.

Pero ¡ya se ve! como tú recordabas mis entusiasmos de antaño y desconocías mis desilusiones de ogaño, no fué mucho que en tu última bondadosísima carta, al saber que me hallaba de vuelta en esta villeja, te dehicieses en elogios suyos, sin duda con la piadosa intención de quien celebra á la madre para satisfacer al hijo.

Pero... ¡si tú hubieses podido ver la impresión que Villavetusta me produjo al volver de Londres, de Nueva York, de Washington y aun de Bilbao! ¡Vamos... si yo mismo me admiro de haber tenido cariño y hallado bellezas á este miserable corral de vacas, á este infecto muladar, oprobio de la civilización y verruga asquerosa de España... que por desdicha está llena de tales excrecencias y fealdades que unos cuantos perturbados arqueólogos se empeñan en graduar de *bellezas, monumentos y joyas nacionales!*

Yo, en cambio, no veo en este empecatado villorrio más que baches, pedruscos, verdín, moho, telarañas, rusticidad, fanatismo y barbarie.

Las calles, pendientes, mal empedradas y tortuosas, son basureros inmundos en verano y lechos de torrentes en la estación de las lluvias. Las casas... verdaderas pocilgas humanas; las iglesias antros negros, húmedos, antihigiénicos, destartados y llenos de Cristos terroríficos, de Vírgenes con miri-

ñaque y de cachivaches inconexos y antiartísticos. El alumbrado público no existe; la urbanización no se conoce ni de nombre; en los campos pelados y baldíos impera el mismo sistema agrícola que empleaba nuestro padre Adán cuando Dios le condenó á labrar la tierra. En toda la de este término no hay ni un árbol, y á no ser por las huertas que verdeanean á las márgenes del río, esto sería del todo inhabitable.

En cuanto á las gentes, ¿qué decirte? Si hasta los dos alcaldes que se sucedían en el turno *pacífico* del poder, y antes me parecían prójimos, ahora se me han revelado en su verdadera naturaleza jumentil. ¿Qué más? Hasta la casa y aun la persona de mi buen tío el cura, que antes eran á mis ojos, la una asilo de santa, paz y el otro varón de virtudes, ahora... ¿te lo diré? ahora me parecen, la casa guarida de buhos, y el pobre curita personificación de la rusticidad y la ignorancia.

¿Adónde están aquella suave placidez, aquel orden inaltable, aquellas noches de contemplación bajo el cielo estrellado, noches gloriosas en que yo creía comunicarme con la eternidad y dialogar, mano á mano, con el propio Hacedor de tantas maravillas?

Todo eso no estaba, sin duda, sino en mi exaltada fantasía juvenil. Porque ahora que vengo de bañarme en la viva realidad de las cosas, ya no me hablan en su mudo lenguaje las musgosas paredes de los viejos conventos; ya no me convidan amorosamente á sumirme en la enfermiza *nirvana* que yo tenía por celestial delectación, ni la arisca soledad de mi desmantelado cuartucho, ni el hosco silencio nihilista de estas yermas y desoladas campiñas sin cultivo y sin vida.

Todas estas vejeces, toda esta ignorancia, esta insoportable rutina y acompasamiento, que en otro tiempo tuve por venerandas antigüedades, santa candidez, orden litúrgico y sagrado, me cansan, me agobian, me asfixian, y estoy resuelto á dejar para siempre este odioso lugarón comido de moho y de preocupaciones.

¡Por fin voy á respirar aire de libertad, de cultura y de progreso á la flamante, alegre y espléndida *Villamoderna*, que, como sabrás, hemos fundado unos cuantos industriales bilbaínos, cerca del mar, de las minas y del camino de hie.

rrero, allí en plena vida, en pleno aire, en plena lucha, en plena luz!

Villavetusta es el recuerdo de lo pasado, el ideal, la leyenda áurea que felizmente acabó su desastroso reinado; Villavetusta es la España vieja, visionaria, quijotesca, altiva y por-diosera. Villamoderna es la realidad, el hecho sano, fuerte, avasallador, incontestable, el progreso, el nuevo dios de los hombres.

¡Si yo pudiera con el deseo desnudar tu espíritu de los prejuicios y alucinaciones que lo envuelven y ofuscan, si pudiera yo curarte de la mística ceguera que voluntariamente pades, teniéndola por clarividencia divina; si alcanzase yo á mostrarte las cosas reales con sus naturales contornos y proporciones... entonces, sólo entonces podrías tú estimar las ventajas de lo verdadero sobre lo soñado, del progreso sobre el misticismo, de Nueva York sobre Santurbi, de Villamoderna sobre Villavetusta!

Si tú vieras cómo se agranda el tiempo, cómo se suprimen las distancias, cómo se aumenta la luz, cómo se anulan las tinieblas del espacio y los misterios de la inteligencia... si te dignases mirar cómo crece y se agiganta el hombre y cómo se achican y desvanecen el mal, el obstáculo y las tinieblas en todas sus manifestaciones; si tuvieras ojos para ver los prodigios, los milagros *palpables* y positivos que realizan estas dos potencias tan oprimidas y maniatadas por el viejo fanatismo, la *inteligencia* y la *voluntad* humanas... si todo esto alcanzaras á ver, entonces comprenderías mi *conversión al progreso*, mi culto hacia lo positivo y lo nuevo y mi entusiasmo por nuestra naciente y ya maravillosa Villamoderna.

Ayer no era nada, un erial baldío, y hoy es una población hecha y derecha, completa, acabada, prodigiosa, una reducción de Bilbao, un modelito de ciudad perfecta.

¿Que cómo se ha realizado el portentoso? Pues mediante mucha inteligencia, mucha voluntad y mucho oro; y gracias al hierro, al cristal, al portland, al cartón piedra, al zinc, á la escayola, á los cementos, estucos y azulejos artificiales, y á toda suerte de vaciados, fundiciones y prodigios de la química y de la mecánica. Con estos elementos han salido de la nada, en

poco más de dos años, mercado, ayuntamiento, escuelas municipales, estaciones del ferrocarril y del tranvía, muelles, talleres, fábricas, almacenes, torres telefónicas, hoteles encantadores, casas magníficas, en fin, una ciudad completa.

Para nada nos han hecho falta la inspiración, el genio y aquellas pléyades de artistas de otras edades que se hacían pagar tan caras sus obras: el modernismo tiene á la mano todas las artes y todas las creaciones posibles; posee moldes, patrones y modelos para todo; se apodera de lo sublime, lo toma, se lo asimila, lo adapta á las exigencias del momento, lo copia, lo reproduce, lo multiplica por arte de magia, lo seculariza, lo vulgariza y lo derrama á manos llenas por todas partes.

¿Habrá algo inaccesible para la inteligencia humana, para el progreso divino que ha robado el rayo al ciclo para alumbrar la apoteosis, el endiosamiento del sacratísimo orgullo del hombre?

¡Ay, Juan, qué lejos estamos el uno del otro, y cuánto siento no poder hacerte comulgar en su nueva religión el amigo que más te quiso!

JULIO.

P. S.—No me contestes, Juan... ¿Para qué? Sólo en el caso de que mi alma variase de orientación volveré á escribirte. ¡Adiós!

C a r t a s e g u n d a .

Del mismo al mismo.

Villamoderna y Julio de 1898.

Mi querido Juan: Ciertamente que, á pesar del mucho tiempo transcurrido desde nuestra estancia en Santurbi, no has olvidado al P. Vida, ni la máxima que de continuo nos inculcaba, tan de continuo que no hubo uno que no la aprendiese de memoria.

«El corazón humano es insaciable, sin duda porque la sed que padece es sed de infinito, y no hay en la tierra fuentes que puedan aplacarla. Por eso sin descanso corremos tras un deseo que, no bien conseguido, se convierte en hastío ó en hartura; por eso el que se halla en los valles suspira por las cumbres vecinas del cielo, y cuando trabajosamente asciende á ellas, suspira otra vez por las extensas y reposadas llanuras. Así, en la juventud vivimos de esperanzas, en la vejez de memorias; de lo presente... nunca.»

Ya ves cómo puntualmente recuerdo la máxima del buen religioso. No dudo que semejante cita te habrá ratificado en la idea que desde luego te asaltaría al ver mi carta, y recordar la promesa que en mi anterior—hace diez años—te empecé de no volver á escribirte mientras mi espíritu no variase de orientación...

Pues bien, sí, mi querido y respetado Juan—y te llamo así porque sé que hace tiempo realizaste tu ardiente deseo de consagrarte al sacerdocio;—sí, mi respetado amigo, he variado... es decir, empecé á variar; no creo aún cuanto quisiera... pero comprendo que necesito creer... Y esto, ya es algo, ¿no es verdad?

Y puesto que eres sacerdote, no estará mal que mi carta tome forma de confesión tanto como de confidencia.

Desde luego, no negaré que te escribo bajo una impresión espantosa, inexpresable, bajo la impresión mortal de la catástrofe de la patria que todos lloramos con lágrimas de sangre. Pero ¿somos nosotros, Juan—y esto me lo pregunto á cada hora,—somos nosotros los españoles del año 8, en que hubo hecatombes de cincuenta mil víctimas como en Zaragoza? ¡No, no somos los mismos; ya no tenemos ni aquel heroísmo sublime ni aquella increíble resistencia... ¿Qué más?... ¡Si ya no tenemos ni rubor en las mejillas ante tanta mengua ni lágrimas en el corazón ante tamaña desventura! Pero—no puedo menos de preguntarme—¿para ser los españoles de la Independencia qué nos falta? Y no puedo menos de responderme: una sola cosa grande, inmensa y más necesaria para nosotros que el aire que respiramos, la fe. ¡Sí, la fe, Juan de mi alma! Te lo confieso tardíamente arrepentido: sin ella, ni yo,

ni el ejército, ni el pueblo, ni toda la raza, somos nada.

Porque ¿qué es la vida, qué es este loco y afanoso correr y precipitarse de los hombres, qué son las fuerzas de la materia sometidas ó desencadenadas al talante de la voluntad humana, qué es el progreso, el decantado y milagroso progreso, qué es la existencia de la humanidad toda, precipitándose tumultuosa y frenética hacia un mañana ignoto, qué es este vértigo si no tiene objeto, ni norte, ni guía? ¿Ni adónde vamos?

¿La vida por la vida, el progreso por el progreso, el arte por el arte?... Y todo junto, ¿para qué? Todo esto sin objeto ni fin ni aspiración ni *más allá*... ¡Imposible!

¡Ay, Juan, cuando vuelvo hacia atrás los ojos y veo nuestras dos existencias resbalar juntas, mezcladas, confundidas por los mismos limpios cauces sobre céspedes y entre flores y reflejando la inmensidad purísima de los cielos, y después, bruscamente separadas, es decir, separada la mía, torcido su curso apacible y arrojadas sus aguas desde la altura, rotas, quebradas, estrelladas mil veces, pulverizadas contra rocas y breñales, y cayendo al cabo vencidas, desmayadas, dispersas y menguadísimas en las hondas y fangosas torrenteras... al paso que las aguas de tu vida, mansas, calladas, diáfanas é inalterables, continúan fluyendo sobre menudas guijas y verdes céspedes y reflejando la inalterable pureza del firmamento... cuando esto miro, no puedo menos de decirme, cuánto más dichosa y colmada es esa existencia que la mía! ¡Sí, mi querido Juan, tú has escogido la mejor parte!

Diríase que la vida moderna es el banquete desenfrenado de la carne; para el alma, ¿qué puesto ni qué espacio quedan en ella? Luchamos como fieras por el bienestar material. ¡Ay, pero no sólo de pan vive el hombre! ¡Con qué duras lecciones me lo ha enseñado la experiencia!

Al principio... ¡cuántos proyectos y esperanzas, cuántos ensueños y aspiraciones de paz y de engrandecimiento!

¡Cuán linda y floreciente resplandecía Villamoderna con sus frágiles y gallardos edificios de hierro fundido y cartón piedra!

¡Cuánto buen propósito de unión y de concordia entre *la*

cabeza y el brazo, entre el proletariado y las clases directoras!

¡Pero todos aquellos propósitos se desvanecieron como la espuma del champagne con que brindábamos en aperturas é inauguraciones!

Porque... ¿qué lazo de afecto unía á aquel negro pueblo de cíclopes con el grupo orgulloso y sibarítico de sus tiránicos señores, aquejados del delirio de grandezas?

Apenas fundada nuestra villita industrial, sobrevinieron las mujeres y el lujo y el juego... y la emulación de todos los goces que aguijaba ferozmente la sed del oro. Y vino el exprimir al obrero, directamente ó por medio de sobrestantes y contratistas desalmados, y la cruel tiranía de arriba revolvió abajo los negros posos de la ignorancia, del padecer, de la miseria, y fermentó la indignación y germinó el odio brutal y estalló la rebeldía en huelgas y motines, cuya expansión exterior suele ahogar en sangre la Guardia civil, pero cuya latente erupción amenaza sin cesar un cataclismo.

¡Y si yo te dijera, Juan de mi alma, que á los de abajo les sobran razones y á los de arriba les falta caridad!... Cierto que ni los unos ni los otros tienen religión, y sin ella los hombres, poseídos de las pasiones como de furibundos demonios, se convierten en fieras rabiosas que amenazan devorarse unas á otras.

De qué sirve el progreso? ¿Qué valen el saber ni los adelantamientos materiales cuando falta la paz del alma y la concordia entre los hombres y cuando el odio de los oprimidos va socavando los cimientos de nuestra podrida sociedad sin Dios?

¡Ay, Juan, si vieras los inmundos *ranchos* donde duermen amontonados como reses los mineros; si supieras que se les paga en *bonos* valederos solamente para ciertos *economatos* de la propiedad de los contratistas, que expiden á los obreros, á cambio de estas recetas para la intoxicación, pan fósil, carne, tocino y jamón podridos, comprenderías por qué en estos alrededores de Bilbao va germinando el anarquismo,

como en sombrío matorral los hongos!

Cuando esto presencio, se me aparece la sociedad como la imaginó el gran poeta Víctor Hugo, como Babel soberbia edificada de mármoles y jaspes, de bronce y oro, en cuya cúspide altísima resplandecen la opulencia, el vicio y los placeres, y cuya inmensa balumba soportan agobiados, con los enormes torsos contraídos por el esfuerzo colosal, tres negras cariátides, el dolor, el trabajo y la miseria, cuyos pies se hunden en fango y para cuyos ojos no luce el sol. No recuerdo puntualmente el símil del poeta, pero lo revivo y lo glosó en mi memoria.

La cúspide de la Babel moderna sube de continuo y su balumba aumenta por momentos, y al mismo paso aumentan y se doblan el esfuerzo y la fatiga, la angustia sobrehumana de los horribles gigantes que sudan, jadean y blasfeman, enarcándose y agobiándose con escorzos miguelangelescos. ¡Y ay de la Babel soberbia cuando las cariátides que la soportan se yergan de súbito y arrojen de sus hombros la carga insostenible!

Para evitar la tremenda catástrofe sólo alcanzo un remedio: que el soberbio edificio de la sociedad moderna, como bajel amenazado de naufragio, arroje al abismo la inútil carga de vanidades que lo grava, que la falaz compasión de los de arriba tome el arranque divino y el espíritu heroico de la caridad cristiana y descienda al antro negro y enjague el sudor de las frentes de los angustiados monstruos y aplique á las ingentes moles las delicadas espaldas femeninas y ponga en la llaga cancerosa el labio palpitante de amor...

Pero esto—¡bien lo veo!—sólo el espíritu de Cristo podrá hacerlo. Sólo él podrá infundir caridad á los de arriba y resignación á los de abajo. No hay otro equilibrio social posible. Sólo el espíritu de Cristo, la fe, inspiradora de toda grandeza, pudo alentar á nuestros héroes de la Independencia... Ahora, sin fe, sin entusiasmos, sin ideales, sólo el egoísmo nos anima, y el egoísmo no crea héroes ni mártires. Ahora se calcula fríamente hasta dónde podríamos defender nuestra independencia y cuánto nos costaría. ¿Has pensado tú nunca hasta dónde podrías defender á tu madre si la viceses amenazada? ¡Antes no se calculaba, se amaba... y por eso se vencía!

Hoy no se comprenden el heroísmo ni la santidad. En este tiempo de virtudes *positivas* y utilitarias, si alguna virtud es elogiada es la *caridad humana*, la helada filantropía, y aun esto teniendo gran cuidado de preconizar las excelencias de la caridad sobre la fe. Mas ¿por ventura la caridad cristiana no es hija de la fe?

¡Ay, mi querido Juan, muy tarde he conocido que consagrándome con loco fanatismo al culto del progreso, de ese dios ciego en cuyas aras se inmolan tantas víctimas humanas, mutilaba mi vida, anulaba mi espíritu, lo noble y sublime de mi ser, y le ataba como á rey vencido al carro del bárbaro vencedor, que aspira á plantar el trono de la fuerza sobre las ruinas de la Jerusalén eterna, de la fe!

¡Ahora comprendo tristemente que este final de siglo no es sino la fiesta solemne de la consagración de las fuerzas materiales vencedoras de las fuerzas del espíritu! Mientras la ciencia niega el albedrío del alma y el torpe monstruo de la *neurosis* suplanta á la noble conciencia humana y anula á la justicia, hija del cielo, la máquina sustituye al guerrero, la fuerza aplasta al heroísmo, el cálculo se mofa de la pasión, la fe, la humildad y el amor son despreciados como flaquezas morbosas, y de todas las potencias y virtudes del alma sólo una queda en pie, la inteligencia, y esa, despojada de su albedrío, sin alas para alzarse á Dios, se consagra toda entera al cultivo y engrandecimiento de las fuerzas brutales de la materia, bárbaros Atilas que van á señorearse de esta Roma sin fe y sin virtudes.

¡Si supieras cuánto he visto y aprendido en la joven y ya decrepita Villamoderna! Al venir á ella me dediqué fanáticamente á mi nuevo dios, el Progreso, cerrados los ojos del alma á todo otro culto, á toda otra religión. ¡Pero no en balde se nace, se vive, se ama y se espera en el seno de la de Cristo! Cada día que pasaba, en este árido destierro del ideal, traía para mí nuevo desengaño, y cada hecho consumado en torno mío era como fuerte reactivo que, al caer sobre mi memoria, hacía reaparecer en ella las mal borradas creencias de mi niñez... ¿por qué no decirlo? la fe, mal encubierta, pero no destruída en mi alma.

Sólo un ejemplo—entre muchísimos que pudiera aducir—te citaré, para probarte la invencible elocuencia con que la vida continuamente me desengañaba de mi error.

Cuando hace diez años fundaron esta villita varios potentados de la industria, por que nada faltase en ella, por que en todo pareciera una ciudad formal y de veras—á mi juicio no por otra cosa,—no quisieron que le faltase uno de los principales requisitos, ese que no falta ni á los pueblecillos de juguete que traen de Alemania ó de Suiza, una iglesia; y en efecto, con el mismo helado espíritu oficial y con el mismo duro lápiz, hecho á trazar puentes y carreteras, con que proyectó el ingeniero—que aquí se lo ha construído todo—el muelle y la estación del ferrocarril, proyectó una iglesita de un gótico de anaquelaría, tal... cual le dé Dios la salud al bellaco que la imaginó.

Pero además de fría y antiestética, como toda obra de arte no sentida, es poco mayor que una ermita; en cambio, el mercado tiene proporciones y magnitud de catedral. El dato es elocuentísimo. Zola llamaría al tal mercado *el vientre de Villamoderna*, y como la iglesia es el corazón .. juzga de un pueblo que es todo vientre y apenas si tiene corazón. ¡Y aún hay aquí quien piense que nos ahoga la plétora de ideales!

Pero no era ése el ejemplo que iba yo á ponerte: el tal ejemplo consiste en que á esta iglesia tan pequeña han traído casual ó más bien providencialmente, un curita viejo, el P. Benicio, también en apariencia muy pequeño, pero moralmente tan grande que, por virtud de su propia humildad, misericordia y desprendimiento de todo humano bien, se ha erigido un estado envidiable, el estado de las conciencias.

Cuando todo era nuevo y flamante en Villamoderna, nadie se acordaba del viejo curilla. Encargáronle que cantase el *Te Deum* el día en que se inauguraron los principales edificios, y acabada la ceremonia oficial, ninguno volvió á pensar en el insignificante párroco, que era para todos el complemento indispensable de la iglesia, algo imprescindible y de rúbrica, como la pila bautismal ó las campanas, y nada más.

Pero comenzó la vida á hilar su tela en aquel telar recién montado, estrenó la muerte su guadaña nuevecita segando á

su sabor durante un invierno en la apretada mies del apenas instalado vecindario, y comenzaron las gentes á acordarse del cura y éste á ejercer su ministerio sublime. Vinieron disturbios entre las familias, llovieron hambres, trabajos y enfermedades sobre los pobres, estallaron conflictos magnos entre el capital y el trabajo... y en todas partes donde se padecía y se luchaba, donde se amaba y se lloraba, hallábase el cura derramando paz, caridad y consuelo. Ocurría un caso de conciencia, se necesitaba un tutor, un testamentario, un padrino, un mediador... y todos, republicanos, librepensadores, socialistas, hasta los mismos anarquistas, todos acudían al viejo párroco, el cual ha venido á ser por aclamación dueño y maestro de las conciencias y padre de todos los desvalidos. ¿Por qué? Diríase que el pueblo ha reconocido instintivamente que él, el curita humilde que no atesora ni posee, el único que aquí no padece la mortal fiebre del oro, sin duda porque su reino no es de este mundo, él solo tenía las llaves del cielo y él sólo era en la afanosa é industrial Villamoderna el representante de *la otra vida*, de la vida inmortal y sobrehumana del espíritu, no menos real, no menos intensa y apremiante y más grande y poderosa y más necesitada de auxilio y protección que la vida limitada y efímera de la carne.

El ver esto, el tocarlo constantemente, el ver en poder del curita á los hijos de un ateo que negaba, naturalmente, con la existencia de Dios el libre albedrío y la conciencia y, al sentir cerca de sí la muerte, buscó entre sus convecinos y correligionarios un apoyo para sus niños, y no hallándolo tan sólido y desinteresado como ambicionaba, volvió los ojos empañados por la agonía, pero clarividentes por la revelación suprema, hacia el viejo párroco y con lágrimas de amor le confió sus hijos, seguro—dijo—de que nadie sería tan bueno para ellos; estos ejemplos y el triste ejemplo nacional, la depresión de aquellas grandes virtudes de nuestra raza que ahora nos parecen muy bellas para asuntos de poemas ó de prosa lírica, muy viejas para sentidas é imitadas; la cruelevidencia de esta abyección de la patria y el perturbador espectáculo de esta fiebre de ambiciones sin norte, de este constante y bárbaro sacrificio de la vida espiritual en aras del progreso material—¡como s

ése fuera el fin de nuestra existencia y el centro de nuestras almas!—todo... todo, Juan, ha contribuído á orientar la mía hacia Dios, su verdadero objeto, su aspiración suprema.

Y ahora que, después de tan larga ceguera, torno á ver el sol del espíritu, ahora me pregunto asombrado: ¿Cómo he podido ser tan loco y tan imbécil, cómo pueden serlo los hombres hasta el punto de querer deshacer la obra de Dios, divorciar al cuerpo del alma, á la materia del espíritu, á la esperanza del recuerdo y á lo porvenir de lo pasado?

Pues qué, ¿no es el ayer padre del mañana, no es lo pasado horizonte de donde brota el sol del porvenir, no es el recuerdo nuestra propia vida, lo único que de ella resta y sobrevive, nuestra propia existencia, que al salvar el efímero presente toma naturaleza espiritual y eterna en la memoria?

¿Y esta transformación de los hechos en recuerdos, de la vida en remembranza, de lo real en lo espiritual, no nos dice con sublime elocuencia que lo que dura no es lo visible y terreno, que el espectáculo fugaz es la vida y el espectador eterno el espíritu?

Y ahora, lleno de estas ideas, ¡con cuánto amor me vuelvo hacia Villavetusta, la ciudad vieja, ruinoso y atrasada, donde hace diez años sólo veía polvo y miseria, y donde ahora descubro bellezas ideales, flores inmarcesibles, fuentes de eterna vida, mis recuerdos de fe, los días luminosos de mi juventud, los horizontes infinitos de la bienaventuranza bañados en increada luz!

¡Bien haya el viejo lugarón destartado y obscuro, que guarda las cenizas de mis padres, las memorias del arte antiguo, las huellas benditas de la fe, del genio y de las glorias pasadas y las tiernas remembranzas de mi niñez y de mi juventud primera!

Allá me vuelvo á besar el santo polvo de la historia, á bañar el alma y remozarla en el sagrado Jordán de los ideales, y cuando al besar aquella tierra, para mí bendita, llanto de ternura y de arrepentimiento brote de mis ojos y bañe mi espíritu como rocío fecundante... entonces, con el alma llena de esperanza y de caridad por todos, me volveré á Villamoderna, la del trabajo y el progreso; pero sin olvidar el camino

que lleva á Villavetusta, la de los recuerdos y la fe, porque ese camino, que va del ayer al mañana, es el lazo que une las dos mitades de nuestra existencia, es nuestra propia vida, el fugitivo presente que pasa de continuo de lo que *fué* á lo que *será*, sin que pueda apreciarse apenas cuando *es*.

¡Ciegos están los que atribuyen nuestras últimas catástrofes á plétora de ideales! ¡El ideal! ¡Cuándo estuvimos más lejos de él que en estos últimos años de *impurezas* administrativas, de cínica inmoralidad, de suicidios, de *flamenquismo* y de mortal indiferencia?

Y ahora, ahora á pesar de nuestro progreso, no el año 8 á pesar de nuestro atraso, caímos y abjuramos á nuestro ser.

Pretenden que España para regenerarse debe renunciar á su pasado, á su fe, á sus ideales, á sus arrebatos y sentimentalismos, á sus arranques de piedad y de heroico valor... Pero ¿España, sin todo eso, será España?

Quieren que para reconstituirmos renunciemos al ideal, al elemento de eterna renovación y á la leyenda, la santa levadura de nacionalidad, la poderosa cohesión que mantenía unidas bajo una bandera tantas razas diversas—harto propensas á desgranarse—y pretenden que para ser mejores desechemos todo lo bueno que nos resta. ¡Quieren que marchemos unidos hacia el progreso y se apresuran á desatar los lazos que nos ataban en nacionalidad gloriosa y eterna! ¿Habrá por dicha hijo que ame á su madre si, en vez de enseñarle á venerarla, le enseñan á escarnecerla, habrá pueblo que abominando su pasado acierte á crearse un porvenir?

No, no se regeneran los pueblos destruyendo sus caracteres étnicos, sino acertando á darles el mejor empleo. Proscribir de la tierra el ideal por inútil, vale tanto como proscribir las flores porque no son comibles, y la belleza por estéril, y la virtud por inexplotable, y el sentimiento por improductivo. ¡Como si el alma humana no necesitara tanto de la belleza como del bien y de la verdad! ¡Como si Dios se hubiese equivocado al producir las flores y todas las maravillas no cotizables de la creación! ¡Como si el ideal, la inspiración y el sentimiento no fueran capaces de crear nuevos mundos! ¡Y como

si el obrero valiese más que el artista y el hecho brutal más que el derecho divino!

Cierto que para ser grandes nos falta uncirnos al carro de la fuerza triunfante, al progreso de las cosas materiales. Pero ¿no hemos dado leyes al progreso intelectual, nosotros los oprimidos de la raza latina?

Renegar del ideal y maldecir de la leyenda, cuando nos oprime un pueblo sin historia y sin ideales, es consagrar el triunfo de nuestros enemigos con la vergonzosa abjuración á nuestro ser.

Avergoncémonos de la venalidad y de la corrupción que han embotado las espadas de los defensores de nuestras colonias, no del arrojo de los héroes que las descubrieron y conquistaron. No maldigamos á Colón, que nos dió un mundo, maldigamos á nuestra incuria y abandono que lo han perdido. Recordemos que el oro de la virgen América afeminó nuestro valor y enervó nuestras virtudes, y por lo tanto, que no fué nuestro pecado el conquistar, sino el no saber gobernar las colonias, como no sabemos gobernar la metrópoli. Sírvanos, pues, la historia de enseñanza, no de vergüenza. Nosotros, raza de héroes, de santos y de genios, no nos avergoncemos de no haber sabido ser administradores y jornaleros, antes apliquémonos á serlo también desde ahora, seguros de que *quien puede lo más puede lo menos*. Consagremos al trabajo las virtudes de nuestra raza sobria, valerosa y sufrida como ninguna, y probemos á la orgullosa raza anglo sajona que aplicando al trabajo el ímpetu y la invencible obstinación de nuestra sangre podremos ser tanto como ellos en lo material, mientras, ellos con todo su poder material, jamás acertarán á emular las virtudes creadoras y los arrestos heroicos de nuestra inmortal raza latina.

«No hay malas hierbas ni hombres malos, sino buenos ó malos cultivadores», ha dicho Hugo. ¿Y serían buenos cultivadores de vegetales los que se propusieran hacer brotar de las estepas las rosas de Andalucía, ó aclimatar en África los abetos del Norte?

¿Serán buenos cultivadores de hombres los que pretendan que los anglo-sajones nazcan artistas como los italianos y

españoles, y que Italia y España produzcan sólo mercaderes y mecánicos?

¿Sería conquista del progreso aplicar á los Tamayos, Paredas, Galdós y Pradillas á fogoneros, é intentar que en Nueva York nacieran los Velázquez, Lopez y Cervantes de lo porvenir?

¿No es lógico que las razas impotentes para crear belleza, los estériles de inspiración produzcan oro con que alcanzar á gozarla? ¿Quién abastece de obras geniales y de recuerdos gloriosos los palacios de Londres y de Nueva York? ¿No son, por dicha, los hijos de esta *degenerada* raza latina?

Seamos aquello para que hemos nacido, y si nacemos rosa produzcamos rosas y no nos avergoncemos de no producir patatas; que si con las patatas se alimenta el hombre y se nutren los cerdos, con las rosas se nutre el espíritu, que vive de belleza como el cuerpo de pan.

No nos desconsolamos de ser malos obreros los que podemos ser buenos artistas, que los obreros y los mercaderes y los ricachos advenedizos de la raza anglo-sajona, hartos de positivismo, sienten como nadie la sed de lo infinito, padecen la nostalgia de lo ideal, y con el oro de los acaparadores yanquis se construyen los palacios de los artistas europeos.

Pero puesto que todos no nacemos para genios, los que no seamos artistas, renunciemos á ser bohemios ó hidalgüelos hinchados, caballeros de industria, empleados ó *juerguistas*, y seamos labriegos, obreros ó comerciantes.

Abjuremos á un tiempo á los viejos prejuicios que infamaban el trabajo, y á la moderna cursilería que nos hace imitadores serviles é irracionales de todo lo extranjero, y apliquemos los bríos de la raza á conservar de lo pasado lo mucho bueno que nos dejó, á levantar en nuestro ser las grandes y viriles fuerzas que en él yacen atrofiadas y perdidas, y á tomar de los pueblos florecientes lo mucho grande y útil que podemos tomar de ellos; pero no traduciéndolo literal é inconscientemente, sino vertiéndolo con alto sentido al castellano, haciéndolo suave á nuestro paladar y asimilable á nuestro organismo.

Esto nos pide la patria, que está enferma, sí, pero no de modo que necesite de la *transfusión*, remedio arriesgadísimo. Démosle buenos y sanos alimentos, y pronto hará sangre nueva y propia. Para ser buenos españoles, lo primero que hemos menester es *no desespañolizarnos*.

No nos arrepintamos, pues, de grandes ni nos avergoncemos de creyentes, de nobles y de valerosos, ni nos ruboricemos de artistas y de creadores ante los que por todo eso nos admiran y nos envidian; no nos abochornemos de representar el ideal ante los que se jactan de representar la fuerza bruta; basta con que nos enmendemos de perezosos y nos curemos de confiados é inconstantes, basta con que abjuremos á los vicios de grandes señores y á las prebendas del presupuesto, y á la abyecta chulapería de las tabernas; recobremos la conciencia y la virilidad de que tantas pruebas tenemos dadas, y sobre el colete del soldado cervantino, sobre el justillo del trovador errante ó sobre la recamada chaquetilla del torero vistamos la blusa del menestral; que cuando á la fe, al idealismo y á la hidalguía juntemos el trabajo y la perseverancia, no habrá pueblo ni raza que se nos aventaje. No nos ruboricemos de ser alma ante los que se jactan de ser fuerza, no, sino sumemos la fuerza al espíritu y seremos dueños de la tierra.

¡Sumar la fuerza al espíritu!... Hé aquí la empresa que he concebido en presencia de este pueblo de máquinas y de hombres férreos, que se agitan y luchan sedientos de justicia, hambrientos de caridad, rabiosos de ambición y de frenética envidia y ciegos á la eterna luz.

¡Extraño caso el mío, Juan! El alejamiento de Dios, la larga privación de los ideales y el espectáculo de la bárbara lucha por la vida, en el seno de estos infernales antros de la civilización—minas ó fábricas,—han despertado en mí la fe adormecida y la apagada caridad.

Por caridad y por fe vuelvo á ti, mi hermano del alma, pidiéndote que secundes un noble proyecto, una generosa empresa que me propongo realizar. Nadie como tú puede auxiliarme en este caso, tú que siempre tuviste vocación de apóstol y de mártir. Porque si ya no tenemos colonias donde llevar

nuestras misiones, no por eso hacen menos falta misioneros y redentores en nuestra propia tierra.

Ya te he dicho que en los contornos de Bilbao aumenta el anarquismo y la sorda fermentación del odio de los oprimidos, que rugen como lava volcánica pronta á desbordarse del cráter.

¿Habrá, por ventura, misión más alta y más digna de un sacerdote de Cristo que la de colocarse armado de la cruz é inflamado de caridad en medio de estas dos desencadenadas fuerzas, el explotador empedernido y el explotado implacable?

Realicemos esta obra sublime, Juan. Tú pondrás la inspiración y el espíritu y yo el capital y los brazos. Acabemos con los expoliadores de los mineros, acabemos con los feudales del trabajo; sembremos arriba la caridad y abajo la resignación, y habremos exterminado por amor el anarquismo.

Ayúdame á dar santo empleo á mi oro y á mi vida; fundemos un economato gratuito, donde los mineros puedan proveerse del alimento del cuerpo, y una escuela dominical, con rica biblioteca y saiones de música y esparcimiento, donde puedan nutrir el espíritu de luz regeneradora. Invoquemos en nuestra ayuda el apoyo de todos los poderes; arranquemos al Gobierno una enérgica ley contra los explotadores de los mineros; solicitemos el auxilio de médicos é higienistas, la cooperación de arquitectos é ingenieros, el dulce auxilio de la mujer, creada para difundir en torno suyo el amor, nacida para madre ó para hermana de la Caridad.

Y cuando hayan desaparecido los inmundos *ranchos* donde duermen los hombres amontonados como reses y envueltos en miasmas corruptores, cuando el enfermo tengalecho y el hambriento pan y abrigo el desnudo y el ignorante enseñanza y todos amor y caridad... entonces, Juan, hermano mío, la obra de la regeneración de España habrá empezado. La fuerza que ahora lucha sola arrancando el hierro á las entrañas de la tierra y forjándolo en los yunques y fundiéndolo en los hornos gigantescos que derriten junta con el metal la energía muscular humana, la fuerza que ahora lucha sola, luchará abrazada á la caridad.

Y cuando en aleación divina se amalgamen el esfuerzo con el ideal, no habrá bronce más fuerte y perdurable.

¡Ven, Juan, restañemos para siempre la inútil vena elegiaca y prediquemos con las obras!

JULIO.

Cuando esta carta llegó al lugar de su destino, el P. Ansúrez había muerto. ¿Estará escrito que todo noble intento de regeneración no haya de pasar entre nosotros de la esfera de las intenciones?

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ.

ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS DE BALEARES

I.—*Nota preliminar.*

La moderna ciencia de gobernar, con sus interesantes problemas sociales y económicos, descansa hoy sobre la Estadística, otra ciencia, también moderna, que da á conocer la riqueza pública y las necesidades de los pueblos, señalando con trazos vigorosos la grandeza ó la decadencia de las naciones.

La demografía, llamada aritmética política por los tratadistas del siglo XVIII, estadística humana por Guillard, demología por Engel y física social por Quételet, es una rama importantísima de la Estadística, cuya parte dinámica se ocupa en los hechos que determinan el movimiento de población.

Esta clase de estudios, por su aridez, atrae pocos cultivadores; por el atraso en que vivimos apenas fija la atención. Así se explica la falta de trabajos demográficos en España y la indiferencia con que se reciben las notables publicaciones del Instituto Geográfico y Estadístico.

Las islas Baleares, escalonadas de SO. á NE., se hallan en el Mediterráneo, entre los 38° 38' y 40° 6' de latitud N. y entre 4° 53' y 8° 0' longitud E. del meridiano de Madrid. Ocupan una superficie de 4.813 kilómetros cuadrados y contaban con 312.593 habitantes en 1887. De las islas que forman el archipiélago había entonces 15 pobladas, siete de ellas exclusivamente por las familias de los torreros de faros. La provincia está dividida en cinco partidos judiciales y en sesenta términos municipales, de los que corresponden 48 á la isla de Mallorca, 6 á la de Menorca, 5 á la de Ibiza y 1 á la de Formentera.

La renovación incesante que se opera en el seno de las colectividades humanas es un problema muy complejo que no

podemos abordar en este trabajo. Nuestros esfuerzos se dirigen á los hechos de carácter general registrados en las islas Baleares durante el período de 1886 á 1890, y para determinarlos nos ocuparemos en las siguientes materias: matrimonios y nupcialidad, nacimientos y natalidad, defunciones y mortalidad, diferencias y comparaciones de los fenómenos, acrecentamiento de población y síntesis demográfica contenida en breves conclusiones.

II.—*Matrimonios y nupcialidad.*

El estudio de la nupcialidad, ayer poco menos que olvidado, es objeto hoy de especial interés por parte de los demógrafos. Considerado el matrimonio como un agente de progreso social, examínase bajo todos sus aspectos, sin omitir detalle, por insignificante que parezca: determínase la edad, estado civil y consanguinidad de los cónyuges y la edad media y probable del matrimonio; señálase la influencia del matrimonio sobre la criminalidad, la mortalidad y duración de la vida y la edad de los contrayentes sobre la fecundidad, ahondándose en otros muchos puntos demográficos ligados estrechamente con la sociología.

Dejando para otra ocasión el estudio de esas influencias y relaciones, nos limitaremos al análisis de las cifras totales para conocer las oscilaciones de los matrimonios y la nupcialidad general de Baleares y de sus más importantes entidades colectivas.

Hé aquí el registro anual:

AÑOS	Matrimonios.
1886	2.140
1887	2.010
1888	2.082
1889	2.354
1890	2.301

La curva de la nupcialidad no marca aumento constante y gradual, sino oscilaciones bastante notables, que indudablemente influyeron en la población. Ciento treinta matrimonios

menos que en 1886 se registraron en 1887; al año siguiente observóse un aumento de 68, que se acentuó en 1889, alcanzando la cifra de 272, para presentar un descenso de 53 en el último año del quinquenio. Estas oscilaciones aparecen en todos los distritos judiciales de Baleares, exceptuando el de Manacor, que ofreció un aumento en 1887 y en 1889, y disminución en 1888, aunque insignificante, y en 1890.

Agrupados los totales del quinquenio, se forma la siguiente tabla:

DISTritos	Matrimonios.
Palma.....	4.081
Manacor.....	2.452
Inca.....	2.339
Ibiza.....	1.042
Mahon.....	973

Por estas cifras se conoce un hecho que merece puntualizarse, cual es el escaso número de matrimonios que corresponde á Menorca. Cuenta el distrito judicial con 14.497 habitantes más que el de Ibiza, y ha registrado 69 matrimonios menos en el transcurso de cinco años.

La significación de estos datos puede apreciarse más fácilmente determinando el promedio anual de matrimonios celebrados en cada uno de los distritos:

DISTritos	Promedios.
Palma.....	816
Manacor.....	490
Inca.....	468
Ibiza.....	208
Mahón.....	195

Las cifras proporcionales indican que Ibiza ha sido el distrito donde se ha celebrado mayor número de matrimonios, siguiendo luego el de Palma, después el de Manacor y el de Inca, y por último el de Mahon.

Clasificados los matrimonios por islas durante el quinquenio, aparecen las siguientes cifras:

ISLAS	Matrimonios.
Mallorca.....	8.872
Menorca.....	973
Ibiza con Formentera.....	1.042

Estos datos arrojan los promedios anuales que van á continuación:

ISLAS	Promedios.
Mallorca.....	1.774,40
Menorca.....	194,60
Ibiza con Formentera.....	208,40

El total de matrimonios celebrados en Baleares en el período de 1886-1890 asciende á 10.887, el promedio anual á 2.177,40 y la nupcialidad, calculada sobre este promedio, á 0,69 por 100 habitantes.

Esta provincia ocupa un lugar distinguido entre las de España por el concepto de nupcialidad. El máximo corresponde á Barcelona, que figura con 0,83 matrimonios por 100 habitantes, Teruel con 0,82, Burgos con 0,78, Gerona y Tarragona con 0,77, Soria con 0,76, Alicante y Almería con 0,74, Valladolid con 0,72, Ávila con 0,71 y Valencia con 0,70. El mínimo de matrimonios se observó en Cádiz, que registró 0,65 cada 100 habitantes, Madrid 0,64, Vizcaya 0,63, Cáceres 0,62, Coruña, Lugo, Málaga y Granada 0,61, Lérida, Navarra, Córdoba y Orense 0,59, Badajoz y Sevilla 0,57, Huelva 0,56, Guipúzcoa 0,54, Albacete 0,53 y Canarias 0,37.

Barcelona y Canarias ocupan el primero y último lugar respectivamente por la cifra proporcional de matrimonios.

III.—*Nacimientos y natalidad.*

Sabido es que la población de un país, ó de una localidad, está en razón directa de los nacimientos é inversa de las defunciones. No queremos decir con esto que disminuye siempre el número de habitantes en las ciudades donde se registran elevadas cifras proporcionales de mortalidad, ni que aumenta en las que cuentan con muchos nacimientos, como algunos suponen, padeciendo errores, fáciles de remediar cuando se estudian todos los factores del problema. Hay capitales, como Madrid, que presentan una mortalidad más elevada que la natalidad en tiempos normales y, sin embargo, el acrecen-

tamiento de su población es un hecho innegable. Es preciso, pues, comparar las dos cifras proporcionales, y si el resultado no está en armonía con el número de habitantes, buscar en las corrientes migratorias la explicación del fenómeno demográfico.

Desde 1861 hasta 1884 la natalidad ha disminuído en las Islas Baleares: en el decenio de 1861-70 se registraron 3,2 nacimientos por cada 100 habitantes, y en el quinquenio de 1880-84 sólo alcanzó el 2,9 por 100, ó sea 0,3 menos que en aquel período.

Siguiendo la misma clasificación que hemos adoptado para los matrimonios, agruparemos el número total de nacimientos que se han registrado en la provincia durante el quinquenio de 1886-90:

AÑOS	Nacimientos.
1886.....	8.755
1887.....	9.115
1888	8.979
1889.....	9.232
1890.....	8.235

Las oscilaciones que observamos en la curva de los matrimonios aparecen más regulares en los nacimientos. El año 1887 arroja un aumento de 360 nacimientos sobre el anterior, disminuye al año siguiente en 136, para aumentar 253 en 1889, que es el año que se anotaron más nacimientos, y vuelve á descender la cifra en 1890, pero de una manera tan notable que la población pierde 997 nacimientos comparado con el anterior. Á esta disminución contribuyeron, en primer término, el distrito de Manacor, donde se registraron 408 nacimientos menos en 1890 que en 1889, y el de Palma, que presenta una disminución de 359. Inca sólo perdió 157 y Mahón 82. Ibiza es el único distrito que aparece con aumento, aunque débil, pues ascendió á 9 el número de nacimientos sobre la cifra del año anterior.

Veamos ahora la totalidad de los nacimientos durante el quinquenio, por distritos judiciales:

DISTRITOS	Nacimientos.
Palma.....	14.582
Inca.....	11.275
Manacor.....	9.804
Mahón.....	5.097
Ibiza.....	3.558

Inca, que ocupa el tercer lugar por el número de matrimonios, pasa al segundo en la tabla de nacimientos, y el distrito de Ibiza queda colocado detrás de Mahón por una diferencia de 1.539 nacimientos menos que este distrito, no obstante haber sido mayor el número de matrimonios inscritos en el mismo período.

Hé aquí el promedio anual que corresponde á cada partido judicial:

DISTRITOS	Promedios.
Palma.....	2.916
Inca.....	2.255
Manacor.....	1.961
Mahón.....	1.019
Ibiza.....	712

Estos datos demuestran una disminución de nacimientos en Palma, que figura en la misma línea que Mahón, y los dos ocupan los últimos lugares. Á la cabeza va el distrito de Inca y siguen después los de Ibiza y Manacor.

Si agrupamos los datos por islas, aparecen las cifras que expresan el total de nacimientos anotados durante los cinco años:

ISLAS	Nacimientos.
Mallorca.....	35.661
Menorca.....	5.097
Ibiza con Formentera.....	3.558

Y si deducimos el promedio anual de cada isla, encontramos lo siguiente:

ISLAS	Promedios.
Mallorca.....	7.132,50
Menorca.....	1.019,40
Ibiza con Formentera.....	711,60

En la provincia de Baleares el total de nacimientos registrados en cinco años asciende á 44.316, ó sean 8.863,20 por

término medio al año. La natalidad está representada por 2,82 por 100 habitantes.

Las cifras más altas que expresan este fenómeno corresponden á las provincias de España siguientes: Palencia aparece con 4,45 nacimientos por 100 habitantes, Valladolid con 4,37, Cáceres con 4,29, Ciudad Real con 4,26, Toledo con 4,16, Ávila con 4,15, Segovia con 4,14, Castellón con 4,07, Badajoz con 4,03, Jaén y Burgos con 4,01 y Teruel con 4. El minimum corresponde á Pontevedra, que tuvo 2,75, Oviedo y Coruña 3,02, Canarias 3,04, Orense 3,09, Guipúzcoa 3,16, Lérida y Barcelona 3,18, Gerona 3,23, Lugo 3,29, Navarra 3,42 y Tarragona 3,43.

Pontevedra y Baleares son las dos provincias donde hubo menos nacimientos, pues los registrados no alcanzaron el 30 por 1.000 habitantes. Con más de 30 y menos de 40 aparecen treinta y cinco provincias, y doce con más de 40 sin llegar al 45 por 1.000.

IV.—*Defunciones y mortalidad.*

El deseo de conocer la mortalidad y sus causas ha empujado al estudio de esta parte de la demografía con preferencia á otras desde tiempos bastante antiguos; pero aunque está en el ánimo de los vivientes el afán de prolongar la existencia, no se ha sacado todo el partido posible de los conocimientos adquiridos.

La estadística demuestra que la mortalidad ha disminuído en España, en un período de veinticuatro años, pues mientras en el decenio de 1861-70 ascendió á 3,01 defunciones por 100 habitantes, en el quinquenio de 1880-84 descendió á 2,63. En las islas Baleares se observa también una disminución poco sensible, comparando las cifras de los períodos: en el de 1861-70 la mortalidad está representada por el 2,5 por 100 habitantes, y en el de 1880-84 por el 2,1 por 100.

Consignados estos datos de estadística retrospectiva, para que sirvan de punto de comparación, entremos en el estudio de los que corresponden al quinquenio de 1886-90.

Defunciones registradas en Baleares en este período:

AÑOS	Defunciones.
1886.....	5.968
1887.....	8.108
1888.....	8.499
1889.....	6.808
1890.....	6.636

Como se ve, la mortalidad describió una curva cíclica durante el quinquenio, correspondiendo al año 1888 el máximo de defunciones. En 1887 se anotaron 2.140 defunciones más que en 1886, y en 1888 aparecen 391 más que en 1887, arrojando un total de 2.531 defunciones en el período de ascenso de la mortalidad, es decir, desde 1886 hasta 1888. Iníciase el descenso, y en 1889 mueren 1.691 personas menos que en 1888, y al año siguiente 172 menos que en 1889. Durante este período de descenso, que comprende desde 1888 hasta 1890, se registran 1.863 defunciones menos; pero como el aumento en el número de fallecidos había llegado á + 2.531, resulta, en 1890, un total de 668 muertos más que en 1886.

Clasifiquemos los datos por partidos judiciales:

DISTRITOS	Defunciones.
Palma.....	13.023
Inca.....	8.721
Manacor.....	7.176
Mahón.....	3.724
Ibiza.....	3.375

Los distritos aparecen por el mismo orden que en la tabla de natalidad. Todos tuvieron aumento de defunciones en 1887 menos Mahón. En 1888 todos presentan aumento menos Palma, que ofrece una disminución de 334 defunciones, cuyo aumento es de 27 muertos en Mahón, 63 en Manacor, 306 en Ibiza y 329 en Inca. Estos dos últimos distritos fueron los más castigados durante el año 1888, como lo había sido el de Palma el año anterior, pues registró 878 defunciones más de las que tuvo en 1886.

A los mismos distritos de la provincia corresponden los promedios anuales siguientes:

DISTRITOS	Promedios.
Palma.....	2.605
Inca.....	1.744
Manacor.....	1.435
Mahón.....	745
Ibiza.....	675

La mayor mortalidad corresponde, según estas cifras, al distrito de Ibiza, siguiendo después el de Inca, el de Palma y, por último, el de Mahón, en donde alcanzó más del 19 por 1.000 habitantes.

Después de los datos relativos á los distritos debemos citar los que corresponden á las islas en el período de referencia:

ISLAS	Defunciones.
Mallorca.....	28.920
Menorca.....	3.724
Ibiza con Formentera.....	3.375

De estas cifras totales se deducen los promedios anuales en cada una de las islas, cuyos promedios son los siguientes:

ISLAS	Promedios.
Mallorca.....	5.784
Menorca.....	744,80
Ibiza con Formentera.....	675

El total de defunciones registradas en Baleares durante el quinquenio asciende á 36.019, ó sean 7.203,80. cada año, que representan una mortalidad de 2,29 por 100 habitantes.

Entre todas las provincias de España aparecen con mayor mortalidad las doce siguientes: Palencia, 3,88 defunciones por 100 habitantes; Valladolid, 3,84; Madrid, 3,77; Murcia, 3,73; Avila, 3,62; Cáceres, 3,61; Logroño, 3,60; Segovia, 3,59; Granada, 3,56; Jaén, 3,54; Almería, 3,52, y Burgos, 3,49. El mínimum de mortalidad corresponde á estas provincias: Santander, 2,98 por 100 habitantes; Vizcaya, 2,87; Zaragoza, 2,83; Orense, 2,82; Lugo, 2,71; Navarra, 2,70; Huelva, 2,69; Oviedo, 2,50; Coruña, 2,43; Guipúzcoa, 2,33; Pontevedra, 2,29, y Canarias, 1,80.

Sólo en una provincia española, Canarias, la mortalidad no alcanzó el 20 por 1.000 habitantes; en doce provincias osciló

entre el 20 y el 30 por 1.000 y en treinta y seis provincias fué mayor del 30 sin llegar al 40 por 1.000.

Palencia figura á la cabeza con más de 38 defunciones por 1.000 habitantes y Canarias ocupa el último lugar con el 18 por 1.000.

V.—*Comparaciones y diferencias.*

La actividad de los fenómenos demográficos no es igual en todas las entidades. Los organismos colectivos se mueven con menos holgura en los grandes centros que en los pequeños núcleos y en los caseríos diseminados; la densidad de población y otras condiciones higiénicas ofrecen diferencias notables, y es preciso tener en cuenta todas estas circunstancias para fijar con la mayor exactitud posible los movimientos de la masa social y deducir la salubridad de una comarca.

Se sostiene que en las capitales la mortalidad es mayor que en el conjunto de los pueblos de la región, explicándose el hecho por el quebrantamiento de los preceptos de la higiene y por el crecido contingente de defunciones que dan los hospitales y los asilos, adonde acude un respetable número de individuos de la población circunvecina. El fenómeno no es constante y en su aparición influyen importantes causas de orden telúrico y demográfico.

Por este motivo creemos oportuno comparar la intensidad de los fenómenos que se presentan en la capital con la que ofrecen los del resto de la población balearica, trazando el mismo paralelo entre las capitales y los pueblos de cada una de las tres islas.

Comencemos por la nupcialidad:

PUEBLOS DE LAS ISLAS con excepción de las capitales.	Matrimonios. — Promedio anual.	Nupcialidad por mil habitats.
Ibiza, excepto la ciudad.....	145,80	8,37
Menorca, excepto Mahón.....	123,80	6,37
Mallorca, excepto Palma ..	1.331,80	6,98
Baleares, excepto Palma.....	1.734,80	6,84

Comparada la nupcialidad de Palma con la de los pueblos de la provincia, resulta que en la capital asciende á 0,47 por

1.000 habitantes más que la de aquéllos. Esta diferencia á favor de la capital se encuentra también cuando se compara el fenómeno con el de los pueblos de la isla de Mallorca, aunque es algo menor, pues sólo llega á 0,33 por 1.000.

No sucede lo mismo en las islas de Menorca y de Ibiza. En la primera los pueblos alcanzan una nupcialidad de 2,54 por 1.000 habitantes más que en Mahón, capital de Menorca, y en la segunda los pueblos registran una nupcialidad de + 0,16 por 1.000 sobre la de la ciudad de Ibiza, capital de la isla del mismo nombre.

Veamos ahora la natalidad:

PUEBLOS DE LAS ISLAS con excepción de las capitales.	Nacimientos. — Promedio anual.	Natalidad por mil habitats.
Ibiza, excepto la ciudad.....	500,80	28,76
Menorca, excepto Mahón.....	599	25,69
Mallorca, excepto Palma.....	5.646,50	29,60
Baleares, excepto Palma.....	7.377	29,10

La natalidad de los pueblos de las islas Baleares es más vigorosa que la de la capital. Comparándolas se observa una diferencia de 4,55 por 1.000 habitantes en favor de aquéllos, cifra proporcional que asciende á 5,15 por 1.000 si la comparación se establece entre Palma y los pueblos de la isla de Mallorca.

La isla de Menorca también ofrece diferencias notables; en Mahón es más débil la natalidad que en los pueblos, pues en estos se encuentra 2,90 por 1.000 habitantes más que en aquella capital.

La isla de Ibiza aparece con cifras casi iguales; sin embargo, en los pueblos la natalidad es 0,37 por 1.000 habitantes, mayor que en la ciudad.

Resultados de la mortalidad:

PUEBLOS DE LAS ISLAS con excepción de las capitales.	Defunciones. — Promedio anual.	Mortalidad por mil habitats.
Ibiza, excepto la ciudad.....	487,60	28,01
Menorca, excepto Mahón.....	396	20,40
Mallorca, excepto Palma.....	4.262	22,33
Baleares, excepto Palma.....	5.682	22,41

Baleares no constituye una excepción de la regla: comparando la mortalidad de Palma con la que arroja el conjunto de los pueblos de la provincia, encontramos una diferencia de más 2,73 por 1 000 en la capital. También hay diferencia en contra de Palma cuando se compara la mortalidad de esta capital con la de los pueblos de Mallorca, elevándose á 2,81 por 1 000. En las otras islas sucede lo contrario: en Menorca la mortalidad de los p̄ueblos excede sobre la de la capital, y este exceso está representado por 1,49 por 1.000 habitantes, y en Ibiza todavía es mayor, pues asciende á 2,77 por 1.000.

VI.—*Acrecentamiento de la población.*

El crecimiento de las poblaciones es la resultante de un movimiento celular intenso, derivado del predominio de la natalidad sobre la mortalidad, ó de la agregación de elementos extraños producida por la corriente inmigratoria. No hay antagonismo alguno entre los dos fenómenos; pero sólo se observa la coexistencia en los centros de poderosa atracción que rinden culto á la higiene.

Dentro de las islas Baleares los grupos pequeños pueden perder la cohesión y hasta refundirse con otros más densos, sin alterar el conjunto del agregado mientras la difusión de las unidades fisiológicas no traspasa los límites de la comarca.

Más importante que estos simples cambios de lugar es otro fenómeno que produce el aumento artificial de la colectividad; pero este fenómeno, difícil de puntualizar por falta de datos, parece que está casi neutralizado por otro opuesto á la agregación. Debemos, pues, prescindir de este factor y practicar las operaciones del balance, fijándonos principalmente en el crecimiento orgánico de la entidad colectiva, es decir, en el aumento que produce el exceso de nacimientos sobre las defunciones durante el período de 1886 á 1890:

AÑOS	Aumento.
1886.....	2.787 habitantes.
1887.....	1.007 —
1888.....	480 —
1889.....	2.424 —
1890.....	1.599 —

Tenemos un aumento total de 8.297 habitantes, que representan un promedio mayor en 324,53 que el que corresponde á los cien años, desde 1787 á 1887, pues entonces el acrecentamiento sólo alcanzó 1.334,87 habitantes cada año.

El aumento registrado se distribuye entre los cinco partidos judiciales de la provincia en la forma siguiente:

DISTRITOS	Aumento.	
Manacor.....	2.628	habitantes.
Inca.....	2.554	—
Palma.....	1.559	—
Mahón.....	1.373	—
Ibiza.....	183	—

Examinando la población por islas, encontramos el aumento de habitantes distribuído de este modo:

ISLAS	Aumento.	
Mallorca.....	6.741	habitantes.
Menorca.....	1.373	—
Ibiza con Formentera.....	183	—

Estudiando las cifras proporcionales que arrojan las estadísticas de nacimientos y defunciones, se llega á conocer el aumento ó disminución del número de habitantes; pero este estudio sería incompleto si no se establecieran comparaciones entre varias regiones ó localidades. En el quinquenio de 1886-90 la mortalidad en Baleares alcanzó el 22,94 por 1.000 habitantes y la natalidad el 28,22; hay, pues, una diferencia á favor de los nacimientos de 5,28 por 1.000, que expresa el acrecentamiento de la población baleárica.

Todas las provincias no registran los mismos datos: en veinticuatro la diferencia es menor y en veinticuatro es mayor. Han tenido aumento de 10 por 1.000 habitantes Canarias, Ciudad Real y Huelva; de 8 por 1.000 Castellón, Guipúzcoa, Salamanca, Santander, Toledo y Vizcaya; de 7 por 1.000 Badajoz, León, Navarra y Soria; de 6 por 1.000 Álava, Alicante, Cáceres, Tarragona y Valencia.

Figuran con el 5 por 1.000, al lado de Baleares, las provincias de Ávila, Córdoba, Coruña, Huesca, Lugo, Oviedo, Palencia, Valladolid, Burgos y Segovia; con el 4 por 1.000,

Cuenca, Jaén, Málaga, Pontevedra, Sevilla, Teruel, Zamora y Zaragoza; con el 3 por 1.000, Guadalajara y Logroño; con el 2 por 1.000, Cádiz, Gerona, Orense y Granada; con el 1 por 1.000, Albacete, Almería, Barcelona y Lérida.

En Murcia aparecen casi al mismo nivel la mortalidad y la natalidad. El crecimiento sólo asciende al 1,2 por 1.000. En Madrid las defunciones alcanzan 0,19 por 1.000 habitantes más que los nacimientos.

Las islas Baleares tienen la misma nupcialidad que Valencia y Ciudad Real, y figuran entre todas las provincias de España, en la relación de más á menos, después del núm. 21, por la natalidad ocupan el núm. 48, pues sólo en Pontevedra hubo menos nacimientos que en Baleares, y por la mortalidad el núm. 47, de modo que, exceptuando Pontevedra y Canarias, es la provincia de España que registró menos defunciones.

VII.—*Conclusiones.*

La síntesis de los fenómenos demográficos de la islas Baleares en el período de 1886 á 1890 puede formularse en tres conclusiones relativas á la nupcialidad, á la natalidad y á la mortalidad generales, calculadas sobre el promedio anual de matrimonios, nacimientos y defunciones que se registraron, y los habitantes de cada una de las entidades de población de la provincia según el censo oficial de 1887:

Nupcialidad.—Capitales: Palma, 0,73 por 100; Mahón, 0,38; Ibiza, 0,82.

Distritos judiciales: Palma, 0,73 por 100; Manacor, 0,71; Inca, 0,68; Mahón, 0,50; Ibiza, 0,85.

Islas: Mallorca, 0,70 por 100; Menorca, 0,51; Ibiza con Formentera, 0,83.

Provincia de Baleares: 0,69 por 100.

Natalidad.—Capitales: Palma, 2,45 por 100; Mahón, 2,27; Ibiza, 2,83.

Distritos judiciales: Palma, 2,61 por 100; Manacor, 2,86; Inca, 3,28; Mahón, 2,61; Ibiza, 2,90.

Islas: Mallorca, 2,83 por 100; Menorca, 2,69; Ibiza con Formentera, 2,86.

Provincia de Baleares: 2,82 por 100.

Mortalidad.—Capitales: Palma, 2,51 por 100; Mahón, 1,89; Ibiza, 2,52.

Distritos judiciales: Palma, 2,34 por 100; Manacor, 2,09; Inca, 2,53; Mahón, 1,91; Ibiza, 2,75.

Islas: Mallorca, 2,30 por 100; Menorca, 1,96; Ibiza con Formentera, 2,71.

Provincia de Baleares: 2,29 por 100.

ENRIQUE FAJARNÉS.

LA CADENA HUMANA

I

Salía de la iglesia una oleada de multitud que, traspasado el cancel, se ensanchaba como el agua vertida por un canalón.

La gente se esparcía por la plaza, deteniéndose en grupos á la sombra de los almacenes seculares.

Los rostros atezados por el sol brillaban con la alegría del trabajador del campo que, después de pasar una semana encorvado, al día sétimo se endereza, tiende la mirada y se ve entre todos sus amigos y parientes. Los saludos parecían escenas de regreso. Todos hablaban á la vez, desborde de las palabras contenidas durante una semana, de los sentimientos seis días aprisionados. Unos hablaban de la oliva y la naranja, otros de sus nietos, otros de bodas; los carboneros contaban cómo la más corpulenta encina al último golpe del hacha había rodado por el despeñadero con ruido temeroso. Muchos se detenían delante de los puestos de venta, para hacer la provisión extraordinaria del domingo, y presidía desde la fachada del templo un Santiago de piedra con la espada levantada y un moro á los pies del caballo.

Entre tanta gente discurría solo, con seriedad de años mayores anticipada, un joven que en ninguna parte se detenía. Muchos al paso le dijeron:—Adiós,—y él siempre contestaba:—Adiós;—pero seguía su marcha lenta é indeterminada. Un forastero preguntó quién era, y le respondieron que un huérfano sin ningún pariente en el mundo.

La soledad en una población oprime más el alma que la del desierto, porque en ésta sólo hay que luchar con las distancias, con las espinas y con las arenas; pero la soledad en-

tre la muchedumbre es el vacío del corazón, es la sed del amor, y tenerlo hasta los labios sin que llegue á las fauces secas.

El huérfano pasaba junto á un grupo de hijas y madre, y sentía el calor desprendido; pasaba cerca de dos amantes, y percibía el aroma exhalado. Pudiera haberse detenido en cualquier grupo, pero la amistad no es más que un átomo de amor, que sirve para acrecentar el afán y la escasez, como algunas gotas desprendidas de las nubes hacen más ansiada la lluvia fecundizante y más cruel la sequía; la amistad es una pequeña provisión que no basta para un viaje largo. Así como la materia necesita alimento varias veces al día, el alma necesita constante alimento de amor; por eso creó Dios para fuera de casa el amor amistad, socorro de entre día, pero que no basta para sostén del corazón; y el que no encuentra cariño que respirar, tan necesario para la vida como el aire, no muere como el que no tiene aire: vive con las ansias de la respiración en el vacío.

Manuel cruzaba lentamente por entre la multitud, porque nada tan fatigoso como abrirse paso por la muchedumbre: aquel separar codos y hombros inmóviles y conmover masas humanas adheridas al suelo por la ley de la gravedad; aquel roce con pechos que ni se acercan ni se apartan; aquel tropezar con rodillas inflexibles; aquel luchar con la ropa, prendida en el engranaje humano, agotaría las fuerzas de un gigante.

Cuando Manuel llegó á la orilla de la plaza, fijó la vista en un montón de frutas que, sin saber la causa, atrajo la atención del joven; quizá porque todo fruto sea una semilla de amor, hija de flores y rocíos, un pomo de savias fecundas y creadoras, una caja preciosa, que no es de madera, de metal ni de nada que pueda ser cincelado, y que encierra siempre un corazón aromático y húmedo. Toda fruta es germen y fruto, pasado, presente y porvenir. Eslabón de una cadena de vida y de generaciones, conserva como recuerdo el perfume de la flor, como presente el balsámico jugo, como esperanza los colores risueños, que sin línea divisoria se confunden difundidos en suave gradación.

Toda fruta es un maravilloso misterio de unión entre materias tan diferentes como aquella carne sin fibras, aquel hueso, urna de otro ser; aquel licor, que exprimido mana á gotas parecidas á lágrimas de ternura que rebosan sin sollozos. Manuel contemplaba la fruta con un sentimiento incomprensible, vago, profundo, pero suave y tierno; era uno de los destellos del amor infinito y multiforme que absorbe la belleza en donde brilla, que acude á toda claridad que en todo espacio se remonta, que ve chispas en toda oscuridad y que en donde no hay nada que amar, á imagen y semejanza del Divino Amor, crea, para amarlos, montes, valles y llanuras, arbustos que brotan, capullos que se abren, ojos dulces que miran, labios que sonríen, corazones que laten, risueñas figuras sin ingratitude, frialdad ni tibieza, que refrescan la vigilia y vienen en el sueño á aumentar el descanso del dormir.

Manuel siguió su marcha sin objeto, y desde el extremo de una calle divisó en áspera ladera un pinar. El espíritu del huérfano voló á las copas, sostén de tantos nidos y, atravesando la ondulante superficie verde, iluminada por el sol, introdujo la vista en la sombra de la espesura, presintiendo misterios de amor velados á toda mirada. Le pareció ver allí seres que en dulce compañía respiraban la frescura y la calma al amor de la sombra; le parecía ver las cabecitas de perdices jóvenes entre las alas de la madre esponjada; dos pequeñas liebres que, á un ruido, corrían á ocultarse en el regazo de su madre, y en la copa más elevada una torcaz, centinela de su nido.

La mirada y el espíritu del huérfano se elevaron á la cima desnuda, que domina la extensión, en donde el buitre acosado por el hambre se posa para tender la vista sobre las cumbres y al fondo de los valles. Desde allí se descubren entre collados, en las hondonadas y en la llanura blancas habitaciones, casas del color de la piedra oscurecida por los años, chimeneas que exhalan humo de una lumbre que hace hervir el alimento á cuyo alrededor se sienta una familia.

¡Qué triste es para un alma solitaria el domingo en un pueblo! Día de roce, de unión, de bullicio, de hormigueo de gente, que parece multiplicarse; la gente llena la iglesia, la plaza, los portales, las ventanas, como si saliese de debajo de

las piedras: chicos, ancianos, hombres, mujeres; hasta los perros de los guardabosques acuden y encuentran á los hijos de sus amos y los acarician.

Manuel se retiró á su casa creyendo que era tarde, y después de sus esfuerzos para acortar la mañana, vió que el reloj de pared señalaba las diez.

Entre todos los seres que tienen vida, y entre todos los que la aparentan, ninguno tan péfido como el reloj: no hay bestia que no duerma, pero el reloj no duerme. Regulador de la marcha de la vida, no se ajusta al paso de nadie: anda más de prisa que los que desean andar despacio, y más despacio que los que van de prisa; ni siquiera tiene la prudencia del silencio; y, para mayor burla, siempre imita el canto del cuclillo.

Manuel apartó algunos libros para apoyar los codos en la mesa, y dejó caer la frente entre las manos. Empezó á exprimir la memoria para evocar los más lejanos recuerdos, los recuerdos de más atrás de la niñez; pero todo era oscuridad; le parecía que no había tenido principio: el aire se llevó las canciones que hacen dormir en la cuna, y no recordaba aquellos ojos como estrellas que, suspendidos encima de los suyos, encuentran siempre los niños al despertarse.

Procurando recordar á sus padres, á quienes no había conocido, detrás de opaca niebla veía dos figuras, bultos casi informes, parecidos á sombras, porque no tenían fisonomía, espectros sin facciones ni mirada, que no inspiraban amor, que casi producían miedo, como las apariciones, como los enmascarados. Manuel abrió los ojos para perder de vista aquellos fantasmas que habían brotado de la impotencia de la memoria. El desaliento cubría con una capa de hielo empedernido el semblante del joven, que se levantó y salió á la calle con la presteza de quien presiente el hundimiento del piso. Cuando estuvo en medio de la vía pública, exclamó:

— ¡Soy un eslabón desprendido de la cadena humana!

II

Después de vacilar un momento, abrió con temor la puerta de la casa vecina, y desde el interior una voz semejante al rechinar de los goznes dijo:

—Ya voy.

El huérfano penetró en la casa. Apoyada en una caña por bastón, salió á recibirle una viejecilla seca, de color de aceituna, con la cara tan rugosa como un pergamino quemado, con unos ojillos que lanzaron una chispa de enojo al reconocer á su vecino.

—Bien podía usted haber dicho: soy yo, y me hubiera evitado salir.

—No te enfades, he venido porque estaba solo.

—Yo también lo estoy, y nunca tengo miedo de día ni de noche. No hay cuidado que vengan brujas á visitarme, porque estoy reñida con todas mis sobrinas; ni ladrones, ni amantes, á no ser usted, que con tanto venir á verme me hace sospechar que quiere conquistarme.

La vieja prorrumpió en una carcajada semejante al cacareo de una gallina.

Manuel, acostumbrado, sin duda, al humor de su vecina, tomó asiento junto á ella y continuó sin alterarse:

—Somos vecinos, y es muy regular que nos tratemos; además, tú eras muy amiga de mis padres, y basta para que te respete.

—Otra vez viene usted con la manía de hablar de sus padres; todo el mundo sabe que los padres se mueren antes que los hijos, y cuando sucede así no hay motivo de queja; pero que se mueran los hijos antes que la madre me vuelve loca, porque es al revés. No, no plantaré en mi noval un árbol ni una cepa; sólo sembraré lo que pueda segar cada año, porque ha de ir al fin á parar al demonio, mi único heredero.

—No digas eso, Golondrina.

—Mire usted, lo mismo da: una finca como la tela de un jergón, que se dividirá entre ocho hijos de cuatro primos segundos, angelitos que cada vez que me ven me miran con los ojos saltones para calcular cuándo me moriré. Sólo siento que en vez de ocho no sean ochenta y ocho para que mi herencia se hiciese polvo como yo. Cuando yo me muera nadie volverá á acordarse de La Golondrina; pero no haré testamento, conmigo acaba todo.

—Es verdad; yo no tengo recuerdos, y tú no tienes espe-

ranzas; en nosotros se ha roto la cadena humana; en mí por arriba, en ti por abajo: estamos iguales.

—No, señor, no estamos iguales; usted había de ver la muerte de sus padres, y no hay más sino que la ha visto demasiado pronto.

—No la he visto, Golondrina.

—Mejor para usted; pero yo he visto la de mis hijos, que no debía ver; la de cuatro hijos, y todos murieron grandes.

—Así puedes recordar sus fisonomías.

—Eso es mi tormento.

—No lo creas.

—Le digo á usted que eso es lo que me atormenta, porque de noche, así que me duermo, se me aparecen los cuatro, y los veo tan bien como á usted ahora.

—¡Feliz tú!

—¡Me llama feliz porque veo á mis cuatro hijos á los pies de mi cama, y quiero tenderles los brazos, y no puedo levantarlos, como si pesasen veinte arrobas; y quiero decirles ¡hijos míos! y ¡no puedo despegar los labios!

—Con eso me contentaría.

—Es que, aunque los veo en pie y mirándome, no pestañean, porque están muertos, muertos y apoyados en la pared para sostenerse.

—Es horrible; pero aun así me contentaría.

—Pues no sabe usted lo que desea; es usted un bárbaro que quiere atormentarse, y que viene á hablarme de mis hijos para hacerme daño.

—Yo no he suscitado la conversación, Golondrina.

—Sí, señor, sí, señor. Todos me hablan de mis hijos, y luego me dicen que no son ellos los que han empezado; por eso no quiero ver á nadie. Váyase usted.

—Bueno, yo habré sido; pero tú, que eras tan buena conmigo cuando pequeño, me perdonarás.

—Yo era buena con usted porque su santa madre, que esté en la gloria, me socorría en todas mis necesidades.

—¡Tan buena era!

—No necesita usted saberlo.

—Pero ¿por qué no has de decirme cómo eran mis padres,

cómo tenían los ojos, la boca, de modo que pueda creer que los he conocido?

—Porque no quiero que los vea usted, como yo á mis hijos.

—Si es mi deseo.

—No se canse usted; por mí no sabrá nada de sus padres; se lo he dicho á usted mil veces.

—Te daría todo el dinero que me pidieses.

La Golondrina se rió con una carcajada parecida al hipo.

—¡Dinero! ¿De qué le sirve el dinero á quien tiene pan para todo el año y se le han muerto sus hijos? Si viviesen, tomaría el dinero. El que deja hijos no se muere nunca del todo, porque los hijos son pedazos de los padres; pero yo me moriré hasta el tuétano; muerta como una piedra de yeso, que nunca cría hierba. Si pudiese tener más hijos, aún tomaría el dinero; pero soy un tronco de encina arrancado hace treinta años.

La anciana continuó con siniestra fruición:

—Lo mismo vale para mí una pieza de oro que una de cobre, un vestido de damasco que uno de jerga.

—Puesto que no te seduce el oro, si me complacieses te mantendría toda la vida.

—No tengo muelas ni dientes para comer golosinas, y me sobra trigo para sopas. No quiero economizar nada, porque no podría llevármelo al otro mundo.

—Pues hazlo por los beneficios que debes á mis padres.

—No quiero hacer daño al hijo por agradecimiento á la madre.

—Me darías un gran consuelo.

—¡Qué pesadez! Á mí nadie me consuela; estoy sola en el mundo.

Los dos quedaron en silencio: la anciana sombría, el joven meditabundo. Aquélla abultaba en su imaginación la soledad; éste retorció el entendimiento buscando con qué sobornar á aquella viejecilla incorruptible al oro. Manuel, con expresión y ademán de súplica entrañable, exclamó:

—Golondrina, hazlo por el cariño que me tienes.

—¿Y quién le ha dicho á usted que yo le tengo cariño?

—Cuando era pequeño, me dabas de merendar y me acariciabas.

—Entonces, es verdad, yo le quería á usted mucho, pero desde... desde... No digo que no le quiera á usted, porque, al fin, es el hijo de mi bienhechora.

—¿Desde cuándo ha disminuído tu cariño?

—Yo le quería á usted mucho cuando era pequeño, y más después de la pérdida de mis hijos; pero desde que se hizo usted grande y...

—¿Y qué?

—No quiero decirlo, no se figure usted que son vanidades.

—Habla, Golondrina, y si puedo recobraré todo tu cariño.

—Pues sepa usted que, sin querer, se ha enfriado un poco desde que no le trato á usted de tú.

—Tienes razón; nunca debí permitir que me hablastes de usted y no volverá á suceder.

—¿Lo dice usted de veras?

—Te lo aseguro por la memoria de mi madre.

—Delante de gente te hablaré de usted, porque no es vanidad; pero cuando estemos solos...

—Siempre, siempre.

La anciana se levantó con los ojos arrasados y las manos temblorosas, extendió los brazos, y, oprimiendo el cuello del joven, le dió un beso en la frente; las lágrimas de Manuel rebosaron y estrechó á la anciana contra su seno. Los dos se oprimían con la fuerza sobrehumana que dan á los músculos los arrebatos de ternura, de ira y de epilepsia. Explosión de mil abrazos comprimidos, aquel abrazo era el delirio del amor, una convulsión del alma comunicada á los nervios, que se contraían como la ostra cuando cierra sus valvas para asegurar la presa. Después de algunos instantes se desprendieron, se miraron, y en el semblante de los dos se extendió la amargura.

La Golondrina, con un acento que empezó como un grito y concluyó como un ¡ay! lastimero, dijo:

—¡Hijo mío, tú no eres hijo mío!

—¡Ni tú mi madre!

—Pero me quieres, conozco que me quieres un poco, y

mercedes que te hable de tu madre; sí, te contaré cuanto de- sees; creo que tienes razón, que es un consuelo.

Manuel tendió las manos abriendo sus cinco sentidos. En su ademán había la avidez y la gratitud mezcladas en una expresión infinita. La viejecilla rugosa, atezada, irguió cuanto pudo el cuerpo encorvado, abrió la boca hundida y dijo:

—Tu madre se parecía tanto á mí que muchos nos creyeron hermanas y gemelas.

Manuel sintió un frío como si se le hubiesen helado todas las venas y el cerebro y el corazón; la palidez mortal invadió su semblante y apartó la vista de la anciana. La condensación de Manuel en piedra fué tan marcada que La Golondrina la notó y la entendió, y, frunciendo el ceño y con voz iracunda y la caña levantada, dijo:

—Salga usted de mi casa; no quiero tratarle á usted de tú; no quiero á nadie, conmigo acaba todo.

—Yo no te he ofendido, Golondrina.

—Sí, señor, Golondrina me llamaron por esbelta y porque cuando pasaba por una calle apenas tocaba el suelo.

—¿Has sido hermosa?

—Y mi marido también; por eso mis hijos fueron los zagales más hermosos del mundo. Tú no eres tan guapo como tus padres ni te pareces á ellos en nada: eres un orgulloso que viene á ofrecerme dinero, y no por limosna; un hipócrita que dice que me quiere, y se espanta de verme fea. Alégrate, alégrate de que se muriesen tus padres, porque si viviesen serían tan feos como La Golondrina, y te darían miedo.

—No, no me pareces fea, te lo aseguro.

La viejecilla, apoyándose con las dos manos en la caña, al respirar movía todo el cuerpo á cada inspiración; Manuel la miraba como quien descifra un pergamino medio borrado. Las facciones del joven se reanimaron con el color, que volvía; después con una expresión de dulzura; luego con la luz de la mirada fija en la viuda sin marido, en la madre sin hijos.

Me falta una palabra, que no hemos inventado y que necesitaría para decir lo que era aquella anciana. Todas las lenguas, para designar al hijo que ha perdido á sus padres, tienen la palabra *huérfano*; ninguna lengua ha encontrado

aún el nombre que dar al padre que ha perdido á sus hijos.

—Te aseguro, María, que me inspiras respeto y cariño; perdóname las ofensas que pueda haberte hecho.

—Mis hijos no se hubieran espantado de ver mi boca sin dientes y mi cara parecida á una manzana seca debajo del árbol. Déjeme usted en paz; no quiero á nadie más que á mí, porque no me queda nadie más en el mundo.

La anciana, sin detenerse al ademán de súplica de Manuel, entró en su cuarto y cerró por dentro.

III

El cementerio de un pueblo es un jardín, el cementerio de una ciudad es un panteón; en aquél, el enterrar los muertos es un trabajo igual al de plantar la viña; en el otro es una obra de albañilería; en aquél el sepulturero es un labrador, en éste es un obrero. El uno es una pequeña heredad cercada, el otro un barrio cerrado. En aquél, entre las flores, salen de la misma tierra multitud de cruces que parecen plantas con raíces, que han nacido solas y sin orden; en el otro, sobre monumentos de ladrillo, tierra esterilizada por el fuego, descuellan cruces que no aparentan haber nacido allí. En el uno se respira el aire de los campos, en el otro el aliento de las bóvedas. En éste hay negras y frías mansiones desalquiladas, en aquél una zanja que descubre semillas en germinación. En aquél siempre encontráis cadáveres insepultos, en éste casi nunca os sorprende un cortejo fúnebre. Al uno llegáis en hombros de amigos; al otro os transporta la enlutada carreta del escombros humano. Á aquél os acompañan los deudos, al otro el auriga y los lacayos de la muerte, con la horrible caricatura de las libreas de desecho. En el sendero de aquél os rodean lágrimas de dolor, en el camino de éste ni siquiera una tristeza de alquiler.

El camposanto de una ciudad, con sus pisos de nichos, con sus monumentos fúnebres, con sus calles alineadas, inspira el terror de la muerte; porque nada tan frío, tan terrible como la arquitectura de la muerte, como los palacios y los tugurios de la podredumbre en la ciudad de la muerte. Allí percibimos las

emanaciones del polvo que fué carne, y la imagen de las personas queridas se levanta ante nuestros ojos envuelta en la oscuridad de la última alcoba.

El camposanto de un pueblo, con sus tapias de huerta, sus amapolas, sus tapices de césped y de margaritas, con sus cruces de pino, con la paz de su melancólico silencio, nos hace percibir emanaciones del espíritu que fué vida y amor, nos hace recordar á nuestros padres sentados á la sombra de un olivo.

Bajo la influencia de las sensaciones que el sitio inspiraba, Manuel discurría por el cementerio con esa tristeza que es vacío de la ausencia, sin el horror de la muerte. Se sentó en el pedestal escalonado de una gran cruz gótica de piedra que se elevaba en el interior del camposanto entre las dos puertas. Con la vista vaga, sin ver, remontó el espíritu á los tiempos pasados, rehaciendo en su imaginación las figuras risueñas de sus padres, y abstraído, sintió un roce que le hizo estremecerse, se volvió, y al fijarse en la figura real que se le aparecía, y que creyó por un momento encarnación de sus visiones, se encontraron sus ojos con los ojos de La Golondrina, secos, ardorosos, fijos en él.

—Manuel, es inútil que esperes, yo los llamo todos los días por su nombre, y no acuden, no obedecen á su madre: la muerte rompe el hilo entre los vivos y los muertos.

—Tienes razón, María, siéntate y lloraremos juntos.

—Hace veinte años que no lloro; el tiempo seca las lágrimas.

La Golondrina se sentó en el escalón de la cruz, al lado de Manuel; los dos quedaron en silencio, con la vista en la tierra que guardaba los restos queridos.

El sol descendía rápidamente hacia el mar, y la sombra de la gran cruz crecía sobre la yerba, extendiéndose. La mirada de los afligidos seguía la sombra creciente, que, al llegar á la pared, se dobló para levantarse del suelo y seguir subiendo gigantesca por el muro.

—¡Qué cruz tan grande!—exclamó la anciana.

—Es la sombra que pasa todos los días desde Occidente á Oriente por encima de esta tierra, como una bendición.

—Y sube, y va á salirse de la pared; mira, se ha hundido en el cielo.

—María, ¿quieres que recemos por los que no existen?

—Recemos.

La Golondrina empezó el rosario; Manuel contestaba. Gradualmente levantaron la voz como si hubiesen querido que alcanzase á mayores distancias. Cuando concluyeron la primera decena, dijo la anciana con un gemido:

—Me parece que estoy hablando con ellos.

—No te detengas, María.

Siguieron rezando. A la segunda decena, dijo la anciana:

—Ahora hacemos por tus padres y por mis hijos una cosa que les aprovecha, ¿no es verdad?

—Es el mayor consuelo que ha inventado Dios.

Continuaron con más fervor. Se recogieron en sus asientos, se plegaron en una postura compuesta, como si los estuviesen mirando sus padres, sus hijos y Dios, y bajaron la voz. De sus labios se desprendía un murmullo que se acentuó gradualmente desde la entonación de plegaria hasta el entrañable lamento de miserere.

De pronto la anciana rompió en llanto, como una fuente que después de larga sequía brota de nuevo impetuosa. Sin sollozos, corrieron por las mejillas de Manuel lágrimas silenciosas, que no enjugó. La Golondrina se contuvo, y con una ráfaga de momentánea alegría, que brilló en su rostro como un rayo de sol en la llanura devastada por la inundación menguante, dijo con las manos juntas y la vista elevada:

—Aún queda un hilo que nos une con nuestros muertos.

—Ese hilo, María, es la cadena humana.

Al oscurecer se retiraban los dos hacia el pueblo, apoyada la anciana en el joven. Hablaban con efusión; hablaban de los ausentes, y no iban muy tristes.

ANTONIO FRATES.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

ALBIN Y SUS VERSIONES DE OBRAS ESPAÑOLAS

Idill irta Gaspar Núñez de Arce.—*Á szerző engedelmével spanyol eredetiből fordította Körösi Albin. Külön lenyomat a «Katholikus Szemle» XIII-ik Kötetéből.*—Budapest. Az athenaeum R. tarsulat könyvnyomdája, 1899.—*Un folleto en 4.º mayor de 21 páginas.*

Pasó, por desgracia, la época en que se leían versos; en que al Sr. Núñez de Arce se le creyó un poeta *civile*, cantor de la *Duda* y de otras zarandajas que lo mismo sirven para un barrido que para un fregado, según el gusto y tendencias de cada lector; pero lo que por fortuna no ha pasado, ni pasará nunca, es la legítima poesía, hondamente sentida y dignamente expresada, que el poeta español supo encerrar en su *Idilio*, la mejor poesía en nuestro concepto del vate vallisoletano. Allí está la estrofa, si no inventada, empleada como forma propia del poeta (como Fray Luis se asimiló la *lira* que hizo su entrada en España con la *Flor de Gnido* de Garcí Lasso); allí toda la majestuosa y rozagante, entonada y solemne dicción de Núñez de Arce, sin pecar de afectada, antes bien puesta al servicio de un asunto sencillo, sentido, candoroso y tierno, por raro arte y hábil factura; y allí, en fin, la narración más jugosa, más rica de color y detalles apropiados que ha producido su musa.

Entre las innumerables versiones de que tenemos noticia de este aromado poema, ha llegado á nuestras manos una traducción en húngaro, de la cual sólo podemos apreciar la fidelidad del traslado por su aspecto exterior. Pero creemos que es garantía del trabajo que reseñamos el nombre de Körösi Albin, tan entusiasta admirador de nuestra literatura, y la reproducción exacta de la estrofa y del número de éstas que comprende el poema original.

Mientras aquí nos hacíamos lenguas de la psicología del señor Núñez de Arce y de versos suyos, que no son los mejores, por más que siempre admirablemente labrados, hizo su camino la parte más legítima de la reputación del poeta en variadas traducciones que han popularizado sus obras desde Australia hasta Escandinavia.

Y ya que tenemos las manos en la masa y la traducción del *Idilio* que nos ocupa ha puesto el nombre de Albin en los puntos

de la pluma, permítasenos dar siquiera el catálogo, recogido de algunas portadas y de la cuarta plana de alguno de sus libros, de las versiones de obras españolas que ese importante literato ha popularizado en Hungría,

En 1893 publicó en Budapest el florilegio titulado *A XIX század spanyol Költői (Poetas españoles del siglo XIX?)*, que comprende versos de Quintana, Espronceda, Zorrilla, Campoamor, Núñez de Arce, Ventura Ruiz Aguilera y Belmonte Müller.

Un año después, en 1894, salía limpia y esmeradamente impreso en Budapest, un volumen en 8.º, de 276 páginas de nutrida lectura, con esta portada: *A spanyol költészet gyöngyei. Fordította és bevezetéssel ellátta Korosi Albin*; libro que comprende tres partes: un prólogo de 32 páginas en que se da noticia de las composiciones traducidas y de los autores españoles que las escribieron, por orden cronológico; muestras de poesías correspondientes á los siglos XII-XVIII inclusive: del poema del Cid, del Romancero, de Santillana, Garcí Lasso, Fray Luis, Santa Teresa, Francisco de la Torre, Castillejo, Baltasar de Alcázar, Herrera, Rioja (á quien se atribuye *Las ruinas de Itálica*), Lope, Góngora, Quevedo, Villegas, Moratín, Meléndez y Arriaza; y muestras de poesías correspondientes al siglo XIX, que comprenden más de dos tercios de volumen y comienzan por Quintana, Lista y Martínez de la Rosa entre los clásicos; siguen el Duque de Rivas, Espronceda, Ventura de la Vega, Zorrilla y Arolas en la sección de los románticos; Selgas, Manuel del Palacio, Alarcón y Velarde en la de los poetas católicos; en otra que se titula *Bölcselkedo Költők*, á Campoamor, V. R. Aguilera, Núñez de Arce, Belmonte Müller, Blasco, Cáceres Prat y Tomás y Salvany; entre las poetisas figuran Graciella, Gallego y Del Busto, Moncerdá de Maciá y Velilla; y cierran la lista los hispano-americanos Landázuri, Otaguibel, G. Cosmes, Rosas Moreno, Heredia, Pardo, Pérez Bonalde, Echevarría y Godoi. El poeta más favorecido de los antiguos es Fray Luis, que va con cinco versiones, entre ellas *La profecía del Tajo*; y entre los modernos, Campoamor, de quien se traducen un *pequeño poema cinco doloras* y varios cantares y *humoradas*.

En 1895, el Sr. Albin dió á la estampa otro volumen titulado: *A spanyol Költészet gyöngyei (Irodalom-történeti bevezetéssel)* también impreso en Budapest.

Dos años después salió de aquellas prensas: *Toledói verses legenda. Irta José Zorrilla, Kiadta a Sz.-István-társulat tud. és irod. osztálya*.

El mismo año una novela de Pereda, *Az apja fia*.

Y en el presente el *Idilio*, de Núñez de Arce, que ha motivado esta nota.

No figura en los sitios mencionados, pero sabemos que Albin, en elegante folleto, tradujo y publicó la poesía *El Miserere* de Núñez de Arce.

Sentimos no poder apreciar debidamente la constante labor del Escolapio húngaro; pero por lo transcrito ya se comprenderá

que no vale la excusa de nuestra ignorancia en aquella lengua para que dejemos de mostrarnos agradecidos al constante trabajo del Sr. Albin en favor de nuestra literatura.

* *

Obras de Lope de Vega, publicadas por la Real Academia Española. Tomo IX.—*Crónicas y leyendas dramáticas de España, sección tercera.*—Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1899.—Un tomo en folio de CLXXI-631 páginas.

Cuando los autores extranjeros, en las historias que reseñan la producción del ingenio humano, buscan algún término de comparación para que el lector forme idea de la fecundidad de alguno de los más prolíficos escritores de sus respectivas naciones, Lope de Vega es el *lugar común* y término de la comparación adoptados, con lo cual dicho se está que la fecundidad de Lope viene reconocida por todo el mundo.

Aquí, hartos de saber aquel verso y medio, escritos por el mismo Lope, que auténticamente prueban su facilidad en componer comedias, de alguna de las cuales se afirma que «en horas veinticuatro, etc.», no hemos caído aún en la cuenta de que esta facilidad no es su nota característica, porque juntamente con la facilidad tiene otras cualidades más estéticas, sino medio solamente necesario é indispensable para que pudiera realizar tan estupenda y variadísima producción, que constituye una de sus mayores glorias, pero no la única. ¡Quién sabe si con menos facilidad hubiera podido producir Lope alguna obra *única*, de estas verdaderamente inmortales por sí mismas, que colocaríamos en la media docena, y no más, de producciones con que la humanidad se envanece; obra que hoy no podemos entresacar de la munífica y despilfarrada producción de Lope! En cambio, por la facilidad en concebir y por lo asiduo en componer, resulta Lope de los más grandes escritores de quienes, con no menos envanecimiento, puede enorgullecerse la raza humana. Así explicada la fecundidad de Lope, sin detrimento de otras cualidades, puede justificar los pacientísimos trabajos de quienes han averiguado el número de años que vivió, los versos que dejó escritos y cuántos de éstos corresponden á cada uno de los días de su existencia. Ciertas estadísticas y el domesticar pulgas son siempre trabajos meritorios, según cree el que los realiza.

Pero, sin computar el número preciso de los versos de Lope, es tal su producción, que cuando nos internamos en la lectura de las *partes de sus comedias*, en sus poemas variadísimos, sacros y profanos, heroicos y tradicionales, en su lírica exuberante y rica de formas variadas, en sus tratados en prosa y verso, sus exposiciones y cuánto pudo producirse en poesía y en géneros literarios ó lo que á ellos concierne, cerrado el horizonte á nuestros ojos por la misma abundancia y lozanía de la vegetación, no llegamos á columbrar los límites de su ubérrimo coto, y bien hace la Academia con intentar roturarlo para poder apreciar los tesoros que en él se encierran. ¡Para esto está la Academia!

¿Qué monumento más digno para Lope que la edición crítica y completa de sus *Obras*, en que el altísimo glorificado se asienta sobre el pedestal de su propia producción, sobre estos bloques (que bien puede calificarse así cada uno de los cincuenta tomos que formarán la nueva edición de sus *Obras completas*) labrados en la misma Academia por la voluntad de todos y por los entusiasmos literarios del Sr. Menéndez y Pelayo, que recogerá la mayor y más legítima parte de la empresa? Lope necesitaba otro *energúmeno*, otro poseído del demonio literario, y hoy que lo tiene la Academia en la persona del Sr. Menéndez, bien hace en *explotarle*. A tal autor, tal compilador y comentarista.

Ni he sido yo el que ha dado cuenta en esta REVISTA de la aparición de los ocho primeros tomos de las *Obras de Lope de Vega*, ni me bastarían algunos números de ella para decir cuánto se me ocurre acerca de la nueva publicación, aun sin meterme en las ediciones sueltas ó más ó menos coleccionadas, la de Sancha inclusive, ni en los muchos estudios que en estos años han aparecido en Italia, Francia y sobre todo en Alemania referentes á Lope. En buenas manos está el panderero, y cuando el Sr. Menéndez haya espigado, como está espigando, en los enormes prólogos (y ya tiene acreditado el Sr. Menéndez cómo las gasta en este género de trabajos), podrán darse los escamochos á quienquiera, con la seguridad de que no se le da ninguna herencia. Por donde pasa el vendaval de su erudición no vuelve á nacer yerba.

Lo que me ha hecho el efecto de la candidez más subida ha sido que alguien dijera, al publicarse alguno de los tomos anteriores, que, formando parte de una colección, hay que esperar á que la obra se complete para juzgarla. (¿En cuántos volúmenes?) Comprendo la excusa. Esta muchas veces se formula en los momentos de un susto, y de susto es la impresión que produce cada uno de estos tomos cuando las prensas de Rivadeneyra nos lo echa encima. ¡Yo confieso que me aplastan!

Dejando aparte á Lope y á sus comedias, que no hay para qué hablar de ellas en estos momentos, reseñaremos ligeramente en este *compte rendu* las observaciones tocantes á las 16 obras dramáticas de Lope que forman este último volumen, las cuales obras abrazan las crónicas y leyendas dramáticas de España desde el reinado de D. Fernando III hasta la muerte de Pedro I. Las advertencias concernientes á las 16 expresadas comedias, que forman el prólogo de este volumen, es á lo que vamos á referirnos.

I. LAS DOS BANDOLERAS Y FUNDACIÓN DE LA SANTA HERMANDAD DE TOLEDO.—Si la fábula de esta, con mezcla de elementos históricos, es invención de Lope, el fondo de la pieza se basa en las tradiciones de la *Hermandad Vieja de Toledo*, recogidas por el poeta con notable exactitud, escrupulosidad diplomática y con rigor cancilleresco, según todo se comprueba con la inserción del privilegio atribuído á Alfonso VIII, del que se copia todo lo pertinente, no menos que otros fragmentos de crónicas que así lo atestiguan. Por textos de crónicas se da también la explicación

de quiénes eran los *golfinos* ó salteadores de los tiempos del Santo Rey, los cuales, comparados con los *golfos* de ahora, traen á la memoria aquellos versos de Fóscolo á Monti:

Nei tempi antichi, barbari e feroci,
I ladri s'appendevano alle croci;
Ora, che siamo in tempo piú leggiadri,
S'appendono le croci in petto ai ladri.

Cosa que no recuerda el Sr. Menéndez, pero que no estará demás citar para que pueda citarme á su vez, dentro de seis siglos, el erudito que quiera saber lo que son nuestros golfos de ahora, que no luchan cuerpo á cuerpo en las quebradas del monte, sino en la más populosa villa y corte de Madrid...

El Sr. Menéndez se entretiene luego en averiguar la certeza de los caracteres dramáticos que figuran en la pieza, y en las relaciones de este drama con otros del mismo autor, *La serrana de la Vera* y *La niña de Gómez Arias*, no menos que con *El Alcalde de Zalamea* de Calderón; conjeturándose que Lope hubo de escribir su comedia de 1604 á 1605.

«*Las dos bandoleras*—dice el Sr. Menéndez—es una pieza interesante, de corte melodramático y acción rápida y viva, pero tiene el defecto de repetir situaciones que están presentadas con más acierto en otras comedias de Lope anteriores ó posteriores á ésta... Pero tampoco es indigna de leerse la obra que examinamos. Tiene felices rasgos cómicos en el cínico carácter del soldado Orgaz. Tiene, sobre todo, mucha nobleza y ternura con mezcla de autoridad patriarcal en el papel del viejo Triviño, que es de aquellos en que Lope triunfaba siempre, y cuya más alta expresión es Tello de Meneses.»

Esta comedia fué refundida por *dos ingenios*, D. Juan de Matos Fragoso y D. Sebastián de Villaviciosa, con el título de *Á lo que obliga un agravio y las hermanas bandoleras*.

II. EL SOL PARADO.—Comedia anterior á 1604 y no publicada por Lope hasta 1621. Otra obra hay con el mismo título, del judaizante Antonio Enríquez Gómez, según dijo en su poema *Sansón Nazareno*. Debió de ser éste el milagro de Josué, y por tanto independiente de la comedia de Lope.

Este empieza á explotar con esta comedia los ricos anales de las órdenes militares, y no para adularlas. *Peribáñez* y *El Comendador de Ocaña*, *Los Comendadores de Córdoba* y *Fuenteovejuna*, versan sobre desafueros ó iniquidades de comendadores de las órdenes. En *El sol parado*, escrita para glorificar á la Caballería de Santiago en sus 16 primeros Maestres, no sale del todo bien librada la honestidad de D. Pelayo Pérez Correa, que es quien renueva el portento del primer juez de Israel para completar la victoria sobre los sarracenos.

Trátase, pues, de un personaje histórico, y Menéndez acude seguidamente á las crónicas para dárnoslo á conocer tal cual fué, y para poder apreciar con esta ilustración el personaje de Lope, exponiendo también el camino que ha hecho esta leyenda, ya en el expediente de canonización de San Fernando, ya en la aquies-

cencia del P. Juan de Pineda, ya en los anales eclesiásticos y seculares de la ciudad de Sevilla.

En esta comedia, que es irregular y desconcertada, hay que mirar dos partes: una puramente histórica, sin mérito particular, y un idilio que vale mucho. El de la serranilla que abre sus brazos y su lecho al gran Maestro, quien dice no haber visto «mujer más necia y hermosa», circunstancias muy de aprovechar ambas en una serranía.... Este idilio da motivo á indicaciones referentes á la poesía popular para venir al resumen de que es evidente que una misma canción, no precisamente vulgar, sino artística y popularizada, sirvió de base al auto *La venta de la Zarzuela* y á la comedia, y que Menéndez adivinó á través de glosas á lo divino, entre ellas la de Juan López de Ubeda.

III. EL GALÁN DE LA MEMBRILLA.—De ésta se posee el original autógrafo de Lope, fechado en 20 de Abril de 1615, existente en el Museo Británico de Londres. De él procede la fidelísima copia para la reproducción. Lope la insertó en la *Décima parte* de sus comedias, de que hay, por lo menos, cuatro ediciones. Se da cuenta de un arreglo de D. Florentino Molina, Manzanares, 1896, por encargo de varios aficionados de los pueblos de Manzanares y La Membrilla. Esta preciosa comedia no puede calificarse de histórica más que por la intervención del Rey D. Fernando y del Príncipe D. Alfonso, á quienes anacrónicamente acompaña el Marqués de Cádiz, título que no existía aún. Cualquiera que no fuera Menéndez hubiera aprovechado esta averiguación para ensartar un paréntesis erudito; pero ¿á qué ha de alumbrarse el sol con cerillas? Calla Menéndez la creación del título nobiliario porque no la estima pertinente, y pasa de largo.

Pero el argumento, sin duda, tiene un fondo tradicional, aunque el expositor no haya podido encontrar rasgo de él en parte alguna, ni siquiera en las *Relaciones topográficas* del tiempo de Felipe II, que es una mina inagotable de noticias sobre los pueblos de la Mancha y de la Alcarria. Lope indica esta derivación popular por medio de un cantarillo que seguramente habría oído en Manzanares cuando en su juventud le llevaron por aquella tierra los amores de su hermosa *Lucinda*:

Que de Manzanares era la niña,
y el galán que la lleva de La Membrilla.

De esta copla ha salido toda la comedia, que es de las buenas de su autor en el género realista.

El juicio más detallado que sobre la comedia formula Menéndez, guiando al lector de la mano, se mezcla en la comparación de la misma con otra comedia de Lope y Calderón, sin que pase en silencio la aguda observación del ambiente local de las comedias de Lope, ya que lo tiene muy subido esta producción.

IV. LA ESTRELLA DE SEVILLA.—El Sr. Menéndez ha puesto á este drama una de las más ricas ilustraciones que el tomo encierra. Comprende 42 páginas íntegras, de un *cícer* abrumador, porque en estos volúmenes notamos que éste no está en relación

con el tamaño del libro: es sobrado ancho para su altura y deja pocos márgenes, dicho sea de paso. Nos limitaremos á dar en resumen lo que se trata en el comentario.

Un solo texto, horriblemente mutilado, de una edición pésima, aun entre las de su clase, sirvió á Trigueros para su refundición, y de él proceden también las cuatro únicas ediciones modernas dignas de citarse. Menéndez cree evidentemente que *La Estrella de Sevilla* que hoy leemos está refundida por Andrés de Claromonte. Mejor es la refundición de Trigueros. A este propósito se ponen las cosas en su punto respecto á la personalidad de don Cándido María Trigueros y del gusto de su época, en una brillante página de historia literaria. El prólogo que Trigueros puso á su refundición, poco conocido, ha hecho bien el Sr. Menéndez en reproducirlo, no menos que los juicios de Cienfuegos en *El Mercurio de España* y la curiosísima y desatinada página de D. Alberto Lista que Menéndez exhuma. Antójaseme á mí, por lo leído, que Cienfuegos (que no vió la obra original) entendió bien lo que debía ser, por los mismos reparos que opone á la refundición de Trigueros, descontando, por supuesto, todos los dislates de la doctrina de su época y todos los rimbombos de su estilo. Más torpe y desmañado me parece en este punto el juicio del gran preceptor de nuestra última generación D. Alberto Lista, sobre todo al traer á cuento por los cabellos á Felipe II y á su secretario D. Antonio Pérez para adjudicar á Lope absurdas intenciones que jamás tuvo. La afirmación de Lista es de las que tumban de espaldas al lector, á quien entran ganas de dar tres zapatetas en el aire antes de proseguir la lectura. Algo candorosa me parece también la eficacia con que el colector quiere justificar en algunas notas, si tal ha sido su intención, á Felipe II. Este será siempre un grandísimo bellaco, obcecado y sanguinario, y nada más (¡como que no es poco!) para las escuelas liberales, y el Rey único de los ultramontanos. ¡Pero vayan unos y otros *al corral!* que ni de unos ni de otros necesita la crítica histórica y literaria. ¡Pobre Trigueros! ¡En buen asunto metió las manos en sus días! Hasta D. Cayetano María de Huerta mendigó en los periódicos una plaza para su juicio burlesco, que no pudo ver reproducido, y que ahora por primera vez se imprime en este comentario.

Sigue á todo esto la noticia de las reimpresiones de la refundición de Trigueros, y las traducciones é imitaciones extranjeras: *Der Stern von Sevilla* que Malsburg dedicó á Goethe, *Le Cid d'Andalousie* de Lebrum; no menos que los trabajos de lord Holland, amigo de Jovellanos y de Quintana, quien en 1817 desenterró la obra original y dió de ella un fiel y copioso extracto. Del libro de Holland tomó Zedlitz el argumento de *Der Stern von Sevilla*. También ya á la pieza original, más bien para extraerla que para juzgarla, acudió Vieil-Castel. Alábala y tradúcela en parte A. de Latour; y á estas traducciones parciales, á las que puede juntarse el trabajo de Lafond, hay que añadir una traducción francesa de Baret, otra polaca de Swiezicki, y la moderna refundición de Hartzzenbusch. Es raro que Grillparzer, tan en-

tuasiasta de Lope; no hable de esta comedia, que más ó menos extensamente han examinado todos los historiadores de nuestro teatro: Schack, Klein, Schaeffer...

Salvo la presencia del Rey D. Sancho y su estancia en Sevilla en 1284, nada más de la tragedia pertenece á la historia documentada, ni nada puede decirse con seguridad de los elementos tradicionales que pueda haber en ella.

Este estudio acaba con notables frases, no menos que los juicios en ellas contenidos, sobre estética teatral, frases precisas y concretas de un entendimiento claro, con respecto á la situación dramática de *La Estrella de Sevilla*.

V. LA INOCENTE SANGRE.—Titulada *tragedia* por lo funesto del desenlace, publicada en la *Parte 19* de sus comedias, dedicándola al alcalde de casa y corte D. Sebastián Carvajal, como descendiente de los Carvajales despeñados en Martos, que es el asunto de su acción, y reimpressa por Hartzzenbusch en la Biblioteca de Rivadeneyra.

No son flojas las cuestiones históricas, y hasta una teológica, que en el comentario de esta tragedia se apuntan ó desarrollan; la veracidad de esta leyenda, su estudio á través de las crónicas y los romances, los emplazamientos de aquella época (Fernando IV, Clemente V, Pedro IV de Aragón, Felipe de Francia, etc.), la primera aparición del nombre de los Carvajales en el *Valerio de las historias* (fines del XV) que Lope tenía muy leído y en la *Crónica abreviada* de Diego de Valera; citas de autores posteriores para hacer notar la diversidad de nombres, todo me parece selecto y bien escogido, alegado con precisión y puntualidad; todo, menos la receta de Fr. Francisco Brandam recomendada por Menéndez: «En la creencia de tales emplazamientos no sé que pueda haber firmeza, ni que quiera Dios ligar su poder al desempeño de deprecaciones tan nocivas», traída incidentalmente á cuento.

Incidentalmente digamos también aquí, para la resolución del problema, que si Dios todo lo puede, huelgan las dubitaciones de Fr. Francisco y su recuerdo. En cambio, reanudado el hilo del comentario, es intachable cuanto se dice respecto al modo cómo Lope desenvolvió la leyenda en su producción dramática y atinadísimas todas las consideraciones que se exponen con referencia á este punto, no menos que las relaciones de *La inocente sangre* con *La prudencia en la mujer*, de Tirso, y la comparación de estas dos piezas teatrales. El juicio de Montiano y Luyando y la noticia de los dramas posteriores sobre el mismo asunto (Molíns y Bretón) cierran estas notas gallardísimas.

VI. EL GUANTE DE D.^a BLANCA.—Deliciosa comedia, de las mejor escritas, que debió de ser una de las postreras de Lope. Fué impresa póstuma por Luis de Usátegui, su yerno, en *La Vega del Parnaso* (1637), y ya antes publicada en colecciones de Zaragoza, Valencia y en otras varias.

La acción se localiza en la corte de D. Dionís de Portugal, con rasgos históricos en el carácter de éste.

El tema es una leyenda tradicional: la del guante arrojado por una dama á los leones, que en España tomó carta de naturaleza en tiempo de los Reyes Católicos; se recuerda en una estrofa de Garci Sánchez de Badajoz, en una interpolación de Urrea en su traducción del *Orlando*, y por Ginés Pérez de Hita en sus *Guerras civiles de Granada*. Para saber quién era D. Manuel Ponce de León se acude á las genealogías, á un romance de Timoneda, y continúa la tradición del hecho en *Galán valiente y discreto*, del Dr. Mira de Mescua. Recuérdase á este propósito la balada de Schiller *Der Handschuh* y los traductores españoles de la pieza germánica, y acaba el comentario con algunas indicaciones acerca de caracteres y recursos empleados por Lope en su teatro.

VII. LA FORTUNA MEREcida.—Publicada por Lope en 1618. Lope, que conocía la crónica de Alfonso XI, no la aprovechó más que en algún detalle, y la comedia parece traslucir cierta intención apologética, puesto que acaba quejándose de la fuerza de la envidia y de la pasión que habían desfigurado la historia de Alvar Núñez, privado de Alfonso y protagonista de la comedia. La transcripción de las crónicas, para restablecer la verdad histórica, alterada por Lope, es lo que más páginas ocupa en el comentario de esta comedia, en la cual no es posible perdonar á su autor los desafueros que esta vez cometió contra dicha verdad (tan respetada por él en otras ocasiones), ni menos las inútiles calumnias que levantó á D. Juan Manuel. No debe perderse de vista que en estos tomos se publican las crónicas y leyendas dramáticas de España, y que las alteraciones deben ponerse en claro. Salvo el pecado que tan solemne correctivo lleva por mano de Menéndez, Lope acertó á componer no sólo una pieza entretenida y amena, sino en el fondo democrática, según dice el expresado comentador.

VIII. LANZA POR LANZA, LA DE D. LUIS DE ALMANZA —Pieza rarísima y de un valor literario que no está en relación con su rareza. Sólo tiene por fondo histórico suponer la acción en tiempo de Alfonso XI y empezar el desarrollo de la acción con las fiestas de casamiento de este monarca. Lo demás es una leyenda genealógica sin interés alguno. No se han podido averiguar sus fuentes.

IX. LA NIÑA DE PLATA.—El manuscrito autógrafo de esta comedia existe en el Museo Británico. Se publicó en Madrid en 1617 en la *Novena parte de sus comedias*. Hartzenbusch, con poco fundamento, que se rebate, la conceptuó «obra de Lope y de otro». La edición de Valencia de 1781 casi puede calificarse de refundición. Seguidamente se da cuenta de las traducciones francesas y de las comedias de Lope en que interviene el Rey D. Pedro, señalándose aquellas en que conserva su carácter histórico ó tenido por tal (*El Rey D. Pedro en Madrid, Audiencias del Rey D. Pedro, Los Ramírez de Arellano*, y en cierto modo *El médico de su honra* y *La carbonera*) y aquellas en que interviene como un galán cualquiera (*La niña de plata* y *Lo cierto por lo dudoso*), por más que conserve algunos rasgos de su carácter. Justo para-

lelo entre *La Estrella de Sevilla* y *La niña de plata*. En ésta es muy exiguo el elemento histórico, pero tampoco puede decirse que esté exento del todo. Juicio de la pieza por el cubano Milánés y apreciación de la misma por el compilador.

De esta comedia procede el soneto tan traído y llevado

Un soneto me manda hacer Violante,

que da motivo al Sr. Menéndez para una erudita disquisición acerca de los predecesores de Lope, así españoles como franceses, que han puesto la teoría y la práctica del soneto en sonetos «Anteriores al soneto de Lope hay dos por lo menos, y es posible que éstos y el suyo procedan de algún original italiano no descubierto hasta ahora.» Lo que Menéndez no sabe lo adivina; y para robustecer la afirmación, por si fuera del caso, recuerdo haber visto en la *Morfología del soneto en los siglos XIII y XIV*, notable estudio de investigación y paciencia de L. Biadene, publicado en Italia y en italiano pocos años ha, dos sonetos procedentes de los códices de los siglos de referencia, que hacen muy al caso. No tengo aquí mis libros y no puedo dedicar mayor atención á este asunto, que al fin es incidental.

X. LO CIERTO POR LO DUDOSO.—Publicada por Lope en la *Parte 20* de sus *Comedias*; refundida por Rodríguez de Arellano, reproducida por Hartzenbusch, traducida al francés por Eugenio Baret. Estudio de la refundición de Arellano y del juicio que esta comedia mereció á D. Alberto Lista. Ambiente local y folklórico de la pieza; precedentes del caso en la de Cervantes *Pedro de Urdemalas*, y comparación de la pieza de Lope con otras del mismo autor.

XI. EL MÉDICO DE SU HONRA.—Exhumación por Menéndez de esta comedia poco conocida, á la que el compilador dedica brillantísimo estudio en hermosísimas páginas, comparando esta producción de Lope con la de Calderón del mismo título. No queremos meter nuestras manos pecadoras en este estudio, que ha de leerse íntegro y no en extracto. *El médico de su honra*, que actualmente aparece de vez en cuando en nuestros teatros, es el de Calderón, levemente refundido por Hartzenbusch.

XII. AUDIENCIAS DEL REY D. PEDRO.—No oculta el Sr. Menéndez, al principio del comentario correspondiente, que tiene verdadera satisfacción(¿quién no la tendría?) en publicar por primera vez esta notable comedia, que ha llegado á sus manos en un solo manuscrito anónimo y sin fecha, perteneciente antes á la biblioteca de Osuna y hoy á la Nacional. El manuscrito no es autógrafa, sino copia de teatro, con muchos versos atajados. Schack fué el primer crítico que se hizo cargo de esta comedia, y la declaró desde luego obra auténtica de Lope y una de las mejores. Menéndez acepta sin reparos la autenticidad; pero aunque *padre de la criatura*, no lleva tan lejos su admiración. Ni la paternidad de editor ni el envanecimiento que disculparía las exageraciones, ofuscan el alto sentido crítico de Menéndez al avalorar las bellezas de la obra. *Veritas est quod est*, decía San Agustín de la Ver-

dad positiva, y Menéndez dice otro tanto de la Belleza poética, apreciándola por lo que es, donde esté y como debe apreciarse. Sigue largo comentario histórico acerca de las *justicias*, de esos juicios sumarísimos en que los reyes juzgaban ó debían juzgar *ex æquo et bono*, y de los antecedentes de la anécdota que sirvió á Lope para la trama de su comedia, extendiendo sus relaciones á personas y hechos que se han reproducido en el teatro.

XIII. EL REY D. PEDRO EN MADRID Ó EL INFANZÓN DE ILLESCAS.—Impresa con el segundo título en la *Parte XXVII* de las comedias de Lope (Barcelona, 1633), donde se insertó también *El médico de su honra*. Menéndez, casi sin ambages, reintegra en absoluto á Lope el grandioso drama histórico-fantástico de que se trata, partiendo de este juicio: *El Infanzón de Illescas* es una comedia de Lope, refundida por Andrés Claramonte. Claro es que si hubiera prueba decisiva holgaría todo raciocinio para averiguar la paternidad de este drama; pero no obstante las luminosísimas y pertinentes explicaciones que se dan sobre el caso; y ser éste uno de los comentarios más largos, más propios y escrito con más viveza de estilo de los muchos que el tomo comprende, creemos que aún puede continuar la discusión de la paternidad respecto á Lope y Tirso, no sin que en adelante puedan desecharse los nuevos datos ahora aducidos y el gran prestigio de quien los aduce. Van éstos tan enlazados con el razonamiento y exposición de la materia, que no consienten extracto, mucho más cuando esta reseña de los comentarios á Lope va comprendiendo más cuartillas de las que debiera para este *Boletín bibliográfico*. Los lectores golosos pronto darán con esas páginas.

La noticia de las refundiciones posteriores del drama, tales como el *plagio* de Moreto (¡á ellos nos tiene acostumbrados!) y las obras de Solís y D. José Fernández Guerra, estas dos inéditas, cierran el comentario.

XIV. (XV dice el texto por visible error que se continúa en la numeración sucesiva.)—LA CARBONERA.

Publicada en la *Parte 22*, apócrifa, de Zaragoza, 1630, y *Parte 22*, auténtica, de Madrid, 1635.

El comentario se reduce á dar á conocer el argumento, á decir que la comedia es agradable y está bien escrita como todas las de la vejez de Lope; que no tiene fundamento histórico, que se sepa; y que el carácter de D. Pedro está presentado con visibles tendencias apologéticas. Dicha producción suministra nuevo indicio para sospechar que *El montañés Juan Pascual*, sólo conocida por la refundición de Juan de la Hoz, fué obra original de Lope, y que una y otra parecen tener un prototipo en *El villano en su rincón*, que refundió Matos Fragoso.

XV. LOS RAMÍREZ DE ARELLANO.—Publicada en la *Veinticuatro parte perfecta de las comedias del Fénix de España...* Zaragoza, 1641. Comedia genealógica que ofrece la particularidad de ajustar el carácter de D. Pedro á la crónica de Ayala, de la que se toman muchos pormenores, y á un romance viejo, del cual se intercala un fragmento en la comedia.

XVI. LA PRIMERA INFORMACIÓN.—Nada tiene de histórico, y si se inserta entre las de este grupo es porque en ella figura D. Pedro de Aragón. Se publicó por primera vez en la *Parte 22*, auténtica de Lope (Madrid, 1635), y en su tiempo fué atribuída á Montalbán.

Tales son, en ligerísimo resumen, las notas de D. Marcelino Menéndez, en este tomo IX de las obras de Lope. El X contendrá las comedias desde el advenimiento de los Trastamara á los Reyes Católicos. Sabemos que está en el ánimo del colector dar uno ó dos tomos más en el presente año, ó todo lo más, *Deo volente*, el tomo XI aparecerá en Enero ó Febrero del año próximo.

Bien se necesita andar aprisa por las dimensiones de la obra y las impacencias de los pocos que la reciben como se merece.

E.

*
*
*

Otras publicaciones.

Periódicos:

La Juventud Escolar de la Universidad Central, revista mensual científico-literaria.—Esta publicación, dirigida y redactada por alumnos de las distintas facultades, empezó á darse á luz el año pasado, por iniciativa y bajo la inspiración del profesor de literatura general y española del preparatorio de derecho, don José Surroca, y continúa apareciendo merced al entusiasmo con que sus discípulos acogieron la idea del maestro, y en ella se insertan trabajos interesantes, juicios bibliográficos y excelentes biografías de los catedráticos de la Universidad Central.

Para formar idea de la índole de esta revista, basta fijarse en el sumario del número correspondiente á Abril y Mayo, en el que se insertan el retrato y biografía del insigne arabista D. Francisco Codera, por Armando Cotarelo; un artículo acerca de la sangre, por Ricardo Becerro y A. de Bengoa; un estudio sobre el teatro de Plauto, por Aurelio Conejo; extracto de las conferencias dadas en la clase de literatura general y española del preparatorio de derecho, por los alumnos más aventajados, y otros artículos que revelan el buen gusto de los redactores y colaboradores de la mencionada publicación.

G. V.

SOCIEDAD DE ALTOS HORNOS

Y FÁBRICA DE HIERRO Y ACERO DE BILBAO

FABRICACIÓN DE HIERRO ORDINARIO Y HOMOGÉNEO

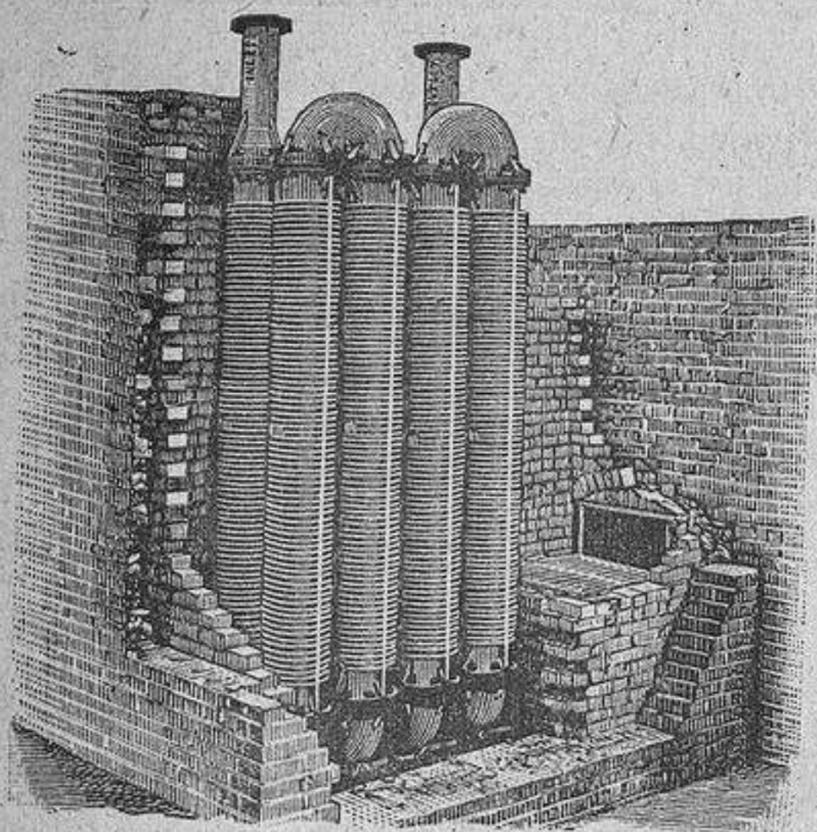
Acero BESSEMER (primera y única en España) y acero SIEMENS MARTÍN en las dimensiones usuales para el comercio y construcción.—Fabricación de chapas.—Especialidad en viguería para construcciones desde 8 centímetros de alto hasta 32.—Fabricación de rails ligeros para minas y otras industrias y pesados para ferrocarriles.

Construcción de vigas armadas para puentes y edificios.

Fundición de columnas, calderas para desplatación y otros usos y grandes piezas hasta 20 toneladas.

RECALENTADOR (SURCHAUFFEUR) SCHWÆRER

Con patente de invención en todos los países.



Se obtiene con él hasta un 30 por 100 de economía. Funcionan actualmente más de 1.200 aparatos. Entre otras casas, lo han adquirido:

Siemes et Halske, de Viena (15 aparatos); Sociedad de *Forges et Aciéries*, de Rothe Erde, cerca de Aix-la-Chapelle (45 aparatos); Sociedad de Hilados de Lana, en Vöslau, junto á Viena (22 aparatos); Sociedad anónima de Alumbrado Eléctrico del Sector de la Plaza Clichy, en París (10 aparatos).—Para más detalles dirigirse al inventor: M. Emilio Schwærer, ingeniero.—COLMAR (Alsacia).

WALTHAM



Este reloj, producción mecánica, se distingue de otras clases por su forma elegante, su baratura relativa, su marcha uniforme, su corrección de construcción, por ser mecánica, y su sistema de intercambiabilidad, por el cual las composuras resultan perfectas y económicas. La Compañía Waltham es la fábrica más importante de su clase. Producción diaria, 2.000 RELOJES. VENDIDOS hasta la fecha más de 1.000.000. Los nuevos catálogos, con descripción é historia de dicho reloj de bolsillo, se facilitan y remiten franco por los depósitos de la Compañía

Waltham, y por el agente general de la Compañía, ALBERTO MAURER. 12, CALLE SEVILLA, 12, MADRID.

COMPañÍA GENERAL DE TABACOS DE FILIPINAS

BARCELONA-MANILA

Diplomas de honor y medallas de oro de todas las Exposiciones.
Haciendas de San Antonio, Santa Isabel, San Rafael, San Luis y la Concepción

Fábrica LA FLOR DE LA ISABELA

Propietaria de las marcas *Meisic, Cavite, Malabon, La Princesa, La Ilocana*

ELABORACIONES AL ESTILO CUBANO

AGENCIAS DE VENTA EN TODOS LOS PAÍSES

Se venden sus elaboraciones en todas las expendedorías de la Compañía Arrendataria de Tabacos á los precios siguientes:

CIGARROS	Cabida de los envases	Precio de la cajita. — Ptas.	Valor de la unidad — Ptas.	CIGARROS	Cabida de los envases	Precio de la cajita. — Ptas.	Valor de la unidad — Ptas.
Imperiales.....	25	15	0,60	Media Regalía....	50	12,50	0,25
Regios.....	25	18	0,55	Exquisitos.....	50	12,50	0,25
Excepcionales....	25	12,25	0,50	Princesas.....	50	9,50	0,20
Regalía Antonio López.....	50	20	0,40	Conchas.....	100	20	0,20
Isabelas.....	50	17	0,35	Clementes.....	100	15	0,15
Regalía Filipina..	50	17	0,35	Segundo Habano..	500	60	0,12
Cazadores Imperiales.....	25	10	0,40	Tercero Habano...	500	50	0,10
Cazadores.....	50	17,50	0,35	Quinto Habano....	500	30	0,06
Orientales.....	50	14	0,30	Segundo Cortado..	500	60	0,12
Brevas Imperiales	50	15	0,30	Tercero Cortado..	500	50	0,10
				Señoritas.....	200	10	0,05

Cajetillas de 20 cigarrillos mecánicos á pesetas 0,40 una.

Champagne CODORNIU

PROVEEDOR EFECTIVO DE LA REAL CASA

Lo venden en todas las tiendas, economatos, ultramarinos y hoteles de Madrid,

Encargos á Jaime Raventós.

CALLE DE CHINCHILLA, 5, BAJOS

PASTILLAS BONALD

Las mejores que se conocen para las enfermedades de la boca y garganta.

NÚÑEZ DE ARCE, 17 (antes Gorguera).

LIBRERÍA

NACIONAL Y EXTRANJERA
Economía en libros y periódicos de todos los países.

59 — JACOMETREZO — 59

GRAN ALMACÉN DE VINOS Y LICORES
DE

PEDRO NIEMBRO

Calle de Núñez de Arce (antes Gorguera), 14.

MADRID

Por la abundancia, baratura y excelentes condiciones de estos vinos se acredita más y más el almacén donde se expenden.

LA MAGDALENA

ANTIGUA AGENCIA FUNERARIA

JOSÉ TORREGROSA

Magdalena, 27.—Teléfono 281.

Gran surtido en coronas de todas clases y precios.

LA CERÁMICA ALICANTINA

Hijos de Jaime Ferrer y Compañía.

ALICANTE

Fabricación á vapor de tejas planas, ladrillos huecos y toda clase de materiales de barro cocido para construcciones.

Venta en España y exportación para Ultramar.

BANCO VITALICIO DE ESPAÑA

LA PREVISIÓN Y BANCO VITALICIO DE CATALUÑA

COMPAÑÍAS DE SEGUROS SOBRE LA VIDA, REUNIDAS

GARANTÍAS

CAPITAL SOCIAL..... Ptas. 15.000.000

RESERVAS..... » 9.800.634

Capitales asegurados desde la fundación de las Compañías hasta 31 de Diciembre de 1898.... Ptas. 219.191.682,06

Pagado por siniestros, pólizas vencidas y otros conceptos hasta igual fecha..... » 15.274.858,18

Esta Sociedad se dedica á constituir capitales para la formación de dotes, redención de quintas y demás combinaciones análogas, rentas vitalicias inmediatas ó diferidas y seguro de capitales pagaderos á la muerte del asegurado.

REPRESENTACIONES EN TODA ESPAÑA

Domicilio social: ANCHA, 64.—BARCELONA

REVISTA CONTEMPORÁNEA

La REVISTA CONTEMPORÁNEA se publica quincenalmente en cuadernos de 112 páginas en 4.º

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID	<u>Pesetas.</u>	PROVINCIAS	<u>Pesetas.</u>	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	<u>Pesetas.</u>
Tres meses.....	7,50	Tres meses.....	8	Seis meses.....	20
Seis meses.....	15	Seis meses.....	15	Un año.....	35
Un año.....	30	Un año.....	30		

Número suelto, 2 pesetas en toda España.

Representante en Londres: ANG. SIEGLE, 30, Lime street.

BICARBONATO DE SOSA QUÍMICAMENTE PURO EN PASTILLAS COMPRIMIDAS de COIPEL

Ésta es la mejor manera de tomar el Bicarbonato de sosa. En botes de lata, para su mejor conservación, á 50 céntimos bote. Barquillo, 1, Madrid, y en todas las farmacias y droguerías de España.

EL SIFÓN HIGIÉNICO

Los inteligentes constructores de París Durafort é hijo, de acuerdo con los ilustrados fabricantes de esta corte Sres. Herranz, han ideado el

SIFÓN HIGIÉNICO INTERIOR DE PORCELANA

con lo cual se evita la formación del carbonato de plomo, que perjudica á las excelentes condiciones del agua de Seltz. Además los señores Herranz fabrican ésta con el bicarbonato de sosa químicamente puro, en vez de la creta ó mármol molido que suele usarse, y disponen de buenos y poderosos filtros.

En su acreditado establecimiento

ESPUMOSOS HERRANZ

Alcalá, 18, y Jardines, 26, se expende la mejor agua de Seltz que se conoce.